

N° 545
AÑO 10
28.1.07

10 AÑOS SIN SORIANO

Escriben:
Osvaldo Bayer
Rodrigo Fresán
Guillermo Saccomanno
Eduardo Febbro
Ariel Dorfman
Eduardo Galeano
Juan Forn
Rodolfo Rabanal
Luis Gusmán
Jorge Di Paola
Andrew Graham-Yooll
Eduardo Pavlovsky
Mempo Giardinelli
Rogelio Demarchi
Angel Berlanga
Angélica Gorodischer
Ana María Shua
Esther Cross
Alicia Plante
Angela Pradelli
Además: las cartas durante el exilio, los papeles perdidos y una entrevista sobre literatura.

Daniel PAZ



En cuadritos

La adaptación a historieta de *Triste, solitario y final* se publicó a partir de julio de 1981, en el nº 8 de la revista *Superhumor*. Por entonces, Osvaldo Soriano aún no había regresado —en persona y en sus libros— a la Argentina. En la presentación de su figura publicada en aquel número de aquella revista de La Urraca, que incluía un cuento suyo titulado “Donde Genevieve y el Flaco Martínez perdieron sus ilusiones”, se puede leer: “A los 38 años, con cinco de Europa no demasiado elegida, el gordo Osvaldo Soriano, como Carlitos, escribe cada día mejor (...) Lo leen en polaco, portugués, alemán, francés y algún idioma exótico del que no quiero acordarme. A veces solemos leerlo en castellano también: alguna crónica en la *Humor*, este cuento y adaptación memorable, los recortes de sus notas en *La Opinión*”. Después de aquel primer episodio, el mismo Soriano envió un telegrama de agradecimiento al autor de la adaptación, Sanyu, seudónimo de Héctor Alberto Sanguiliano. Sus adaptaciones a la historieta de cuentos de Arlt, Faulkner y Hemingway, realizadas durante la década del 80, fueron compiladas en el libro *Letras escogidas*, editado en 1995 por la editorial Doedytores, la misma que anuncia para este año esta versión de *Triste, solitario y final*. Contactado para esta edición, Sanyu contó el homenaje propio que le hizo hace años: “Algunos meses después de haber publicado *Triste...*, le hice un homenaje a Osvaldo poniéndolo como el detective protagonista de una historieta con guión mío, basada en una noticia que apareció en un diario sobre una mujer que hizo una denuncia policial contra su vecino porque sospechaba que le había matado a su gato. La ficción de la historieta revelaba, a través de la investigación de Soriano, que en realidad el gato se había suicidado porque la mujer lo había castrado para evitar que se relacionara con una gata del vecindario. En mi historieta, Soriano permite que la gata en cuestión tome venganza contra la mujer”.

La última plancha de la adaptación de *Triste...*, en la que Marlowe y Soriano se despiden.

En taquilla

Los libros y relatos de Soriano tuvieron varias adaptaciones al cine: ahí están *No habrá más penas ni olvido* y *Una sombra ya pronto serás*, dirigidas por Héctor Olivera, y *Cuarteles de invierno*, por Lautaro Murúa. En el 2005, se estrenó en Europa una adaptación que hizo el español Roberto Santiago del relato “El penal más largo del mundo” (“penalti”, allá). La película está protagonizada por Fernando Tejero y el año de su estreno convocó a más de un millón de espectadores, aunque es lícito sospechar que Soriano, nunca muy conforme con las adaptaciones, no se hubiera puesto contento con ésta. Dos proyectos, obviamente ya imposibles, fueron los que acaso más lo entusiasmaron: llegó a reunirse con Alberto Olmedo, contaba, para que encarnara al cónsul Bertoldi en *A sus plantas rendido un león*: “Cuando salió el libro, Olmedo me llamó una vez a las tres de la mañana para decirme que lo quería hacer, con su propia gente, lo cual era un disparate aún mayor. Durante diez minutos, me habló de lo buen actor que era el Facha Martel. *Es un grande*, me decía. Yo le dije que ya había una opción pagada para hacerla, pero que en efecto se había pensado en él para el papel del cónsul. No me creyó demasiado. Tenía una relación muy difícil con los intelectuales y se desvalorizaba mucho”. Con la muerte de Olmedo, un productor llegó a pagar por los derechos para que la versión la dirigiera Lina Wertmüller. Marcello Mastroianni, que murió pocos días antes que Soriano, a fines de 1996, también quería protagonizar esa historia. En las líneas de despedida que Soriano le escribió en este diario cuenta que el actor italiano le pidió, durante unos días que compartieron en Colonia, que le hiciera un guión con el personaje de sus sueños: “Un Tarzán viejo y descangallado, impotente, lamentable”.

Bautismos

Un dato curioso es la cantidad ecléctica de lugares, organizaciones y eventos que llevan el nombre de Osvaldo Soriano. Así, por ejemplo, se llama en Mar del Plata el Premio Municipal de Literatura que se organiza desde 1984. Y una plaza de Tandil. Y la Sala de Prensa de San Lorenzo de Almagro. Y una biblioteca inaugurada por un grupo de hinchas del ciclón en una casa ubicada enfrente de donde estaba el viejo Gasómetro. Y una peña sanlorencista de Madrid. Y hasta un equipo de fútbol italiano del que sólo pueden formar parte escritores que hayan publicado, al menos, un libro.

La primera contratapa



POR OSVALDO SORIANO

¿Con qué cara se va a presentar ahora Alfonsín delante de Julio Sanguinetti y José Sarney? Si se observan con atención las fotografías tomadas al Presidente desde la rebelión de Campo de Mayo, es posible ver en su rostro la preocupación pero también el dolor, el cansancio y la sorpresa de casi todos los argentinos. No aparecen, en cambio, la sonrisa ni el miedo.

Hay días terribles que se quedan incrustados para siempre alrededor de los ojos. Miguel Martelotti, jefe de fotógrafos de *Página/12*, que cuenta más de mil retratos del jefe del Estado, observa que "los ojos y las manos del Presidente lo dicen todo". A través de la cámara aparece, por un instante, el alma herida de Raúl Alfonsín. En sus pupilas marrones se reflejan, también, los horrorosos fantasmas del pasado, las pesadillas de una sociedad que se regodea en el fracaso y el odio.

Este rostro ajado, ¿contiene todavía las esperanzas de los argentinos que lo votaron en 1983? No parece. Más bien se ven las huellas profundas de la decepción, de la bronca contenida, del desafío de un futuro incierto. Es la cara de un hombre colérico que asimila los golpes y los cuenta para devolverlos uno por uno. Un boxeador vapuleado que busca tomar aire en su rincón. Alguien que, en el centro del ring, encequecido por los aplausos de los suyos, se encontró con un gancho traicionero y no sabe muy bien si ahora –a 900 días de finalizar el combate–, va ganando por puntos o está al borde del nocaut.

A mediados de mes, en la portada del semanario *El Periodista*, Alfonsín daba pena. Pero la foto (tomada por Adriana Lestido en el Hospital Fiorito) estaba retocada y fuera de contexto. El ojo en compota y la cara sombreada sugerían la comprensible impotencia de los admiradores de Alfonsín ante la defección de Semana Santa. Pero la caricatura estaba lejos de pintar el estado de ánimo del Presidente: quienes lo conocen bien dicen que acepta sus derrotas con serenidad, capitula con estruendo y espera el momento de la revancha con la paciencia de un gato de albañal.

Por eso no hay nada que le quite el sueño. Como le dijo al campeón Santos Benigno Laciar, "estoy intentando la forma de dormir parado. Me duermo no bien me siento". Eso se nota en las fotos de discursos ajenos: el Presidente se lleva una mano a la cara y simula escuchar, aunque en realidad está pensando en otra cosa. Tal vez recuerda la cabeza rapada del oficial fundamentalista Aldo Rico, a quien no olvidará jamás. O aquel asunto de la bella capital en la Patagonia, que iba a cambiar la vida de tantos argentinos.

Cuando puede dormir cinco o seis horas seguidas se lo ve casi rozagante. Desaparecen las ojeras y la mirada es más brillante y atenta. El bigote le da un toque de fiereza cuando acorrala a sus diputados y senadores y les exige que apuren el mal trago de la *obediencia debida*. Allí, dicen, la mirada es profunda y su rostro se vuelve apenas el contorno de ese misterio inquietante que es la razón de Estado.

En las fotos de ceremonias aparece como ausente: los puños crispados y los párpados cerrados para la misa; la sonrisa insinuada mientras besa a un niño en Entre Ríos; un brazo relajado para mirar el Rolex durante las visitas de los embajadores.

Se lo ve más flaco aunque ha dejado el cigarrillo y las comilonas. A veces, por las noches, se permite un vaso de vino y eso le levanta el ánimo si la jornada ha sido muy deprimente. Ya no tiene tiempo para leer y ningún diario lo deja conforme. Hoy no se le ocurriría citar a Jean-Paul Sartre como lo hacía en el primer año de gobierno cuando cargaba con su pasado de *outsider* rebelde.

Los astrólogos que han estudiado bien a Piscis aseguran que terminará el mandato constitucional en 1989 y que no será reelegido. No pueden decir, en cambio, si entrará en la historia con la arrogancia de Yrigoyen y Perón o con la modestia de Alvear y Arturo Illia. Los que lo quieren mal lo imaginan ir a paso sinuoso, como el patético doctor Frondizi.

Si se observan con detenimiento las fotos de archivo, hay que convenir que en la cara de Alfonsín hay algo de noble. Un indefinible aire discepoliano y trágico que afloró durante el discurso del miércoles 13, cuando su lengua trastrabilló 17 veces al admitir que no le gustaba perdonar a los verdugos, pero tenía que hacerlo.

"El límite de esta democracia es el terror", ha dicho en estos días el filósofo León Rozitchner, y eso está pintado en el rostro de Alfonsín. No un miedo propio, sino el terror de las bayonetas que acechan a la vera del camino. Un sendero cada vez más estrecho y escarpado que puede llevar a la convivencia forzada o a la guerra civil, ese infierno innombrable, pero tan cercano. Ⓡ



Año 1, Número 1: esta nota de Soriano, llamada "Alfonsín, con el alma en la cara", fue la primera contratapa de *Página/12*, publicada en su primer número, el 26 de mayo de 1987.

sumario





Las cartas del exilio

Durante los años que pasaron en el exilio por la última dictadura, uno en Bruselas y París, el otro en Alemania, Osvaldo Soriano y Osvaldo Bayer compartieron la angustia, la incertidumbre, la falta de noticias, los problemas de residencia, la dificultad para arreglárselas en los primeros tiempos. Se visitaron y se vieron infinidad de veces, pero sobre todo mantuvieron una correspondencia en la que compartían las vicisitudes cotidianas de vivir solos con una máquina de escribir en un país lejano. Esas cartas, espejo de aquellos años, permanecieron inéditas hasta ahora. A manera de homenaje, Bayer vuelve a ellas y las comparte.

POR OSVALDO BAYER

En este invierno europeo indefinido, con huracanes y temperaturas indefinidas, resfríos griperos y cielos más grises quise recordar al amigo que nos dejó hace diez años. Para eso recurrí a las interminables carpetas del exilio con las cartas. Sí, en la S de Soriano, bien catalogadas por fechas. Me pasé una tarde releyéndolas, volviendo al clima del exilio, de esos desolados años. Allí están las preocupaciones por la subsistencia, la falta de perspectivas, lo injusto. Exiliados por escribir. Claro, a los amigos que quedaron les fue mucho peor: desaparecidos por escribir, presos por escribir. Poco se ha escrito sobre los días del exiliado. En estas cartas de Soriano se puede medir el vivir diario, los problemas diarios. Todo en lenguaje argentino. El me escribe desde Bruselas, yo le contesto desde Essen, en la cuenca del Ruhr alemán, la tierra de los Krupp y sus cañones. Luego me escribirá desde París y yo le contestaré desde Berlín. El, siete años; yo, ocho de entrada prohibida. En las cartas está el clima diario, el idioma diario. Al idioma político lo dejábamos para los actos de denuncia. El pan diario.

El 22 de marzo del '77, me escribe Soriano desde Bruselas: "Miro tu carta del 23 de diciembre y me parece penoso haber dejado pasar tres meses sin contestarte. Sí, parezco Perón, aunque ahora me agarra la duda de si te mandé el libro (aquí Soriano se refiere a *Triste, solitario y final*, al que él se refería siempre como el *Triste*). Aunque creo que no. Me alegro que tus cosas vayan bien en lo que a trabajo se refiere. Yo, por mi parte, todavía estoy en pelotas y lo que me viene salvando hasta ahora son los pagos de anticipo por el libro; la editorial Fayard me tiró cinco mil francos (en realidad, cuatro, porque el fisco se quedó con mil), y con eso voy tirando; ahora estoy a punto de firmar con la editorial alemana Suhrkamp que, miserables, anticipan apenas mil marcos. De todas maneras me será útil que el libro aparezca y no estoy en condiciones de negarme".

Después me describe cómo es su primera casa del exilio: "Me vine a vivir a una antigua casa burguesa del siglo pasado, llena de vitrales increíbles, en la que no pagamos nada, porque es de la iglesia y con un buen verso nos la dieron por lo menos para un año y medio si fuera necesario". (Soriano muestra ya su optimismo en la espera de que el exilio iba a ser corto. Y continúa con la descripción): "Yo tengo la planta baja, que son dos piezas, una para el apoliyo y otra para escritorio, en una esquina, que las puse muy habitables: enfrente hay un parque con lago y la vista no es mala. Uno se olvida de vez en cuando que es Bruselas". Más adelante describe más el mal momento: "En verdad no sé cómo carajo voy a sobrevivir dentro de tres meses, pero supongo que dios proveerá como lo viene haciendo hasta ahora. La segunda novela (*No habrá más penas ni olvido*) me la rechazaron en España con un procedimiento muy jodido, evidentemente con quilombos políticos, porque les había gustado y ya estaba aceptada y a último momento se echaron atrás".

"Te dejo por ahora –termina su carta Soriano–, haceme saber de vos y los tuyos, cómo anda el trabajo y cómo sobrellevás el trago amargo. Yo empecé a escribir una novela, aquella con Gardel de personaje; el primer capítulo creo que es de lo mejor que escribí, después no sé, porque no releí nada y además sale algo que no esperaba: especie de monólogo, sin diálogos y sin acción, pero bastante fuerte. Lo peor es que no tiene continuidad, como si cada capítulo fueran cuentos separados sobre el mismo tema. A lo mejor es así la cosa. Ya veremos; de todas maneras no es cosa de terminar de un día para el otro. Para peor no me dan papeles de residencia en Bélgica, con lo cual estoy siempre de eterno turista y con el culo a dos manos con la cana. Me dicen que pida refugio político. Pero vos sabés bien, no es fácil entregar el pasaporte y quedar en manos de un país del que te importa un carajo. Quizá sean pruritos, pero voy a agotar las posibilidades de trámites. Los belgas son más duros que la mierda para eso. Si en Alemania se hablara francés sería bárbaro. Pero los alemanes hablan esa cosa terrible. ¿Cómo es posible aprender a chamuyar en esa lengua?"

El 16 de junio del '77, Soriano me avisa que me visitará en Essen: "Además de verte –me escribe–, de lo que tengo unas ganas bárbaras, me gustaría llevarme la máquina de escribir para darle a la tecla, porque tengo, ya te lo dije, una historia en marcha y los últimos días no he hecho un carajo. Como sé que vos sos un buen laburante, creo que eso me alentará al trabajo. En general es que tengo el sueño tan cambiado que casi me paso las noches en vela y apoliyo de mañana, lo que es en realidad un problema para los demás, porque la noche es mi mejor hora de trabajo, o bien la tardecita si me quedo la *soir* charlando. No

Querido Osvaldo:

Hace añazos que no tengo noticias tuyas ¿qué pasa? ¿Estuviste en Frankfurt? Yo no tengo muchas novedades. "Denuncia", que salía en Nueva York se va a hacer en parte aquí y yo les voy a dar una mano ocupándome de las páginas de cultura. Ya te daré más noticias al respecto y te pediré algo para publicar.
Recibí las críticas de los alemanes. Según me dicen son buenas salvo una donde un tipo me da con un hacha diciendo que "literatura de consumo". En fin, los tanos en cambio creen que soy una maravilla y quizá un día vaya a recoger los laureles. De Argentina estoy en pelotas. Le Monde, después del mundial paró con la campaña. Era increíble. Es posible que ahora nos vayan dorando como lo hicieron con los chilenos hasta que tengan otro chiche.

Te mando este papel que me mandó la Suhrkamp porque no sé qué carajo dice y tengo que firmar. A la derecha tengo que poner mi número de cuenta de banco o sólo si tienen cuenta en Alemania? Devolvémelo con alguna aclaración por favor.
Vi en Debate la reproducción de un trozo del tomo III de la Patagonia. ¿Pudiste hacer llegar algún ejemplar a Buenos Aires?
Bueno, espero noticias tuyas. Creo que mi letra no se entiende y a esta hora la máquina jode al vecino (son las 3 de la mañana).
Contame de Frankfurt.

Un gran abrazo.

Osvaldo

14-10-78

El papel de Suhrkamp lo tengo hace 2 meses pero no encuentro quien lea el alemán.

Una de las cartas de Soriano a Bayer desde París, el 14/10/1978.

te preocupes por el vino que estoy más abstemio que un pescado, le doy más bien a la coca-cola, bendición del imperialismo".

Más adelante me recomienda: "No dejes de escribir por nada del mundo, acordate que es todo lo que podemos hacer en este momento, dejar papeles entintados sobre ciertas cosas que sentimos o vemos. Yo no creo que un escritor sea muy importante en estos tiempos, pero tampoco hay que restarle el valor que puede tener cualquier testimonio para el futuro".

Soriano escribía todos los días en *Cuarteles de invierno*, cuando me visitó en Essen. Por lo menos cada día escribía varias páginas y me las mostraba. Después, al poco tiempo de irse, me escribirá desde Bruselas: "Bueno, de vuelta, con ganas de más, de seguir yirando por ahí pero por ahora se terminó. Si no te escribí antes, es que cuando llegué me dije que no podía ponerme ni el más mínimo pretexto para no laburar en la novela. No escribí ni dos líneas que no fueran de la historia ésa: me bajé en total unas 35 carillas, algunas no del todo mal y otras que supongo habrá que tirar a la mierda. Quería decirte que lo pasé muy bien con vos, tal vez mejor que si hubiéramos andado por ahí todo el tiempo, y me fijé un par de imágenes de esas que alguna vez uno utiliza en sus trabajos (¡aquel rengo que atravesó la calle!). Todo el viaje fue bien y hasta me apoliyé como tres horas porque el tren iba casi vacío. Estuve todos estos días sin noticias de Argentina, así que decime si tenés algo nuevo porque *Le Monde* ha entrado en un silencio un poco largo, salvo que el silencio de los cementerios se haya conseguido ya".

El 8 de septiembre le comunico a Soriano que la traducción al alemán de su *Triste, solitario y final* es mala. Le pongo algunos ejemplos.

La palabra "sobradora" es traducida como "audaz, osada", "mateo", es decir, el coche de plaza, como "mate". "Vuelcan", como "revuelven". "Bebé rozagante" como "bebé orgulloso". "Desprolija" es traducida como "provisoria"; "Bonos para el partido" como "títulos hipotecarios". Las "ropas flamantes" como "las cosas iluminaban". "Tuve que empeñarme" (es decir pedir dinero) como "tuve que esforzarme".

Cuando leyó mi carta, Soriano se enfermó de rabia y escribió una carta cargada de palabrotas (para usar el término borgeano). Dice que va a protestar ante la editorial Suhrkamp, y agrega: "Bueno, creo que me pueden mandar a la mierda, pero que se vayan a la puta que los parió. Les mando una carta respetuosa pero no aguantan ni eso porque son fascistas de primera y realmente nos tratan como si fuéramos indios y ellos Pizarro y Almagro. Cuando el libro salga les voy a mandar una carta con todo".

Soriano pasará días muy tristes. Me escribirá en ese septiembre del '77: "He estado más deprimido que la mierda con este asunto de vivir en este agujero belga y trato de ver cómo voy a ir preparando una honrosa salida hacia cualquier parte más honorable que esto. De la Argentina no tengo noticias más que lo poco que da *Le Monde*, así que contame algo de lo que vas leyendo en los diarios". Pero luego, la alegría del escritor: "Como verás, me compré una cinta para la máquina de escribir nueva. Estoy orgullosísimo". Pero enseguida: "Escuchá esto: por la nota de Cortázar (17 carillas) los mexicanos me pagaron 26 dólares. Sí: VEINTISEIS. Casi se me cae la camiseta. Me dicen que México es buena plaza para laburar, pero está lleno de mexicanos, ése es el problema. De todas maneras creo que al fin dentro de quizás un año aterrizaré en Barcelona".

Al Gordo le gustaba el verano, el frío le espantaba y más cuando me escribe "aquí se vino el invierno y yo con la estufa rota. No hay dios que arregle estas cosas en estos lugares de ricos, parece que un griego va a intentar". Pero sigue firme con sus escritos: "Bueno, sigo adelante con la novela, pero ahora paré un poco para cargar las pilas y pasar el resfrío. Ni noticias de Argentina. Mi sueño es comprarme una Grundig Satelite, radio que es una barbaridad con 18 frecuencias y esas cosas que dicen que con una muy buena antena puede agarrar Argentina a ciertas horas del día". (El sueño y la necesidad de acercarse a la propia tierra.) Y continúa: "Cuando tenga guita... porque acá esa radio cuesta 12.000 FB, pero dicen que en Alemania es más barata. Perdón, estoy delirando".

Pero pese a todo irá terminando con *Cuarteles de invierno*. Me escribe ya en noviembre: "Estoy laburando en la novela, los tramos finales, y creo que les gustará. Se me complica dos por tres porque como vos bien sabés, uno no controla a los personajes como si fueran marionetas. Pero me divierte hacerlo y por momentos es como si los milicos estuvieran a mi merced, por llamarlo de alguna manera".

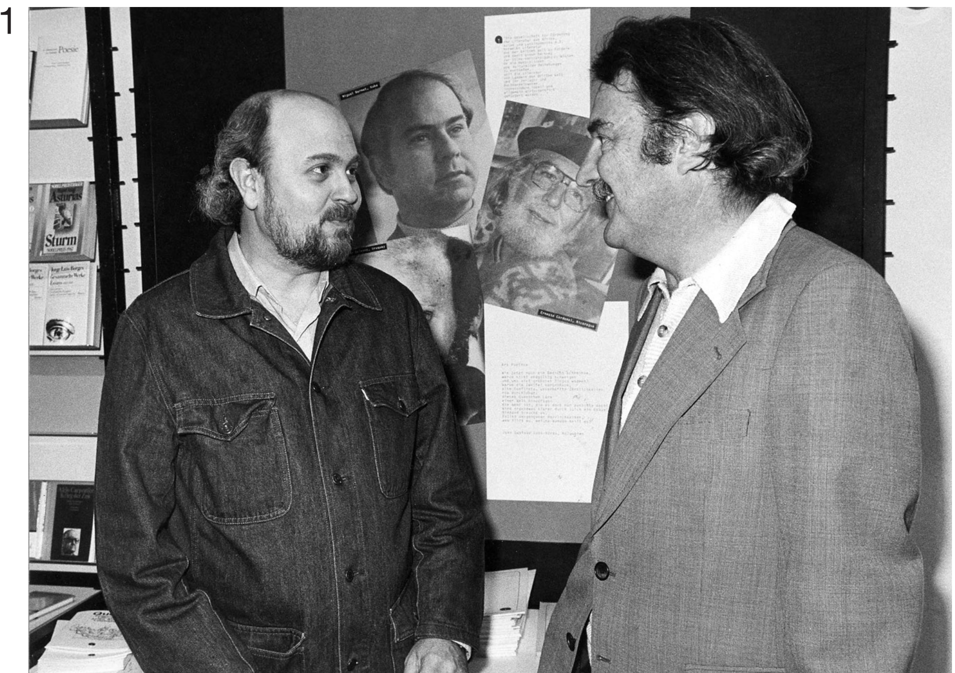
Ya en París, a Soriano le irá mejor. Me lo escribe con alegría: "No te hagas mala sangre, mi situación no es mala de ninguna manera en estos momentos: no tengo deudas y hasta traje un gato que morfa como un león. El tiempo de los lujos y pretensiones ya pasó. Me gustaría mucho verte. Lástima que estamos más lejos ahora. Pero alguna vez cuando tengas una semanita desocupada te iré a visitar".

Sí, vendrá varias veces a Berlín. Le encantaba el barrio reo donde yo vivía, en Kreuzberg, con sus borrachos de pura cerveza que gritaban en los patios a la madrugada porque no podían abrir sus puertas. Me pedía que le tradujera las exclamaciones. "Son palabrotas alemanas, intraducibles", le respondía.

El 6 de diciembre del '78 me anuncia con alegría que acaba de terminar con *Cuarteles de invierno*. "Me falta el laburo de corrección –me escribe–, para mí el problema mayor es pasar en limpio la

"En verdad no sé cómo voy a sobrevivir dentro de tres meses, pero supongo que dios proveerá como lo viene haciendo hasta ahora. La segunda novela (*No habrá penas ni olvido*) me la rechazaron en España con un procedimiento muy jodido, evidentemente con quilombos políticos, porque les había gustado y ya estaba aceptada y a último momento se echaron atrás."

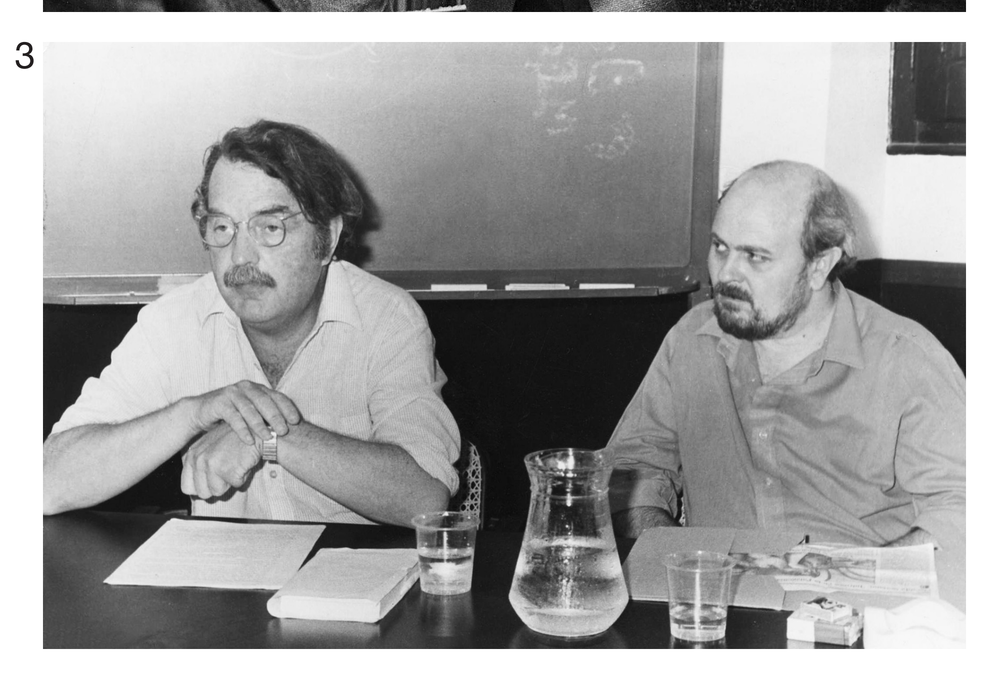
1



2



3



4



1 Con Soriano, en Berlín, en la Biblioteca Iberoamericana, 1979.

2 Festival de cine de Berlín, 1984. Bayer con Soriano y Héctor Olivera.

3 Con Osvaldo Soriano, en Sitges, España, en un acto por los desaparecidos en la Argentina. Septiembre de 1982.

4 Con Osvaldo Soriano, en París, 1979, durante el exilio.

"En febrero París está inundado de argentinos: la pequeña burguesía dice que Mar del Plata es más caro que París. Parece que la economía de Martínez de Hoz marcha para bastante gente, pese a todo."

novela. Lo hice una vez y me dejó de catrera, no sirvo para leerme a mí mismo. Cuando tenga fotocopias te las haré llegar para saber qué pensás." Lo leí y me gustó mucho. Para mí, *Cuarteles de invierno* y *Triste, solitario y final* son sus mejores libros.

En el final de esa carta se despide diciéndome: "Se nos vienen las 'fiestas', pásenlas lo mejor posible y ojalá que el nuevo año nos traiga las mejores noticias aun cuando sea más fácil pedir que llueva en Santiago del Estero".

Más adelante, sus cartas tendrán un viso de optimismo. Es por los planes de *Sin censura*, la revista del exilio argentino que aparecía en París. El fue un colaborador asiduo junto a Carlos Gabetta y Lofredo y con el acompañamiento de Julio Cortázar. Yo envié notas desde Alemania y siempre recuerdo esa publicación como un orgullo de los exiliados que no se rindieron sino que pusieron su grano de arena en el esclarecimiento de los crímenes de la brutal dictadura militar. El 20 de agosto del '79 me escribe dándome un anuncio: "Me estuve acordando de vos –me detalla– un rato largo mientras acariciaba al gato (son las 3 de la matina): dejamos el número cero de *Sin censura* para septiembre... queremos hacer algo digno". Y así fue. Aunque la vida le deparaba algunos problemas. "Para ganarme unos mangos –me dice– escribo articulitos para un anuario que hacen en España. Necrológicas, es decir, que me gano la vida con la muerte de los otros. Negra tarea. Recorro los diarios para ver qué figurón se murió cosa de hacerme unas pesetas." Tenía también problemas con su residencia en Francia. Ya su compañera era Catherine y me pone: "Tengo que resolver mi problema de papeles pues estoy como turista. Ibamos a hacerlo mediante el casamiento, que me convertiría en residente, pero estos hijos de puta piden una visa de entrada especial que sólo se puede pedir en Buenos Aires, en el Consulado. ¿Qué te parece? Una francesa no puede casarse con un extranjero sin el consentimiento de su Consulado. De nuestro país sólo tengo sombrías noticias y los relatos de la gente que pasa por aquí (en febrero está inundado de argentinos: la pequeña burguesía dice que Mar del Plata es más caro que París. Parece que la economía de Martínez de Hoz marcha para bastante gente, pese a todo)".

Entramos a la década del ochenta. Las cartas se amontonan, la actividad va a ir en aumento. Y las esperanzas del regreso también. Hasta ese octubre del '83. La alegría. De regreso. Nos encontramos con el Gordo en los 36 Billares. El abrazo fue en silencio, casi ritual. Lo habíamos logrado. Pero había lágrimas. Los queridos Haroldo, el Paco, Rodolfo ya no iban a estar. Ibamos a encontrar una ciudad sola.

Voy al estante Soriano de mi biblioteca. Están todos sus libros, dedicados por él. Una dedicatoria más bella que la otra. La que más me gusta es la que me puso en la primera página de *Cuarteles de invierno*, en aquella edición del pleno exilio publicada por Bruguera en Barcelona. Está fechada esa dedicatoria en Berlín, el 30 de mayo del '82, y me pone en su letra difícil: "A Osvaldo Bayer, para que siga en la lucha que, dos meses más, dos meses menos, vamos a ganar. Con toda mi amistad, Osvaldo".

Dos meses más, dos meses menos. Iban a pasar más de dos meses. Diecisiete meses. Pero volvimos.

El único libro que no tiene su dedicatoria es *Memorias del Míster Peregrino Fernández*. Pero en la primera página figura, con tinta, este escrito: "Para Osvaldo Bayer con el cariño de Manuel y Catherine". Su hijo y su compañera. Año 1999. Hacía ya casi dos años que él nos había dejado.

Osvaldo Soriano, descubridor de sombras, arlequines, figurones, galanes, pero también de soñadores que patean constantemente al egoísmo y meten goles en el cielo.



Feliz, acompañado y (continuará.)

POR RODRIGO FRESAN

Hace unos días leí un muy buen libro de la escritora norteamericana Francine Prose titulado *Reading Like a Writer: A Guide for People Who Love Books and for Those Who Want to Write Them.*

La tesis del libro –fácil de enunciar pero no tan sencilla de demostrar; y lo interesante es que Prose lo consigue– es que los escritores no sólo son diferentes (o no son "exactamente personas" como, impreciso, precisó Fitzgerald) sino que además, *también*, leen diferente. Y que empiezan a leer *diferente* incluso antes de ser escritores. Es decir, para Prose (gran apellido para alguien de su profesión) la vocación de escribir libros propios no sólo se inicia con la lectura de los libros de los otros (nada nuevo) sino que, además (y esto es lo novedoso) lo que en realidad se busca es culminar la obra y la vida emulando, por escrito, aquel modo intenso y casi alucinado con que leímos durante los primeros capítulos de la novela de nuestra existencia. En más o menos resumen: lo que queremos ser es lectores que escriben y no –según pasan los años o pasamos nosotros– escritores que de tanto en tanto leen algo que les entusiasma mucho. Lo que se necesita –aquello con lo que se sueña– es la preservación o, al menos, la recuperación de ese estado mágico y extático en el que leíamos como si cada palabra fuera la primera o la última y tanto una como otro fueran La Verdad. Cuando lo único que teníamos era una insaciable hambre de lectura que, poco a poco, con tanta extática digestión, iba provocando la sed de escritura.

Así, continúa Prose, la relectura de un libro no es –como se suele afirmar– un destino al que se arriba en la madurez sino, por lo contrario, el punto de partida. La relectura –o la súper-lectura– como ocupación eminentemente adulta es un equívoco. Prose cuenta –en las primeras páginas de su libro– que la primera ocasión en que, en sus días de academia, fue bien guiada por un maestro en la lectura de un clásico sintió "que yo estaba aprendiendo a leer de una manera completamente nueva". Pero un punto seguido después, Prose descubre y deslumbra cuando confía: "Pero esto era cierto tan solo en parte. Porque de hecho yo estaba reaprendiendo a leer de una vieja manera que ya había aprendido pero olvidado".

Y leído y asimilado.

Y los diez años de la muerte de Osvaldo Soriano.

Y la perturbadora angulosidad de los números redondos.

Y qué decir frente a la renovada certeza de que los escritores pasan y los libros quedan.

Y –cuando uno ha tenido la suerte de conocer a ese escritor, y haber escrito sobre la obra de ese escritor, de haber estudiado sus crónicas, de haber conversado con ese escritor que siempre te preguntaba qué estabas escribiendo y cómo iba tu vida, y de hasta haber escrito un relato sobre el fin de la vida de ese escritor– qué más se puede agregar.

Poco y nada y lo que uno diga o pueda llegar a decir importa nada y poco.

Por suerte –porque nada es casual– yo había leído a Prose justo antes de sentarme a escribir esto y entonces la idea casi obligada de averiguar si lo que ella había dicho era cierto o si, por lo menos, se aplicaba a circunstancias como éstas: ceremoniosas, un poco torpes, necesarias pero al mismo tiempo irremediablemente inútiles, porque uno nunca hablará mejor que aquel que ya no puede hablar.

Entonces ir hasta la biblioteca y buscar y encontrar ese ejemplar de *Triste, solitario y final* que sigue siendo el mismo que yo leí, recién regresado a la Argentina, en 1979 y leer –releer, súper-leer– aquello de *"Amanece con un cielo muy rojo, como de fuego, aunque el viento sea fresco y húmedo y el horizonte una bruma gris. Los dos hombres han salido a cubierta y son dos caras distintas las que miran hacia la costa, oculta tras la niebla".*

Y seguir leyendo, seguir hasta el final, feliz y bien acompañado. Me pasó lo mismo hace cinco años no obligado pero sí inspirado por otra efeméride de éstas (hacer memoria equivale a repetir, a repetirse, sí; pero lo que queda y lo que permanece es lo que vale por más que no se altere o, quizá, justamente por eso) y, seguro, me volverá a pasar dentro de cinco, de diez, de veinte. La diferencia es que cada vez lo leo mejor, que cada vez lo leeré mejor, "de una manera completamente nueva", que es la misma manera en que lo leí cuando yo ya era un lector que quería ser escritor y que quería escribir algo que le produjese a otros lo que eso que estaba leyendo le producía a él.

Semanas atrás, a propósito de la muerte de William Styron, me preguntaba cuándo es que muere realmente un escritor: ¿cuando deja de escribir, cuando deja de publicar, cuando deja este mundo o cuando deja de ser leído? Supongo que la respuesta correcta es todas: los escritores mueren de a poco pero nunca del todo e incluso la última posibilidad no es el fin del camino porque han sido muchos los que, redescubiertos o descubiertos, han vuelto de la tumba para vivir más felices que nunca o, por lo menos, para hacer tan dichosos a los lectores.

No hay mejor homenaje para un escritor que seguir leyéndolo por más que ya no escriba y por más que ya se haya leído todo lo que se escribió.

Me parece que son muy pocos los escritores que acceden a ese privilegio y que, generosos, te dan esa oportunidad de reencontrarte con ellos, como si el tiempo no pasara; porque hay contados libros y autores para los que el tiempo no pasa.

Y, última página, Marlowe le pregunta a Soriano si no tenía otra cosa mejor que hacer y le dice que *"Durante los días que estuvimos juntos me pregunté quién es usted, qué busca aquí".* Soriano le pregunta al detective si ya lo averiguó y Marlowe responde: *"No, pero me gustaría saberlo".*

Por suerte quien firma esto y los miles de lectores de Soriano –a diferencia de Marlowe– siempre lo supimos y seguimos sabiéndolo y seguimos leyéndolo y releyéndolo con la certeza compartida de que sabíamos quién era y qué era aquello que buscaba y que había encontrado.

Ahí está, ahí continúa y ahí continuará estando.

> La trastienda y la angustia de corregir novelas

Las correcciones de París

POR EDUARDO FEBBRO, DESDE PARIS

Cada vez que atravieso a pie el puente de Austerlitz, el péndulo interior de la vida retrocede a una brumosa mañana de mayo de 1995. Habían transcurrido 17 horas desde el momento en que la silueta entrañable de Osvaldo Soriano entró en el café del Boulevard Saint-Germain. Tenía ese andar tímido de quien avanza tratando de no molestar. Traía una bolsa de plástico con algunos libros y unas cuantas páginas del manuscrito de la última novela que estaba escribiendo, *La hora sin sombra*. Como siempre, su apuesta en la incierta ruleta de la magia pasaba por París. Aquí, en la soledad inhóspita de un departamento del barrio de la Goute d'Or, Soriano emprendía la última escritura, la confrontación final con un manuscrito y sus infinitas combinaciones, sus recurrentes repeticiones, sus aciertos felices, sus erradas memorables, su sentido esencial, su velocidad, su estrategia narrativa y su estética. París era el territorio del tedioso deber de la reescritura. Insomnios, angustias, dudas abisales, lágrimas borradas a la mirada pública, empeño poético y formal para plasmar en el papel la arquitectura soñada. París no era una fiesta sino el ritual de un metódico sacrificio, de un obstinado encierro. Hay obras que respiran el esfuerzo que costaron, otras cuya armadura formal, su ingenio estructural, su complejidad, son aliados inseparables de su belleza palpable, hasta de su éxito. Desdeñadas por la crítica docta, las novelas de Osvaldo Soriano eran producto de un esfuerzo inenarrable y de una férrea ambición estética y formal que Soriano, voluntariamente, diluía para que el soporte del texto no influyera en la historia. Su único propósito era contar la vida, contar nuestra historia, cifrarla en una corriente de diálogos e imágenes en las que todos nos reconociéramos. Universitarios y comentaristas exquisitos han criticado esa facilidad, ese trazo juzgado como un rasgo de simplicidad, como una mera fórmula para vender más. Muchos han definido la obra de Soriano bajo una suerte de insulto disimulado: "el género menor". Pero aquella fluidez no se fabricaba con métodos editoriales. Primero se siente en el alma y luego se la traslada al alma del texto. Sólo un gran narrador puede hacerlo. Parece que en los tardíos conceptos de cierta crítica el estatuto de narrador es un referente menor, muy por debajo del mítico escritor. Sin embargo, Soriano narraba sus historias escribiendo sus libros. Tenía su meta estética, no menos ambiciosa que la vertiginosa concisión de Borges o la polifonía verbal y estructural de Joyce. Para él, cada palabra servía a la historia. Aun ya consagrado, su horizonte seguía siendo una carta que Scott Fitzgerald le escribió a su hija cuando ésta le hizo llegar el manuscrito corregido de una novela que la joven había terminado. Fitzgerald la alentó, la felicitó y, en medio de enternecedores elogios y consejos tímidos, le entregó, indirectamente, la fórmula mágica: cuando escribas una historia y encuentres que en ella hay dos o tres páginas que son las más bellas que hayas escrito, las más conmovedoras y grandiosas que puedan salir de tu imaginación, debes entender que, por más bellas que sean, si no están al servicio de tu historia hay que borrarlas. Nos volvemos escritores sólo cuando somos capaces de eliminar esas páginas, decía Fitzgerald. Y Osvaldo las escribía, pero prefería conmover con un diálogo, con un personaje que fuera el espejo de un país, antes que con la belleza literal de una página. El quería que la gente contara sus historias como se cuentan anécdotas, no que se conservaran sólo como emoción poética.

La tarde en que entró en el café, Soriano traía un enigma. Antes de que lo revelara pasaron muchas horas. Debimos haber tomado grandes remolinos de café, evocado las figuras ya familiares de Simenon, las anécdotas renovadas de las andanzas de Fitzgerald y Hemingway, una historia de boxeadores perdidos en Corea, los entonces nuevos y deslumbrantes textos de Cormac McCarthy, el halo sensual de las mujeres de París, la vida en Buenos Aires, la informática, la acelerada capacidad de la memoria de las computadoras, de aquellas dos memorias informáticas que fascinaban y despistaban a Osvaldo, la "memoria de masa" y la "memoria virtual", debimos también haber hablado de un tema que le rondaba en la cabeza, eterno y renovado como preocupación por una pregunta que alguna vez hizo Flaubert y que Osvaldo conocía de memoria: ¿se puede hacer literatura con nada? A Soriano le parecía que esa pregunta, un siglo y medio después, había encontrado su respuesta en los primeros libros de Bret Easton Ellis. También hablamos del célebre final de un cuento de Borges, "El muerto", y su implacable "Suárez, casi con desdén, hace fuego". Aquella frase era una guía, un faro en la tormenta para navegantes que buscaban el mejor rumbo. ¿Cómo llegar a buen puerto en un mar de infinitas rutas, de frases demasiado largas, de direcciones contradictorias, de engañosas apariencias, de intuiciones que se esfuman, de adjetivos abusivos, de personajes que toman el timón del barco y modifican su destino y obligan al autor a repensarlo todo? Soriano decía que el problema mayor de una novela no era equivocarse con los adjetivos, hacer una descripción demasiado larga, crear un personaje medio fallido o un diálogo flojo. La amenaza mayor a la que se está expuesto es errar el destino de la historia que se está contando. Soriano perseguía un espacio narrativo ideal que consistía en concentrar en un puñado de frases el alcance máximo del sentido, de la visibilidad y de la resolución de las situaciones narrativas, una suerte de elocuencia que llevara a que, cuando se cerrara el libro, toda esa gente que estaba en las páginas también estuviera adentro de uno, que pasara por la calle porque eran, en sus exageraciones paródicas, como amigos, como gente cercana, visibles, entrañables, odiables o envidiables, poco importara qué eran sino quiénes. Eran la Argentina, Buenos Aires, las siluetas de un país que se estaba haciendo y desgarrando y cayendo y levantando. Soriano nos contaba la historia de lo que nos estaba pasando. A su manera, él era el detective secreto que deambulaba por sus historias buscando al culpable, al asesino, al loco, al botón, al genio o al fugitivo, al romántico, al cura, al apostador, al boxeador, al fracasado o al visionario, al milico o al demócrata, en suma, a todos aquellos que fundaron este país, que lo seguían haciendo y destruyendo.

Esa tarde Soriano apareció como siempre, con una bolsa de libros que eran regalos. Había dos: un libro de Conrad, *Tifón*, y otro de James Hadley Chase, *Eva*. Las horas transcurrieron y vino la cena, otros bares, más café, una larga caminata por el Boulevard de Montparnasse y, ya entrada la madrugada, el tímido ruido de la bolsa de plástico de donde Soriano extrajo su manuscrito. *La hora sin sombra* aún no era *La hora sin sombra*. Era un texto, frágil como todo manuscrito, una entidad desnuda, expuesta a la amenaza de las variaciones, de las correcciones irrecuperables, a los misterios de la incertidumbre que puebla las noches y los días de un autor. A su pedido, lo había leído y anotado varias veces. Soriano leía las observaciones y luego volvíamos a encontrarnos para comentarlas línea por línea en un obsesivo y prolongado viaje nocturno. La última de esas lecturas lo había interpela-



"Osvaldo Soriano tenía una relación privilegiada con la historia. Era un cronista metafísico de sus movimientos profundos y la contaba desde la superficie de sus protagonistas, héroes comunes, borrachos geniales, boxeadores pensantes y nobles, vagabundos filosóficos, ladrones matemáticos o actores fracasados, policías corruptos pero con algún rasgo de orgullo, futbolistas imposibles, adivinas enamoradas, solitarios, perdidos y reencontrados, peronistas de alma y peronistas traicionados."

do. Entre sus lecturas plurales, *La hora sin sombra* es la historia de la recuperación del padre. La novela empieza cuando el padre, vestido de forma vistosa, se escapa del hospital. En la primera versión del texto, el hijo encuentra al padre y lo mata para ahorrarle el sufrimiento y la agonía de la enfermedad mortal que lo acecha. En mi observación de ese pasaje, la muerte del padre era inadmisible, tanto que, en una hoja aparte, había criticado con virulencia esa opción. Mi enardecido argumento a favor de que el hijo no matara al padre lo perturbó. Discutimos mano a mano durante muchas horas hasta que se hizo de día, un hecho poco común en Soriano. Como todos los habitantes de la noche volvía siempre a su casa antes de que el sol derramara las lastimosas evidencias de la vida. Esa vez no. A las nueve de la mañana y con un desayuno en la mesa seguíamos midiendo los argumentos en un bar del Boulevard de L'Hôpital. Yo quería salvar al padre, él quería que su hijo lo eliminara por amor. No estaba convencido pero prometió pensar y tal vez probar cómo cambiar ese destino. Salimos del bar y caminamos hacia el Sena. El Boulevard de L'Hôpital empieza en la Place d'Italie y termina en la Gare d'Austerlitz, frente al Jardin des Plantes y al borde del Pont d'Austerlitz. Soriano caminaba pensativo, preocupado. Llegamos hasta el Sena y empezamos a cruzar el Pont d'Austerlitz, hacia la Place de la Bastille. Eran las 10.30 de la mañana. En el medio del puente se detuvo y retomó la discusión sobre la suerte del padre en la novela. Entonces preguntó, enfrentándome: "¿Por qué lo querés salvar? ¿No será por lo que te pasó a vos?". No sé si tenía razón, pero el interrogante era válido. Soriano entendía que mi ferviente alegato para mantener al padre con vida en el texto excedía los límites de la novela, que su fuente estaba en la ausencia de padre. El quería matar al padre que había tenido y yo quería salvarle la vida al padre que nunca tuve. Le expliqué que mi pensamiento se concentraba en su texto y no en mi biografía y que, aunque nunca nos emancipamos del pasado, nadie puede ni recuperar ni salvar lo que no ha existido. No hay estatuto simbólico que pueda ocupar el lugar de lo que nunca ha estado ni en nuestro corazón ni en nuestras vidas. Argumenté que la paternidad, regida por incontables interpretaciones, es ante todo una relación real, un amor real, una responsabilidad real. Que así como él se construyó con esa presencia, que aún lo ocupaba, yo me construí sin ella y que, por consiguiente, sólo se pueden salvar las existencias, incluso las textuales, pero no una ausencia. Se emocionó y me habló de su padre, de muchas cosas llenas y tantas otras vacías. Llegó el mediodía y aún seguíamos sobre el puente, suspendidos sobre el río, maduros y niños, ya padres ambos, yo de una niña, Romina, él de Manuel, ya sólidos desde hacía mucho y de pronto tan frágiles.

Osvaldo Soriano era un gran escritor, y también un gran hijo. Salvó al padre en la novela. Quedó vivo, rescatado para siempre en el sueño del hombre adulto cuando el padre le dice, después de encontrarlo: "Hijo, eres mi sueño". Han pasado casi 12 años desde de ese episodio y diez de la muerte de Soriano. Otro hecho a la vez mágico y terrible vino a encandilar y a oscurecer la vida. Mi hijo Octavio nació en esos mismos días en que Osvaldo Soriano se iba hacia aquellas horas sin retorno cubiertas por las sombras.

He leído varios artículos cuyos autores –argentinos– se preguntan qué ha quedado de Osvaldo Soriano, cuál ha sido su importancia o la herencia literaria que legó. Algunos sostienen que sus libros ya no se encuentran en las librerías. En Francia están todos. Se los encuentra sin hurgar mucho en el FNAC de Les Halles, en el de Montparnasse y en otras tantas librerías. Osvaldo se asombraba siempre del contraste memorioso entre Francia y la Argentina. Allá, decía, nos eliminan. En cambio acá, en Francia, hasta el último mediocre es parte del patrimonio, hasta el más insignificante tiene una estatua o una mención en el libro de la historia. ¿Qué importa saber el lugar? Además, ¿quién puede medirlo? Osvaldo Soriano recreó un tipo de literatura que, varios años después y con otro volumen estético, ocuparía un lugar central. Martin Amis, Cormac McCarthy y Philip Roth son los más recientes representantes de una escritura del presente, es decir, de la codificación, a través de personajes emblemáticos, de figuras comunes y reconocibles, de la historia momentánea. Clint Smoker, el periodista trucho, Xan Mao, el actor y gángster, o Henri England son iconos de hoy que Amis utiliza en *Perros callejeros* –su última novela– para contar los horrores de un mundo contemporáneo absorbido por el culto de la imagen y la representación. Y qué decir del libro de Cormac McCarthy que acaba de salir, *Este país no es para un hombre viejo*. La historia del presente narrada con un telón de fondo compuesto por todos los mitos de los Estados Unidos: balas, caballos, sheriffs corruptos, autos que van a toda velocidad, persecuciones, moteles de mala muerte, espacios siderales, snacks de mala muerte, putas, botas de cuero. La historia la lleva adelante Moss, un obrero que huye hacia la frontera de México perseguido por una jauría de personajes porque supuestamente robó ganado. Pero Moss no sólo hizo eso, también se llevó una valija llena de dólares encontrada por azar. McCarthy cuenta su país, su miseria, la perversión de sus ideales, su desesperanza. Es, como lo fueron a su manera *No habrá más penas ni olvidos*, *Cuarteles de invierno*, *El ojo de la patria* y *Una sombra ya pronto serás*, una radiografía cínica y voraz del presente. Osvaldo Soriano tenía una relación privilegiada con la historia. Era un cronista metafísico de sus movimientos profundos y la contaba desde la superficie de sus protagonistas, héroes comunes, borrachos geniales, boxeadores pensantes y nobles, vagabundos filosóficos, ladrones matemáticos o actores fracasados, policías corruptos pero con algún rasgo de orgullo, futbolistas imposibles, adivinas enamoradas, solitarios, perdidos y reencontrados, peronistas de alma y peronistas traicionados. Todos bajo el mismo sol, todos distintos y uno mismo, nosotros. ®

agenda

domingo 28



10º aniversario de Proa

Fundación Proa festeja sus 10 años de existencia con un concierto en la vereda. El rock de Carca y un set libre de música electrónica a cargo de Dr. Trincado le pondrán color a la esquina de Caminito. Actualmente bajista de Babasónicos, Carca repasará una carrera solista que se desarrolló tanto en Bs. As. como en España, y por la cual su poderoso retro rock ha sido asociado con Color Humano. Dr. Trincado diseñó especialmente para esta ocasión Vereda libre set, sesión de música electrónica para ambientar el atardecer del barrio.
A las 18, en Pedro de Mendoza 1929, esquina Caminito. **Gratis**

lunes 29



Festival de Jazz

Empezó ayer en Pinamar el VI Festival Jazz en la Playa, que reunirá durante sus noches a Deborah Dixon, Valentino Jazz Bazar, Gustavo Firmenich, Alejandro Moro, Marta Bellomo y la Sotavento Jazz Band. La dirección artística del Festival está a cargo del saxofonista Gustavo Firmenich, simultáneamente organizador del Gesell Jazz 2007, así como de otros encuentros musicales del género. Hoy estarán Gustavo Firmenich (a las 17), Sotavento Jazz Band (a las 22.30) y Valentino Jazz Bazar.
A las 17, en Estudio Playa, Av. Bunge y Costanera. Gratis. Y a las 22.30 en Teatro de la Torre, Av. Constitución 687. Entrada: $ 5.

martes 30



Cine japonés

Se inaugura el ciclo Nuevo cine japonés + Shinoby Yaguchi, integrado por seis películas de la producción nipona más reciente, que en nuestro país no tuvieron estreno comercial. Hoy y mañana se proyecta *El rostro de Jizo*, de Kazuo Kuroki, director veterano fallecido en abril de 2006, muy popular en Japón y que recién en los últimos años está consiguiendo un merecido reconocimiento internacional.
A las 17, 19.30 y 22, en la Lugones, Corrientes 1530. Entrada: $ 5.

cine

Tavernier En el comienzo del ciclo Bertrand Tavernier se proyecta Todo comienza hoy, con Nadia Kacim, Maria Pitarresi y Philippe Toretton.
A las 20, en Cineclub Eco, Corrientes 4940, 2º E. Entrada: $ 8.

Autocine En al autocine de verano se proyecta *Que sea rock*, de Sebastián Schindel.
A las 20, en Calabria y Azucena Villaflor, Costanera Sur. **Gratis**

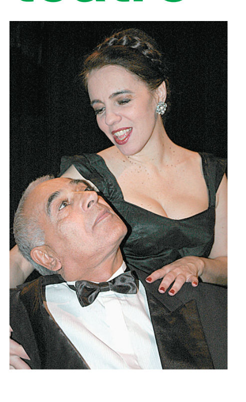
música

Jazz Se presenta Inmigrantes Big Band Jazz, Su repertorio fusiona el jazz con el candombe y el folklore argentino.
A las 21.30, en Thelonious Club, Salguero 1884 1º piso. Entrada: $ 12.

Tango Ultima presentación de Roberto Caracol Paviotti, talentoso cantor de tangos que presenta su nuevo disco Cantar.
A las 21, en Los 36 Billares, Av. De Mayo 1265. Entrada $ 15.

Aznar En el escenario al aire libre del Planetario se presenta Pedro Aznar.
A las 20, en Figueroa Alcorta y Sarmiento. **Gratis**

teatro



Decadencia Vuelve uno de los grandes éxitos del teatro de los últimos años: *Decadencia* de Steven Berkoff. Con Ingrid Pelicori y Horacio Peña, traducción de Rafael Spregelburd y dirección de Rubén Szuchmacher.
A las 21, en ElKafka, Lambaré 866. Entrada: $ 25 y $ 18.

Réquiem Siguen las funciones de *Réquiem nupcial* (buscando a Cacho), con Marta Paccamici. Ensamble poético que hila la vida de Adela, recorriendo una faceta de la vida femenina terrenal con humor y dolor, hasta encontrar la salvación de su alma.
A las 20:30, en Teatro Del Abasto, Humahuaca 3549. Localidades: $ 15.

arte



Generaciones Continúa la muestra Tres Generaciones que reúne trabajos de Sameer, Karim y Leila Makarius, y Marion y Miguel Greiner. Se exponen pinturas, grabados y fotografías de tres generaciones de la familia de artistas. Además sigue la muestra del pintor uruguayo Joaquín Torres García, Universalismo Constructivo, dedicada a las vanguardias europeas de principios de siglo XX.
De 10 a 21, en el Centro Cultural Borges, Viamonte esq. San Martín Entrada: $ 4.

Fluxus Ultimo día para visitar la muestra Una larga historia con muchos nudos. Fluxus en Alemania 1962-1994. Reúne documentos fotográficos de las acciones, festivales y conciertos más importantes realizados en Alemania por Fluxus, un movimiento de arte contemporáneo surgido a fines de los '50 y caracterizado por su transversalidad geográfica.
De 12 a 20, en el Malba, Figueroa Alcorta 3415. Entrada: $ 12.

Varios Se exhiben obras de artistas de la galería tales como Marcelo Martínez Casás, Sebastián Chelía, Laura Benchetrit, y Carlos Scaramella, entre otros.
De 10 a 20, en Galería Holz, Arroyo 862. **Gratis**.

cine

Kieslowski Dentro del ciclo dedicado al director polaco Krzysztof Kieslowski (1941-1996) podrá verse *El aficionado*, con Jerzego Stuhra.
A las 20, en el Borges, Viamonte esq. San Martín. Entrada: $ 5.

música

Percusión Todos los lunes de mayo en el Ciudad Cultural Konex, La Bomba de Tiempo propone un espacio festivo, de baile, para todos aquellos que disfrutan del ritmo y de la percusión. Se trata también de un espacio de investigación y desarrollo, tanto para los músicos del grupo como para quienes deseen asistir como oyentes a los ensayos abiertos.
A las 20, en Konex, Sarmiento 3131. Entrada: $ 5.

arte

3 muestras Se concentran tres muestras diversas hasta el 15 de febrero: la del artista italiano Paolo Bertocchi, que presenta la instalación Gioco/Gioco, un carrusel hecho de bicicletas abandonadas; la de Hernán Salamanco, que exhibe una nueva serie de pinturas bajo el nombre de Espectro; y la de Vanessa Chimera, una instalación que incluye imágenes tomadas de la pornografía.
De 13 a 20, en Braga Menéndez, Humboldt 1574. **Gratis**

cine

Kieslowski Se exhibe *Estoy así, así*, documental de 1995 del director polaco Krzysztof Kieslowski.
A las 20, en el Borges, Viamonte esq. San Martín. Entrada: $ 5.

música

Jazz En el VI festival Jazz en la playa, Pinamar 2007, se presentan Sotavento Jazz Band en un homenaje a Duke Ellington (a las 17) y Alejandro Moro-Marta Bellomo Jazz Quartet (a las 22.30).
En Estudio Playa, Bunge y Costanera. **Gratis**.

etcétera



+160 Nueva edición de las fiestas + 160, que se destaca por la presencia de Bad Boy Orange como residente y lo mejor del dub, hip hop y drum & bass.
A las 23, en Barheim, Lavalle 345. Entrada: $ 10 y $ 15.

Sociología La carrera de Sociología festeja su 50º aniversario con una convocatoria para estudiantes avanzados y graduados de la carrera. Podrán presentar ensayos que aborden alguna cuestión referida a la sociedad argentina contemporánea: movimientos sociales, cultura, trabajo, elites, etc.
Bases en *www.sociologia.fsoc.uba.ar/concurso*

Concurso Continúa el concurso con motivo del 110º Aniversario de la fundación del Museo Nacional de Bellas Artes, que convoca a ciudadanos argentinos o extranjeros a enviar por mail (formato jpg), un máximo de tres fotos que incluyan la fachada del MNBA, de tomas realizadas desde 1933 (año de su ubicación en la sede actual) hasta la fecha. Bases completas en *www.mnba.org.ar*

Para aparecer en estas páginas se debe enviar la información a la redacción de Página/12, Belgrano 673, o por Fax al 6772-4450 o por e-mail a
radar@pagina12.com.ar
Para que ésta pueda ser publicada debe figurar en forma clara una descripción de la actividad, dirección, días, horarios y precio, a lo que se puede agregar material fotográfico. El cierre es el día miércoles, por lo que para una mejor clasificación del material se recomienda que éste llegue los días lunes y martes.

miércoles 31



El Niño Malosetti

Javier Malosetti continúa con la presentación de su disco Niño, donde ofrece una inspirada aleación de músicas afroamericanas: el misterio del jazz, la crudeza de los blues, el espíritu del gospel y los negro spirituals, más la energía del rock & roll. La columna vertebral de este material es el trío que lo acompaña hace casi dos años (el tecladista Hernán Jacinto y el baterista Oscar Giunta). Y aunque la impronta es de pura esencia jazzística, también se emparienta con el rock, como ocurre con las propuestas que encabeza Malosetti.

A las 19, en el escenario de Plaza de Mayo. **Gratis**

jueves 1

Dos inauguraciones dos

Se inaugura la muestra Rastros, de Guillermo Von Polcki, donde el artista presenta una serie de imágenes realizadas con el agua de los ríos y los pigmentos de la tierra, en un papel de grandes dimensiones, acorde con el paisaje elegido, que sumerge en el agua y frota sobre las piedras con sus propias manos. Se inaugura también Cultureta Porteña. Una cuestión bien argentina, muestra que se divide en tres ejes temáticos: la carne argentina; el bondi y el fútbol. La puesta se materializará en afiches infográficos, conceptuales y fotográficos sobre paredes.

A las 19, en el Recoleta, Junín 1930. **Gratis**

viernes 2



Se reestrena "Sudestada"

En el año de su 20º aniversario, junto a bailarinas-acróbatas y percusionistas, el grupo Cuatro Vientos vuelve a ofrecer su último y exitoso montaje, con su reconocida musicalidad y un despliegue visual que incluye variados recursos, sumando teatralidad y coreografía a un repertorio que va de Mozart a los clásicos del cine, del tango al folklore y de Charly García a Los Beatles, y a su propia música original, en una propuesta por primera vez dirigido enteramente al público adulto.

A las 21, en Teatro La Comedia, Rodríguez Peña 1062. Entrada: $ 20.

sábado 3



Pimpinela y Miranda! juntos

Dos artistas únicos en su género como lo son Pimpinela y Miranda! se encuentran por primera vez. Lucía y Joaquín, siempre vigentes, pero con una trayectoria nacional e internacional de 25 años plagada de éxitos, han sido los inspiradores para que Ale Sergi y Juliana, confesos admiradores de los hermanos Galán, se hayan convertido en el grupo más exitoso de los últimos tiempos. Si bien Pimpinela ha sido pionero en fusionar la música con la teatralización, a ambos dúos los une la originalidad de su propuesta musical y puesta en escena.

A las 21, en el escenario de La Pampa y Figueroa Acorta. **Gratis**.

arte

Diseño Continúa la muestra El cuerpo diseñado, con curaduría de Andrea Saltzman. Esta exposición de carácter interdisciplinario que une el diseño de indumentaria y el arte, refiere al cuerpo como identidad y reflejo de la cultura.

De 14 a 21, en el Recoleta, Junín 1930. **Gratis**

cine

Kieslowski Finaliza el ciclo dedicado a Krzysztof Kieslowski, director polaco nacido en Varsovia. Para el cierre se exhibirá *La doble vida de Verónica.*

A las 20, en el Borges, Viamonte esq. San Martín. Entrada: $ 5.

teatro



Daulte La comedia *¿Estás ahí?*, escrita y dirigida por Javier Daulte, cuenta la historia de una joven pareja que se está mudando para comenzar a vivir juntos. Surge un inusitado inconveniente: el nuevo departamento está habitado por un hombre invisible. Protagonizada por Gloria Carrá y Héctor Díaz.

A las 21, en Teatro Brodway 2 Corrientes 1155. Entrada: $ 15.

Mujer *Yo soy mi propia mujer*, obra del autor Doug Wright, basada en la vida de Charlotte von Mahlsdord, narra la historia de un travesti, célebre coleccionista de antigüedades de la época de Guillermo II, que sobrevivió a los nazis y convivió con el comunismo de la Alemania oriental. Con la actuación de Julio Chávez y la dirección de Agustín Alezzo.

A las 21.30, en el Multiteatro, Corrientes 1283. Entrada: $ 45.

Meca *El camino a La Meca* continúa en la cartelera en su quinto año consecutivo. Con actuaciones de China Zorilla, Carolina Papaleo y Tony Vilas.

A las 21, en Multiteatro, Corrientes 1283. Entradas por Ticketmaster: 4021 9700.

música

Fusión Bárbara Togander interpretará canciones propias e improvisaciones acompañada por Enrique Norris en piano y corneta; Wenchi Lazo, en guitarra; Ariel Naon, en contrabajo, y Lulo Isod, en batería.

A las 21.30, en Virasoro Bar, Guatemala 4328. Entrada: $ 10.

Elefante La banda Elefante y Tomas Becú trío se presentan juntos el primer jueves del mes.

A las 21, en NoAvestruz, Humboldt 1857. Entrada: $ 10.

Planetario Dentro del ciclo Verano 07 desfilarán distintos músicos. Abrirá el escenario Ezequiel Borra, continuando Axel Krygier y la encargada del cierre será Juana Molina (a las 22).

Desde las 19, en el Planetario, Sarmiento y Figueroa Alcorta. **Gratis.**

Tango Silvio Cattaneo encarna al anacrónico personaje Ofidio Dellasoppa, creado para el mítico espectáculo Glorias porteñas, en una original propuesta que combina música, teatro y humor. Inspirado en el canto de tango con guitarras, junto a sus fieles compañeros que evocan a los artistas periféricos de cantinas y boliches.

A las 21, en el bar Tuñón, Maipú 849. Entrada: $ 15. Reservas al 4312-0777.

teatro



Cotillón Una historia perversamente familiar con dramaturgia de José María Muscari sobre un trabajo de intertextualidad y creación a distancia con actores santafesinos. Un padre y una madre de 5 hijos viajan de excursión a festejar sus bodas de oro al glaciar Perito Moreno y mueren congelados en un movimiento imprevisto de deshielo.

A las 21, en Espacio Callejón, Humahuaca 3759. Entrada: $ 15 y $ 10.

Sanos y Salvos Teatro, acrobacia, danza, música en vivo y bellas artes fusionados en un espectáculo furioso y divertido creado por Gerardo Hochman y Compañía La Arena. La propuesta incluye diez artistas que son a la vez acróbatas, actores y bailarines, entrenados en el arte de las destrezas arriesgadas, el humor y el original uso del espacio y los objetos.

A las 21, en Auditorio Buenos Aires, Libertador y Pueyrredón. Entrada: $ 35.

Chéjov *Espía a una mujer que se mata* es la obra de Daniel Veronese basada en *Tío Vania* de Chéjov. Con producción de la actriz española Blanca Portillo.

A las 21, en el Camarín de las Musas, Mario Bravo 960. Entrada: $ 15.

cine

Chabrol Empieza el ciclo Homenaje a Chabrol con la proyección de *Inspector Lavardin*, con Jean Poiret, Bernardette y Jean Claude Brialy.

A las 21, en Cineclub Eco, Corrientes 4940, 2º E. Entrada: $ 8.

música



Fusión Zort y Altocamet se presentan juntos. Zort, con la contundencia de siempre, su manera particular de fusionar los elementos electrónicos con el jazz, el pop, el hip hop y el dub. Y Altocamet, que volvieron a los escenarios con nueva formación.

Desde las 19, en el escenario Planetario, Sarmiento y Figueroa Alcorta. **Gratis**

Soledad Villamil En su espectáculo los valses, milongas camperas, chamarritas, rancheras y tangos, se suceden unos a otros dando forma, a través de sus diferentes ritmos, a climas musicales que evocan paisajes del campo argentino con la geografía de la pampa como protagonista.

A las 22, en el Torquato Tasso, Defensa 1575. Entrada: $ 40.

Pop Rosal y Lucas Martí comparten la primera fecha del año.

A las 21.30, en Claps, 25 de mayo 726. Anticipadas: $ 10.

teatro

Independencia La obra *Independencia*, de Lee Blessing, es una comedia dramática en donde la opresión familiar, el trauma y el drama coquetean permanentemente con la locura y la marginalidad. La acción se sitúa en Independencia, Iowa, un pequeño pueblo donde transcurre esta historia signada por la ausencia masculina.

A las 21.30, en Andamio 90, Paraná 660. Entrada: $ 20.

Comedia *Lo frío y lo caliente* es una ácida y mordaz versión de la obra de Pacho O'Donnell interpretada por Francisco Pesqueira y Claudio Pazos, con dirección de Carlo Argento.

A las 23.15, en Teatro de la Comedia, Rodríguez Peña 1062. Entrada: $ 20**.**

etcétera

Lecturas Dani Umpi leerá textos de su producción y luego responderá preguntas de Damián Ríos y del público. Al finalizar, el autor de *Sólo te quiero como amigo*, *Aún soltera* y *Miss Tacuarembó*, interpretará canciones de su repertorio.

A las 19, en el Botánico, Sante Fe y República Arabe Siria. **Gratis**

cine

Haneke Inicia el ciclo Michael Haneke con la proyección de *El séptimo continente*, largometraje del director austríaco de la película Cache. Con Dieter Berner y Udo Samel.

A las 21, en Cine club Eco, Corrientes 4940, 2º E. Entrada: $ 8.

Varieté Se exhiben *Shock Corridor,* de Samuel Fuller (a las 13); *Invitación al baile*, de Gene Kelly (a las 15); *En el hoyo*, de Juan Carlos Rulfo (a las 17); *Río arriba*, de Ulises de la Orden (a las 18.30); *Moolaadé,* de Ousmane Sembene (a las 20); el estreno *A propósito de Buenos Aires* (a las 22.10) y *La cabalgata infernal*, de Walter Hill (a las 24).

En Malba, Figueroa Alcorta 3415. Entrada: $ 7.

música

Pop Marcelo Ezquiaga (integrante de la banda Mi tortuga Montreaux) es el anfitrión del Festival El Primer Beso. En la programación de ciclo de solistas estarán Marianela, Jano Seitun (Alvy Singer) y el mismo Ezquiaga.

A las 19, en El Nacional, Estados Unidos 308, 1º piso (San Telmo). Entrada: $ 6.

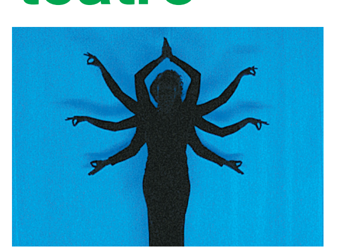
Tango Zully Goldfarb adelanta material de su nuevo disco, integrado por tangos en idish compuestos por judíos europeos a principios del siglo XX, inéditos hasta el momento.

A las 21.30, en Almatango, Sarmiento 3501. Entrada $ 20.

Rock The Tandooris graba su disco en vivo junto al femme trío de Las Curvettes y Los Lotus.

A las 21, en Unione e Benevolenza, Perón 1372. Entrada: $ 10.

teatro



Mamushka En un espacio circense mítico –recuperado después de un siglo en Parque Centenario– vuelve el mágico espectáculo de Mariana Sánchez y Pablo Zarfati, dirigido por una de las principales artistas y maestras del arte del circo en la Argentina, creadora del histórico grupo La Trup y su fundacional *Emociones Simples*.

A las 21.30, en Club de Trapecistas Estrella del Centenario, Ferrari 252. Entrada: $ 15 y $ 10.

EL FENOMENO SORIANO

POR GUILLERMO SACCOMANNO

1 Diez años de la muerte de Soriano. Tengo una sensación patética de bandera a media asta, acto escolar, discurso sobre el prócer emérito. La verdad, no tengo mucha gana de prestarme al ritual de efeméride del club de viudas de Soriano. Sin embargo no puedo evitarlo, escribo. Me pregunto por qué. La primera respuesta, la más sincera es porque me ataca un sentimiento de venganza. Lo digo de una: la literatura como venganza. Por supuesto, podría argumentar que la literatura es un artesanado silencioso que se caracteriza por el amor al prójimo y las ganas de mejorar el mundo. Educadísimo, quedaría. Al carajo. Con las buenas intenciones, se sabe, sólo se hace mala literatura. Me jode escribir sobre Soriano. Dos razones. Una: todos parecemos huerfanitos de un escritor que se habría reído a carcajadas al vernos en esta situación. Dos: tengo la sensación de haber dicho ya todo lo que tenía que decir sobre Soriano en homenajes sucesivos, en artículos esporádicos y hasta en el prólogo a una de sus novelas. Si tengo sentimientos tan encontrados a la hora de escribir sobre Soriano, me pregunto, entonces qué hago a esta hora de la madrugada –la hora en que manteníamos con Osvaldo conversaciones telefónicas interminables– volviendo a escribir sobre él. Fresán escribió que lo bueno de la literatura es que uno puede hacerse amigo de los que admira. Este es el caso. La lealtad a un amigo puede ser una buena razón, pero prefiero –amistad al margen– hablar de una convicción compartida: la literatura puede hacer un cacho mejor al prójimo, una convicción –apenas lo escribo, dudo– que no se la creería Philip Marlowe conociendo como conoce las miserias humanas, que suelen ser las mismas que las sociales. Si las bellas artes no hicieron mejor a Hitler por qué pensar que leer a Soriano va a mejorar a los lectores. Por qué escribo entonces sobre Soriano, me pregunto. Porque sigue interpelando el oportunismo trepa de muchos escritores, es una respuesta más convincente. De lo contrario Soriano no seguiría levantando polvaredas y chicanas en opúsculos y novelitas escritas a medias. Es que sigue representando, además de una manera de mirar, una causa. Mejor dicho: su manera de mirar responde a una causa. Y viceversa. Me voy a repetir, lo sé. De modo que intentaré ajustar algunas reflexiones que esbocé en otras oportunidades, en otros aniversarios, en otros actos de homenaje, esa clase de actos celebratorios que, por lo general, tienden más a pasteurizar una escritura que a subrayar la incomodidad que produjo, que produce, que seguirá produciendo entre quienes lo odiaron en vida y ahora, después de muerto, le siguen pegando, lo que viene a probar que Soriano sigue vivo. Lo primero que pienso al ponerme a escribir es una obviedad: Soriano dejó un lugar vacío, en la literatura y en el periodismo. Doy un ejemplo: a *Página/12* no le faltan firmas prestigiosas para ocupar ese espacio de las contratapas dominicales que era, como de ningún otro, de Soriano. Sin embargo, no es lo mismo. Entonces empiezo a preguntarme el porqué de esta obviedad.

2 Cada vez que tuve que escribir sobre Soriano me pasó lo mismo que ahora: busco sus libros y siempre (justo aquellos de los que pienso extraer una cita) hay varios que me faltan, lo que es una buena señal. Esos libros debo haberlos prestado en un rapto de entusiasmo procurando irradiar los efectos de su buena literatura. Pero lo que me importa ahora es encontrar qué entendía Soriano por buena literatura. Entre sus artículos hay uno sobre Arlt. La apología de Arlt tiene bastante de proyección personal. Ya se sabe: cuando un escritor reivindica a otro lo que persigue es a la vez la marcación de un antecedente y la dirección en que pide ser leído. (Debo asumirlo, al hablar de Soriano, hablo también de mí. Y lo hago en el mismo sentido en que Masotta escribió su "Roberto Arlt, yo mismo".) Despacio, empiezo a anotar algunas impresiones sobre la literatura de Soriano, su manera tan sencilla de contar. Así como a Arlt, escritores que hoy nadie recuerda le reprochaban que escribía "mal", a Soriano se le criticaba que escribía "fácil". A ninguno de sus detractores se les ocurría que en ese modo de escritura había una poética de la concisión y la síntesis, una economía de recursos rigurosamente elaborada. Es curioso: la mayoría de sus detractores de entonces hoy se abocan a escribir "fácil", como si recién hubieran descubierto que del otro lado de la página hay otro, un lector, un semejante. En verdad, lo que descubrieron es la relación entre escritura y dinero, que con una ficción se puede ganar dinero, y que vale apostar en la ruleta del marketing aunque se lo desprecie. Aquellos jóvenes que en la primavera alfonsinista lo criticaban terminaron laburando en la tele y cuando publican una novelita lo plagian. Es verdad: muchas de las ideas que Soriano desarrollaba en sus textos no provenían tanto de una elaboración "teórica" como de una intuición siempre alerta. Fútbol, cine, política. Soriano se las ingeniaba siempre para traducir lo que estaba en el aire. Ningún escritor, desde Arlt con sus aguafuertes a la fecha, exhibió una perspicacia igual obteniendo una repercusión similar. En el velorio de Soriano llamaba la atención que se acercaran a despedirlo un sinfín de lectores anónimos. Me acuerdo de un padre y su hijo, los dos con la camiseta de San Lorenzo, el club de Soriano. En efecto, puede pensarse que hay un gesto "populista" en legitimar la escritura de Soriano en función de la masa de lectores que supo conseguir. Justamente porque escribía "fácil", a Soriano también se lo tildaba de "populista". Esta clase de críticas, que son siempre críticas de clase, lo enconaban. Conviene subrayarlo: como Arlt, Soriano es el escritor que se arma desde abajo y se forma, como puede. Elsa Sánchez de Oesterheld conserva una carta del joven Soriano al guionista de *El Eternauta*. Oesterheld, entonces, puede ser un paradigma: la literatura popular. Cuando Soriano publicó su primera novela sorprendió con su madurez narrativa. Es que su técnica, y no sólo la técnica, Soriano la había adquirido en las redacciones de *Primera Plana*, primero, y *La Opinión* más tarde. Sus compañeros de trabajo fueron Walsh, Urondo, Gelman, Dal Masetto, Briante, Rabanal, Bayer, Eloy Martínez, Bonasso y Belgrano Rawson entre otros escritores. Pero fundamentalmente su aprendizaje literario se había cifrado en la novela policial y, dentro del género, en la admiración por Raymond Chandler, quien cierta vez dijo que su responsabilidad como escritor era seria ya que escribía para lectores que, con seguridad, no leían otra cosa que novelas policiales, que antes de ser policiales eran novelas. Chandler era el autor fetiche de Soriano. Más que Graham Greene, de quien más tarde estudiaría la articulación entre la aventura y la denuncia. A Chandler se lo advierte en Soriano a través de sus metáforas entre poéticas y humorísticas, de los diálogos agudos en los que el ingenio reverbera descubriendo el absurdo, como disparate, en medio de la derrota. Como los héroes de Chandler, los personajes de Soriano son perdedores. Si, a lo Simone Weil, en la historia hay que elegir, Soriano elegía: estaba siempre del lado de las víctimas.

> Los personajes de Soriano son, más que desplazados, desclasados. Si no tienen conciencia de clase es porque no pueden: no pertenecen a ninguna clase. Son la resaca del Estado benefactor peronista. Sus personajes no son sólo perdedores. Son también la encarnación de una idea que está tanto en Scott Fitzgerald, Hemingway y Faulkner: pelearla aunque al final "ninguna batalla se gana jamás".

3 No me sorprende: al escribir estas reflexiones siento que ya lo hice antes. Ya ni miro las anotaciones que hice un rato atrás. También, inevitable, me doy cuenta de que en estas líneas se me crispa el tono. Inevitable, sí, cuando me acuerdo lo que a Soriano le importaba obtener un reconocimiento de la crítica literaria que presumía de culta.

Paso a ejemplificar con una anécdota que me contó Bayer en una feria del libro patagónica, una de esas ferias que suelen parecerse más a una kermesse heroica que a la Rural del Libro porteña donde las editoriales exhiben a sus toros de raza y vacas sagradas. Una vez Beatriz Sarlo invitó a Soriano a participar en una charla en el ámbito universitario. En esa época, si mal no recuerdo, parecía haber dos bandos en la narrativa: Saer en un rincón del ring y Soriano en otro. Una disyuntiva falsa. De la que sacaban partido los saerianos y los sorianescos. Descreo de la ingenuidad de Sarlo y, especialmente, del desentendimiento de Saer y el candor de Soriano. Disyuntiva falsa la de quienes levantaban por un lado la morosidad y la experimentación y por otro el artefacto narrativo popular. Disyuntiva que si a algo contribuía era a opacar la minuciosa relojería narrativa de uno y de otro. Volviendo a esa vez: Soriano invitado al ámbito académico. El alumnado se burló del escritor porque apenas si había terminado a los tumbos la primaria mientras su padre, empleado estatal, cambiaba de destino desde la pampa hacia el sur. Esa madrugada, destruido, Soriano lo llamó a Bayer. Como reivindicación y ajuste de cuentas, Bayer invitó a Ricardo Piglia a presentar a Soriano en su cátedra de Derechos Humanos en el ám-



bito universitario. Piglia arrancó planteando que los tres escritores argentinos más grandes de nuestra literatura no habían terminado la primaria. Arlt, Borges y Soriano. No creo recordar que el autor de *Plata quemada* haya publicado esta afirmación en sus ensayos. Una lástima.

4 Aunque le disgustara admitirlo, a Soriano, un "bárbaro", le encandilaba la "civilización" corporizada en las luces de la gran ciudad puerto. Su porteñismo exagerado delataba su origen provinciano. Ahí, creo acertar, advertía su déficit. Quizá así se explique su atracción en el último tiempo por Bioy Casares, el tilingo turista que impostaba una lengua barrial que, en Soriano, era tan espontánea. Siempre me resultó sospechosa esa fascinación de Soriano por Bioy. Ese artículo que escribió sobre Bioy parece escrito por un tipo diferente del que escribió sobre Arlt, un tipo de otra extracción. Discutimos al respecto. Soriano no integraba la corte de colados en la casa de los Bioy que, en sus notas periodísticas, confianzudos, se despachaban como si fueran de la familia y ostentaran un doble apellido. No, el fervor de Soriano por Bioy era otra cosa. Una contradicción de clase. El pibe que se formó jugando al fútbol en potreros del interior y leyendo a los saltos desde Salgari a Oesterheld todo lo que le caía en las manos hasta que un buen día Chandler le hizo arrancar la máquina de narrar, ese pibe, digo, se fascinaba con Bioy igual que un humillado arltiano por la avenida Quintana.

5 Hace un rato escribí "venganza". El correlato anterior de la venganza es, sin duda, el resentimiento, la esencia de los personajes arltianos. Soriano escribía sobre perdedores, los reivindicaba en sus derrotas. Todas las quimeras de sus héroes se orientan inexorablemente hacia el fracaso. No hay como la humillación para nutrir el resentimiento. Y no hay como el resentimiento para impulsar una literatura que, como la arltiana, hace de la ecuación sexo-dinero-poder su resorte esencial. En este aspecto me he preguntado varias veces por qué no leer a Soriano desde el Sartre que le abrió los ojos a Masotta para escribir su mejor ensayo, *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Los personajes de Soriano no son sólo perdedores. Son también, a través de un grotesco pietista, la encarnación de una idea que está tanto en Scott Fitzgerald, Hemingway y Faulkner: pelearla aunque al final, como le dice el padre a Quentin Compson, "ninguna batalla se gana jamás". El grotesco en Soriano funciona como piedad. La lástima es un sentimiento que sólo pueden conocer quienes fueron golpeados y saben que con esas magulladuras sólo se puede construir el resentimiento. El grotesco en Soriano, próximo a la caricatura, exagera la realidad. Y hace visible lo que nadie quiere ver. Hay una tristeza siempre de fondo en sus ficciones que asocio con los guiones de Age y Scarpelli, los guionistas de Monicelli. Esa tristeza que cierra la historia de *Los compañeros* cuando los obreros, tras el fracaso de la huelga, vuelven entregados a la fábrica. En *Una sombra ya pronto serás*, escrita a fines de los '80, su novela más negra, lo caricaturesco se vuelve visionario: ahí se ve venir la catástrofe de una sociedad que se soñaba de clase media, rubia y primer mundo. No es desatinado sostener que ésa es la novela de la depresión nacional. Y envenena leerla.

6 Se puede argumentar que Arlt es de tan envenenado, venenoso. Y que Soriano, a su lado, intenta ser más comprensivo con las miserias de una sociedad carnicera. En todo caso, esa ternura que despliega, no es otra cosa que solidaridad. Como sus personajes, Soriano sabe que la dignidad es una pelea muchas veces perdida de antemano y, no obstante, hay que subir al ring, y si el ring es la literatura, apostar al cross en la mandíbula. Sus personajes son más que desplazados, desclasados. Si no tienen conciencia de clase es porque no pueden: no pertenecen a ninguna clase. Son la resaca del estado benefactor peronista. Y acá habría que explicar ese malentendido entre el peronismo y Soriano. La presunta izquierda lo acusaba de populista por su simpatía con el pueblo peronista, que no equivale a adhesión al líder del mayordomo ocultista. Para el peronismo Soriano resultaba un infiltrado, uno que esperaba la revolución por donde no iba a pasar: el peronismo. Aunque también como Arlt, despreciaba a los plumíferos del ambiente literario (véase ese capítulo memorable de *El ojo de la patria*, dedicado a los escritores que la juegan de secretos), no obstante Soriano esperaba ese reconocimiento de lo que se supone una "alta cultura". En consecuencia, Soriano padecía la omnipotencia pero también la debilidad del autodidacta. Del mismo modo que hacía de la amistad un culto viril, su capacidad para conquistarse enemistades en el gallinero literario era prodigiosa. Cuando más le pegaron fue en la primavera alfonsinista, en la misma época en que el Presidente de la Nación se negó a recibir a Cortázar. Y cuando le pegaban, Soriano –no voy a justificarlo– se ensañaba con sus enemigos. Podría vérselo, insisto, desde esta perspectiva: la popularidad de su escritura cuestionaba a los castrati que celebraban una literatura dandística y de elite. Acá sería atinado citar de nuevo a Arlt: "Que los eunucos bufen". Conviene detenerse en la mala fe ideológica de aquellos que piensan la literatura como misión santurrona o sólo como placer masturbatorio, la escritura de las novelas históricas de cartulina por un lado y esas pavadas narrativas que, desde la frivolidad, se consideran como "instalaciones". Conviene detenerse en esas novelas que cada tanto irrumpen un ratito con una faja presumida que presenta la obra como la más importante del más importante escritor argentino contemporáneo. Conviene detenerse en la pompa y el barullo de los concursos literarios (muchas veces la única posibilidad de un autor inédito de lograr que lo publiquen, aunque haya casos notorios donde el veredicto es trucho). Conviene detenerse en el autor secreto que todas las semanas descubren los suplementos dominicales para sus lectores no menos domingueros. Conviene detenerse en la cantidad inabarcable de libros que se han publicado en un año (casi dieciocho mil el año pasado, se calcula) y preguntarse quién leerá todos esos árboles talados. Conviene detenerse en algunas preguntas simples: por qué escribimos, para qué escribimos, a quién escribimos. Preguntas sencillas, pero no libres de complejidad. Soriano se las planteaba. Porque su relación con la literatura era existencial y dramática.

7 Su fortaleza estaba, está, estará en otra parte. En un medio signado por blanduras, mezquindades y oportunismos, Soriano iba al frente. Ahí están sus notas sobre las canalladas de los editores. Ningún escritor, que yo recuerde, abordó la cuestión con tanta pasión, un sentimiento hoy con mala prensa. En medio de una polémica sobre los derechos de autor, un empleado ejecutivo de una editorial salió a salvar el honor marquetinero desde una revista. Hoy ese empleado es uno de los agentes de escritores más poderosos de por acá. De empleado de un prostíbulo a cafishio, habría dicho Soriano. Pero, ¿un agente tiene una ética diferente a la de un fiolo? Me permito incluir ahora una anécdota personal. En una feria del libro fuimos convocados a una mesa redonda sobre derechos de autor. "Llevemos nuestros contratos de edición", me dijo Soriano. Era un argumento incontestable para discutir la cuestión de los derechos de autor. El público no superó las diez personas. Un solo escritor entre el público: Dal Masetto. Un abogado que integraba el panel se indignó cuando leí un contrato. El contrato le parecía chupasangre. Soriano dijo: "Se supone que acá debería haber más escritores. Se supone que los escritores son gente de coraje intelectual". De nuevo, me reprocho este tono con el que escribo estas líneas. Pero, este tono, ¿no es acaso también un efecto Soriano?

8 Es curioso: Soriano ya no está. Y el lugar que dejó vacío no hace más que referir su presencia. Soriano ya no está, pero al nombrarlo, se nombra las causas por las que peleaba, todas intactas. Entonces Soriano vuelve a ser el nombre de una literatura que no le teme a la confrontación. Porque como Arlt en su momento, con su popularidad tan inmensa como envidiada, Soriano representa un fenómeno maldito para mucha intelectualidad nacional. Quizá ésta sea la prueba de la vigencia molesta de su escritura. Que se aviven aquellos que todavía persisten en el titeo a Soriano. Soriano va a seguir molestando mucho tiempo.

Una vez Beatriz Sarlo invitó a Soriano a una charla en el ámbito universitario. El alumnado se burló de él porque apenas si había terminado a los tumbos la primaria. Esa madrugada, destruido, Soriano lo llamó a Bayer. Como reivindicación, Bayer invitó a Ricardo Piglia a presentar a Soriano en su cátedra. Piglia arrancó planteando que los tres escritores argentinos más grandes de nuestra literatura no habían terminado la primaria. Arlt, Borges y Soriano.

Soriano y Puig:
las paralelas que se tocan




POR ROGELIO DEMARCHI

Las novelas de Soriano pueden leerse como una respuesta a las novelas de Puig: no porque impugna los elementos utilizados por Puig, sino porque los interroga y les modifica su significación re-presentándolos en función de características que Puig no tuvo en cuenta.

Ningún escritor produce su obra en el vacío, sino dentro de un sistema cultural, asignándole valores tanto a lo clásico como a lo novedoso. Y Puig era la novedad cuando Soriano escribía su primera novela: *La traición de Rita Hayworth* (1968), *Boquitas pintadas* (1969), y *The Buenos Aires affair* (1973), ¿qué novedades marca la crítica en ellas? Uso de subgéneros marginales con una perspectiva fílmica, lo que tiende a anular el narrador tradicional de la novela; diálogos insignificantes entre los personajes; conversión del título en una cita.

En 1973 se publica la primera novela de Soriano, *Triste, solitario y final*, comenzando esta serie de interrogaciones:

● El título también cita pero no remite a lo que Hollywood consagra sino a lo que margina: de la superestrella (Hayworth) a una frase de una novela de Raymond Chandler, escritor maltratado por la industria del cine (es famosa la pelea de Chandler con Hitchcock por la adaptación de la novela de Patricia Highsmith, *Extraños en un tren*; ganó Hitchcock).

● El subgénero marginal a rescatar no es uno, sino dos: en lugar del melodrama romántico, la novela negra y el gag de los grandes cómicos; de la Hayworth, entonces, a la dupla Laurel y Hardy *más* el detective Marlowe. La mezcla, inaudita desde todo punto de vista, da lugar a un realismo absurdo cuya función es reflotar la tradición de la picaresca.

El pícaro es un antihéroe, un marginal que representa a una “clase” que, solidaridad mediante, busca formular su propia alternativa; no es un delincuente, pero en sus aventuras intenta el ascenso social por medios algo fraudulentos. En la construcción del relato picaresco, se utiliza la caricatura como elemento satírico y/o la hipérbole característica del grotesco. Así, la narración es una crítica a la sociedad. Ese es el horizonte de Soriano, aun cuando parta de subgéneros totalmente alejados de la picaresca, como el policial, la novela de espías o el relato de aventuras. Soriano mezcla para inventar un híbrido con el que reactualiza la tradición picaresca. Además, el pícaro que inventa no está intelectual ni psicológicamente capacitado para entender los conflictos que, en un momento determinado, lo envuelven y lo arrastran como una “bola de nieve” cuesta abajo; es una especie de David que no tiene ni piedra ni honda ni Dios para enfrentar a ese Goliat que lo apremia... Entonces la narración desacelera para contarnos cómo ese pícaro David, de todos modos, para defenderse inventa un arma con los materiales –siempre desatinados– que tiene a su alcance.

> Las dos primeras novelas de Puig transcurren en Coronel Vallejos durante el primer peronismo; el díptico de Soriano, en Colonia Vela, pero se trata del peronismo y la dictadura militar de los ’70.

En *La traición de Rita Hayworth,* Toto, el alter ego de Puig, se relaciona afectivamente con los melodramas del cine. En *Triste, solitario y final,* el alter ego de Soriano se llama Soriano y prefiere los tortazos de crema del Gordo y el Flaco a los sufrimientos de las grandes divas. La diferencia va de lo psicológico a lo político: no es lo mismo que el niño idealice a una *femme fatale* que a un par de cómicos, y Laurel y Hardy –según las crónicas del periodista Soriano– hacían reír destruyendo la propiedad y burlando a la autoridad, dos valores fundamentales para el capitalismo.

● Para el Toto de *La traición...* no hay nada más importante que la butaca del cine, los cartones en los que pinta sus películas preferidas y su colección de avisos de estrenos. Para el Soriano de *Triste...* querer escribir un libro sobre el Gordo y el Flaco, viajar para visitar la tumba del Flaco (como si se tratara de un familiar) y, ya que estamos, pasear por Sunset Boulevard, entrar a los estudios de la Fox, robarle la billetera a Dick Van Dyke, pelear con John Wayne, ser besado por Jane Fonda, convertir en un pandemonio la entrega de los Oscar y secuestrar a Charles Chaplin. Por eso, si Toto elige como grandes películas a *El gran Ziegfield*, *Sangre y arena* o *Cuéntame tu vida*, Soriano prefiere *Los bandoleros*.

● Contra la constante deriva de la realidad cotidiana en fantasía regulada por un imaginario colonizado por el cine que se deja leer en las novelas de Puig, *Triste...* resulta el camino contrario: el ingreso en la realidad cotidiana de la poderosa industria del máximo prototipo de la novela negra –Philip Marlowe, creación de Chandler–, por obra y gracia de un cómico primero y un argentino después (Laurel y “Soriano”). *No habrá más penas ni olvido* (1978) y *Cuarteles de invierno* (1980) permiten ampliar el inventario.

● Las dos primeras novelas de Puig transcurren en Coronel Vallejos durante el primer peronismo; el díptico de Soriano, en Colonia Vela, pero se trata del peronismo y la dictadura militar de los ‘70.

● Si el imaginario social de Coronel Vallejos remite a la clase alta a través de las revistas “de sociedad” y a Hollywood por las películas y las revistas “del corazón”, en Colonia Vela señala hacia lo político y lo popular (del peronismo histórico a los conservadores aliados a la dictadura militar, del lenguaje del tango y los refranes populares al heroísmo del boxeo y la resistencia política).

● En los títulos, las segundas novelas de ambos disputan la figura de Gardel: Puig recorta un verso de “Rubias de New York”, un fox-trot que lo presenta como “cantante internacional” (*Boquitas pintadas*); Soriano toma “Mi Buenos Aires querido”, en serie con el Gardel canonizado –tanguero, sentimentaloide y barrial a lo Carriego (*No habrá más penas ni olvido*)–. En las terceras, mientras Puig titula con un inglés entendible para darle un aire de misterioso glamour, Soriano opta por el refranero popular.

Tercera y última etapa del inventario:

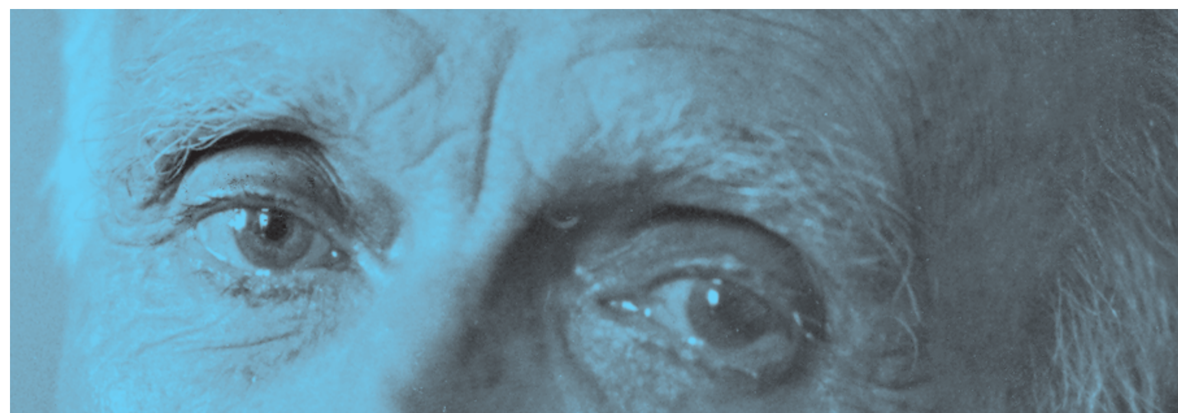
● *El beso de la mujer araña* (1976) de Puig y *A sus plantas rendido un león* (1986) de Soriano. En *El beso...*, para evadir la realidad carcelaria, Molina le cuenta películas a Valentín. En *A sus plantas...*, en los bellos jardines de Luxemburgo, una ugandesa le cuenta a Quomo, Marx completo, libro por libro, y lo convierte en el comandante de la primera revolución africana triunfante.

● *Pubis angelical* (1979) de Puig y *El ojo de la patria* (1992) de Soriano. En *Pubis...* Ana tiene delirios onírico-cinematográficos; en uno de ellos, una joven, gracias al implante de un dispositivo electrónico, supera la era atómica y vive la era polar. En *El ojo...*, el dispositivo electrónico se llama chip y es implantado en el cadáver de un prócer de la Patria para que nos explique en qué punto de la Historia se torció nuestro rumbo.

● En *La hora sin sombra* (1995), Soriano vuelve sobre *La traición...*, donde el padre de Toto se parecía a un galán de la época y el niño con su madre –en plenos años ’40– iban todas las semanas al cine a ver los estrenos. En *La hora...*, en la época del General Ramírez (año 1943), el padre del protagonista es el encargado de supervisar que las estrellas de la Paramount se vean en los cines de la provincia “como Dios manda”.

El inventario –creo– no deja lugar a dudas. Ⓡ

Soriano y Bioy: campeones desparejos

POR ESTHER CROSS

Cuando tenía veintiséis, colaboré con Grillo della Paolera en la edición de *Bioy Casares a la hora de escribir*. Era un libro sobre escribir, era un libro sobre leer. Fui con Grillo varias veces a lo de Bioy. Le entregábamos los borradores, que volvían llenos de marcas, comentarios y correcciones. Bioy era un escritor riguroso y detallista, Bioy era un lector experto. La edición de ese libro de entrevistas fue para mí como un taller intensivo. En uno de esos encuentros, Bioy habló muy bien de un libro. Era *A sus plantas rendido un león*.

Estábamos sentados en su escritorio. Al hablar del libro arqueó las cejas, con ese gesto de asombro que ponía siempre al hablar de los libros que le gustaban. Me gustaría acordarme de lo que dijo, pero no puedo.

Me acuerdo, en cambio, de que al otro día salí corriendo a buscarlo, un poco por curiosidad y otro poco porque me apuraba a leer lo que Bioy y Grillo nombraban. Me compré la novela en la librería –que ya no existe– de una galería –que tampoco existe– que quedaba a la vuelta de mi casa —que ya no es ésa–. La leí de un tirón y desde el principio me pareció absolutamente natural haber llegado a ese libro a través de Bioy. No era difícil entender por qué le había gustado.

Para empezar, ya desde las primeras páginas había un desfile de lo mejor de las lecturas de la infancia: un país lejano, un personaje solitario y su amor imposible, animales que enloquecen, revoluciones y malentendidos, drogas que incitan a la angustia o la melancolía, aviones que despegan y se incendian como si nada y, planeando sobre todo, un héroe a contramano y su aventura. Pero eso, que era tanto, no era nada comparado con el resto. Bioy decía que si uno habla como argentino debe escribir como argentino y la novela de Soriano era la novela de un argentino que escribía como un argentino. Entre los párrafos de *Bioy Casares a la hora de escribir*, que yo tipeaba en la máquina portátil cada día, había uno que decía que cada tanto la vida "nos da una visión momentánea de algo que quiebra el orden de la realidad" y a mí me parecía que Soriano –y ésa era su vuelta de tuerca respecto de Bioy– escribía historias que pasaban en una realidad en la que el orden ya se había quebrado. Y había más pero era lo de menos. La verdad es que pienso casi todo esto ahora –igual que cuando armo una historia respetable pero falseada porque quiero contar un sueño–. Ese año leí a Soriano con la misma curiosidad con que leí libros de Stendhal, Bianco y otros escritores que Bioy y Grillo nombraban cuando apagábamos el grabador o en medio de una entrevista. Bioy y Grillo hablaban de libros todo el tiempo. Su entusiasmo era contagioso. Bioy había nombrado un libro buenísimo, se notaba además que Grillo lo conocía y ahora yo también tenía la suerte de conocerlo.

Pasaron unos años antes de que me enterara de que Soriano dividía las aguas entre los escritores de mi generación, que empecé a conocer entonces. Tanto empeño en atacarlo me parecía casi un despropósito y hasta me resultaba increíble. Si decía que había llegado a *A sus plantas...* por un comentario de Bioy, me miraban de costado porque en ese momento me enteré, además, de que Bioy también tenía sus rivales y allegados y que entre los de uno y los del otro no siempre se formaban equipos compatibles. La situación era un poco confusa pero no me parecía tan raro. Yo soy de ese tipo de personas que siempre llega un poco tarde a las fiestas y reuniones. Y ésta no era una excepción. Se notaba que había llegado con demora a algo que había empezado hacía bastante tiempo. En ese fuego cruzado de escritores que cruzaban escritores y me hacían entenderlos de manera diferente, seguía con las lecturas. En la lectura de sus libros parecían tan alejados de tanta discusión que al mismo tiempo los unía. Nuestros campeones desparejos. Los libros siempre enseñan algo que no puede explicarse tan fácil. Los libros y las cosas que pasan entre ellos.

Bioy decía que cada tanto la vida "nos da una visión momentánea de algo que quiebra el orden de la realidad". A mí me parecía que Soriano –y ésa era su vuelta de tuerca respecto de Bioy– escribía historias que pasaban en una realidad en la que el orden ya se había quebrado.



Confesiones de un lector



POR MEMPO GIARDINELLI

La primera pregunta viene cantada: ¿por qué no escribís cuentos?

–Yo me lo pregunto muchas veces... Vos sabés que yo empecé escribiendo cuentos, como supongo que empieza casi todo el mundo. No tengo copias, siquiera, pero debo de haber escrito unos diez cuentos de juventud. Fue un inicio tardío. Muy influido por Cortázar, sobre todo, por Poe, por Lovecraft y en menor medida por Hemingway. Yo intentaba cuentos fantásticos.

Cuando decís inicio tardío, ¿a qué te referís?

–A que yo empecé a escribir a los veintidós, veintitrés años, cuando todavía vivía en Tandil. Esos cuentos que digo son todos de Tandil. En Buenos Aires no escribí nada hasta que empecé *Triste...* Puedo decir, incluso, que había descartado la literatura a raíz de mi fracaso en el cuento. Yo era un gran lector de cuentos, y admirador incondicional de Quiroga, de Poe y sobre todo de Maupassant. Ellos fueron mis maestros cuando empecé a leer. Por eso digo "tardío": porque yo empecé a leer libros sólo después de los veinte años, y sentí el impacto de esos grandes cuentistas del realismo, y el impacto de grandes novelistas, leídos muy dispersamente.

¿Tu camino como novelista fue una elección o era un destino?

–Yo creo que lo encontré. Por ejemplo, *Cuarteles de invierno* es producto de la frustración de un cuento. Yo estaba en Bruselas, sin un centavo encima, y un escritor italiano, Giovanni Arpino, a quien había conocido al azar, me pidió un cuento para una revista que editaba en Milán, y ofreció pagarme 100 dólares. Eso era, para mí, una fortuna. Me dije: "Tengo que ser capaz de escribir un cuento; no puedo ser tan imbécil de perderme esto, habiendo escrito ya dos novelas e intentado otros cuentos, y siendo un periodista bastante aceptable. Debería poder escribir diez carillas con dignidad...". Bueno, me senté, con ese criterio mercantil: no se me podían escapar esos pesos que necesitaba desesperadamente. Pero las diez carillas se me consumieron en la simple llegada del tren a la estación. Bajaban del tren, se iban a la pensión, y ya estaban las diez carillas. Y yo me perdía los 100 dólares. Bueno... me di cuenta de eso con dolor, y tuve que escribirle a Arpino: "No puedo, no sé cómo se hace, en diez carillas apenas han salido de la estación".

¿Cuáles son los cuentos que más admirás de los que has leído?

–Fundamentalmente dos: "Babilonia revisitada", de Scott Fitzgerald, y "Bienvenido Bob", de Juan Carlos Onetti. También "El muerto", de Borges, y "El hombre muerto", de Quiroga.

¿Sentís nostalgia del cuentista que decís no ser?

–¡No! Porque... ¿cómo te lo muestro a vos, eh? ¿Cómo se lo muestro a Briante, a Blaisten? ¿Cómo espero el juicio de cualquiera de ustedes, que sé que será lapidario? No, ni loco. Entonces, lo que hago, si tengo que escribir un cuento, es disfrazarme de otra cosa. Y si vos me decís "éste es un cuento de mierda", yo te diré "esperá, Mempo, esto no es un cuento, no seamos tan exigentes, esto es un relato que se termina en unas pocas carillas...". Más que nostalgia, me duele haber perdido una batalla...

Acepto tu confesión, y te hago una: en el fondo, no te creo. ¿Qué sabés si no vas a escribir un cuento estupendo?

–No, esperá, además hay otra cosa: yo soy un tipo que tiene muy pocas ideas argumentales. Y como vos sabés, para mí y para algunos pocos narradores que vamos quedando, el argumento es muy importante. Necesitamos una historia: sea de amor, sea de fútbol, de ciencia ficción, hay que narrar una historia. Bueno, como yo tengo muy pocas historias que quiero contar, soy terriblemente avaro con ellas. Cuando se me ocurre una, me digo que o es una novela o será parte fragmentaria de una novela. Pero no por eso dejo de pensar qué pasa, y qué es, el cuento dentro de esta sociedad. Y por extensión, la narrativa.

¿Cómo sería eso?

–Nosotros vivimos –y entiendo por nosotros a quienes fuimos muy jóvenes a fines de los '60 y principios de los '70– una sociedad absolutamente distinta. Entre otras enormes caídas, una de ellas arrastró a gran parte de la literatura, y a gran parte de aquellos lectores que sabían mucho de literatura y que admiraban a grandes escritores. Yo no he vuelto, ahora, a oír hablar en los bares de Horacio Quiroga. Yo recuerdo que, cuando vine a Buenos Aires, una de las primeras cosas que hice fue el recorrido del suicidio de Quiroga: fui a la farmacia donde compró el cianuro... Yo quería ser Quiroga, me sentía bajo su influjo gigantesco. Y creo que hoy estas categorías son diferentes. No sólo porque el vasto mundo en que vivimos ha cambiado, sino porque la Argentina se atrasó, está pobre, en fin, todo lo que conocemos y diagnosticamos: las editoriales están en crisis, las revistas no se interesan por la narrativa porque pareciera que al lector la narrativa no le interesa y lo único que quiere saber es si Menem va a ser presidente o no... Es decir, la categoría ficción ha sufrido serios contrastes. Y no son sólo los años de la dictadura, sino años de atraso profundo debidos a la represión y a todo lo que pasó, que nos han sumido en un gran atraso. Comparándonos con países más o menos desarrollados, por ejemplo hoy, en Italia, el gran *best-seller*, Stefano Banni, es un cuentista. Y esto sería impensable en nuestra sociedad. Que es una sociedad que pareciera haberse privado, también, de la fantasía que el cuento le propone. De esa pequeña utopía y esa pequeña aventura que es el cuento.

Sin embargo, Borges y Cortázar, en la Argentina, han sido grandes a través del cuento.

–Sí, pero son de hace dos o tres décadas. Hoy, un Cortázar sería impensable. Por su compromiso, tanto literario como político, sería impensable socialmente. Ni hoy ni mañana es pensable, porque fue un producto muy de los años '50 y '60, de un país con cierto auge económico, que todavía creía en sí mismo, que todavía tenía la meta parisina, o la fantasía sajona de Borges. Vos fijate que ocurren disparates como que han salido volúmenes de cuentos de Bioy Casares, a mi juicio el más grande de los escritores argentinos vivos (sé que vos decís lo mismo de Filloy, a quien respeto pero a quien he leído poco y mal), y con todo lo considerable que es Bioy, ni siquiera se sabe qué es lo que publica...

Volviendo a información, ¿qué leías en tu adolescencia, digamos entre los diez y los veinte años?

–Prácticamente nada. Salvo los libros de la escuela, debo de haber leído, antes de los veinte años, algún libro referido al fútbol. Recuerdo haber pedido por correo (yo vivía en Cipolletti, Río Negro) un libro de Borocotó sobre un chico que jugaba al fútbol. Esas eran mis identificaciones. En Cipolletti no había librería, como no habían asfalto ni cloacas. No había más matices que el cine o el fútbol. Para mí un libro era lo que tenía mi viejo en su biblioteca: libros técnicos, una enseñanza: uno los abre y aprende cosas tangibles: electrónica, arquitectura. En mi casa no había ni un *Martín Fierro*.

¿Y cómo fue que empezaste a leer?

–Fue cuando volví a Tandil, ya de grande. Yo era jugador de fútbol, en las ligas locales. Era lo que me interesaba. Un día el novio de una prima, un tipo que se llamaba Juan Campagnole, me cuestionó el hecho de que yo era un ignorante. Me dijo que había encontrado un libro en su biblioteca, y que le parecía que a mí me iba a gustar. Era una novela de ciencia ficción: *Soy leyenda*, de Richard Mathieson. Fue el primer libro que leí en mi vida. Me encantó, y cuando lo



"Nunca me hubiera propuesto adjetivar como Borges. Eso ha sido la tumba de generaciones de escritores. Y lo advertís en cualquier librería de viejo: abrís un libro al azar y encontrás los adjetivos de Borges, pero mal puestos. Con Borges y con Cortázar muchos han cavado su tumba."

volví a ver, le dije: "Dame más". Y entonces me trajo *Los hermanos Karamazov*. Mirá que bestia. Recuerdo que fue algo dramático para mí, porque andaba por la calle pero quería volver a casa para seguir leyendo. Quería saber qué pasaba. Todo lo demás era accesorio; lo que yo sentía era una ansiedad tremenda por saber cómo carajos iba a resolverse la historia. Y así vinieron, después, Flaubert, Quiroga, Maupassant... Juan me daba libros que él escogía al azar, al azar mío, quiero decir, y yo descubría el mundo de la ficción. Con Quiroga tuve el primer gran metejón, me volvió loco y fue mi modelo indiscutible en un momento de mi vida. Maupassant fue otra aventura, y para que tengas una idea de mi relación con el cuento –y decir cuento es decir Maupassant– su retrato preside aún hoy mi lugar de trabajo... Y cuando viene alguien a mi casa, si no lo conoce, le digo que es el abuelo de cualquiera de nosotros. Obviamente, cuando viví en Francia tuve el placer de releerlo en su lengua, que es algo maravilloso, aunque también comprobé con dolor que allá se lo consideraba un escritor de segunda. A mí eso me dolió mucho. Porque ojo: yo conservo la emoción, todavía. Soy alguien que puede llorar leyendo. Igual que cuando veo cine, hay ciertas cosas que me hacen llorar. Y que no tienen que ver con la impresión melodramática, sino con la belleza. De pronto, algo que es demasiado bello, me hace saltar un lagrimón. Dicho como suena, Mempo: sin pudor. Eso me pasó con *Madame Bovary*. No por lo que le pasaba a Emma, sino por la manera de contar, tan hermosa. Y luego, ya más sereno, trataba de averiguar cómo lo hacía, a ver dónde arrancaba una escena, cómo resolvía tal situación. Y por supuesto, como en toda obra maestra, eso es indescifrable.

Siempre fuiste de esos apasionamientos. Recuerdo, cuando éramos mucho más jóvenes, la vez que descubriste a Lovecraft.

–Cuando leía a Lovecraft yo sentía miedo. Literalmente: mientras tenía en las manos *El color que cayó del cielo* me fijaba si la puerta estaba bien cerrada.

Antes de escribir tu primera novela, me acuerdo de que juntabas materiales para el Gordo y el Flaco mientras buscabas una forma narrativa que estaba indefinida. ¿Cuáles eran tus modelos narrativos de entonces?

–Mientras lo buscaba, cuando yo lo contaba en el bar, en la caminata, en el café o en la redacción, yo no tenía modelo narrativo, y por eso hablaba de esa historia y no la escribía. El descubrimiento, y desde allí se abrió para mí la puerta de la literatura, fue *El largo adiós*, de Chandler. Hasta ese libro todo para mí era imposible, todo nebulosa. Fijate que lo único que sería hoy capaz de reivindicar de lo que hago, defendiéndome como gato panza arriba, son los diálogos. Diría que creo que no están tan mal. Y en aquel tiempo yo era incapaz de escribir un diálogo que fuera creíble. Para mí, aquel día de 1972 en que leí *El largo adiós* se me abrió el mundo. Ahí encontré la manera de contar ese material de *Triste...* con el que antes los abrumaba a ustedes en los bares. Yo creo que me parezco mucho a él en algo: en el temperamento pasional. Ese temperamento que le hacía decir, cuando se atacaba tanto a Hemingway, que un hombre con talento, un hombre de genio, cuando ya no tiene con qué tirar, tira con el corazón. Cuando ya no tiene más nada, se arranca el corazón y lo tira. Y eso es lo que hace Hemingway, decía, entonces más respeto...

Y de los contemporáneos, ¿quién te marcó más profundamente? Yo arriesgaría diciendo que te influyeron mucho los artículos que escribía Tomás Eloy Martínez. No así su literatura.

–Sí, es verdad. Para mí, Tomás significaba una escritura periodística impecable, y sus artículos eran una escuela, junto con los de Osiris Troiani. Cada artículo de ellos era un ejercicio de estilo, y tenían más que ver con la narrativa que con el periodismo... Yo los reverenciaba. No sé si Troiani acabó escritor, pero Tomás llegó a serlo, y muy bueno. A mí me gustó mucho su primera novela, *Sagrado*, que a él ya no le gusta. Es un novelista tardío, también, aunque la gran diferencia conmigo es que él es un hombre de una enorme cultura.

¿Y Borges, Bioy, Cortázar?

–Bueno, Borges me pareció siempre tan gigantesco que no cuenta siquiera como modelo. Es tan inalcanzable Borges, que no parece terráqueo.

Tu escritura está muy lejos de la de Borges. ¿Ha sido adrede, una forma de pelea, de parricidio, de distanciamiento?

–Sí, en cierto modo. Nunca me hubiera propuesto adjetivar como Borges, por ejemplo. Además, creo que eso ha sido la tumba de generaciones de escritores. Y lo advertís en cualquier librería de viejo: abrís un libro al azar y encontrás los adjetivos de Borges, pero mal puestos. ¿Por qué? Porque hay gente que no se dio cuenta, pero con Borges y con Cortázar muchos han cavado su tumba.

¿Y qué te pasó a vos con Cortázar?

–Yo estuve muy influido por él, pero supe salir a tiempo. Luego lo conocí personalmente. Y jamás se me ocurrió volver a intentar un cuento con semejante modelo de lado.

Me llama la atención que en tu formación hay norteamericanos, franceses y argentinos. Pero no hay casi latinoamericanos...

–Para mí entran muy tarde. Y confieso que a muchos no los he leído. Para mí los latinoamericanos son Onetti, como uno de los más grandes, junto con *Yo, el supremo* de Roa Bastos. Son de las pocas cosas que estoy absolutamente seguro de que en el siglo XXI van a seguir existiendo. Agregale dos o tres novelas de García Márquez y todo Rulfo. Bueno, mi ingreso a la obra de Rulfo fue otro de los grandes momentos de mi vida... En cambio no he leído a Fuentes; no he podido. He hecho serios esfuerzos, pero me dije que habrá tiempo si estoy preso un día. Esto no es un desprecio para Fuentes, que quede claro, pero sucede que no puedo, me excede. No es prioritario en mi vida.

¿Qué leés actualmente?

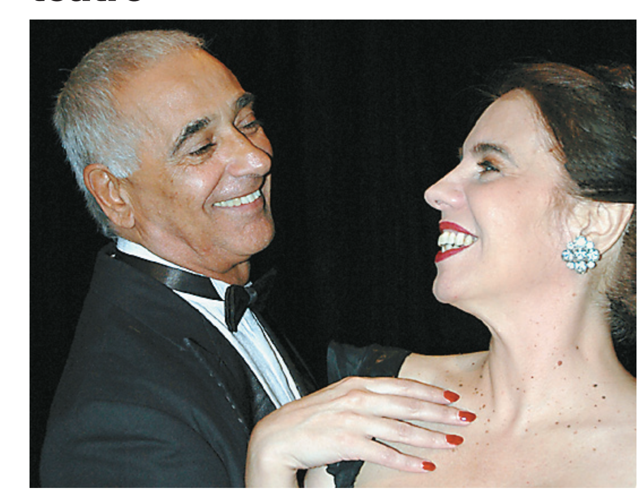
–Muy disperso todo, como al comienzo. Paso con bastante facilidad de cualquier libro que está en la biblioteca y que nunca he leído, el último Kundera o algún argentino contemporáneo que me interesa porque ya he leído algo de él, o porque me lo recomiendan muy especialmente, o porque sus primeras páginas me invitan a seguir... En Francia casi no leí a los franceses. No me interesaron. Aunque adoré a Simenon, y no precisamente sus libros más conocidos. Coincido con García Márquez en que debió ganar el Premio Nobel. Y ahora tardíamente descubro a Graham Greene. La cantidad de prejuicios que yo tenía con él, no te podés dar una idea. Para mí, un tipo que era católico, que creía en Dios y en los curas, no valía la pena leerlo. ¿Qué idea del mundo podía tener ese hombre que valiera la pena leer? (*Se ríe.*) Y sin embargo, un día, como por azar, empecé con él y hoy lo sigo, lo releo y le debo grandes momentos y reflexiones de mi vida... Y lo que ahora estoy leyendo es historia argentina. Es muy difícil entrar en ella si uno no es un experto. Pero un día compré los 22 volúmenes de la Biblioteca de Mayo, que son bastante inhallables. Y empecé con los originales. Y estoy enamorado. Castelli dejó de ser un cartón, y Belgrano, cuando lo veo en la estatua, ya no me resulta tan indiferente. Esos tipos tenían una idea de algo. Es todo muy inquietante, te juro. En la medida en que yo no tengo eso. Y que siento que el país no lo tiene. Pero ése es otro cuento, ¿no?

Esta entrevista es un fragmento de la publicada en 1992 en el libro de Mempo Giardinelli Cómo se escribe un cuento *y nunca reeditada hasta ahora, en la colección de bolsillo Punto de Lectura.*

INEVITABLES

saliradar@pagina12.com.ar

teatro



Decadencia

Repone la famosa obra de Steven Berkoff con los protagónicos de Ingrid Pelicori y Horacio Peña y dirección de Rubén Szuchmacher. Un espectáculo estrenado originalmente en el Teatro San Martín en el '96 que cultiva el humor negro y la protesta desmesurada al estilo del autor, un ácido luchador contra las desigualdades. Una sátira de una ferocidad raramente sobrepasada en la escena inglesa. Con traducción de Rafael Spregelburd.

Viernes, sábados y domingos a las 21 en ElKafka, Lambaré 866. Reservas al 48625439. Entrada: $ 25 (estudiantes y jubilados $ 18).

Sanos y salvos

Teatro, acrobacia, danza, música en vivo y bellas artes fusionadas en el furioso espectáculo creado por Gerardo Hochman y Compañía La Arena que por primera vez tiene música en vivo. Diez artistas-acróbatas-actores y bailarines, entrenados en el arte de las destrezas arriesgadas, el humor sutil y el original uso del espacio y los objetos.

De jueves a domingos a las 21 en el Auditorio Buenos Aires, Av. Del Libertador y Pueyrredón. Entrada: desde $ 35 (por Ticketek 52377200).

música



Futurismo

A los 32 años, Kamal Kassin es considerado en Brasil como el productor de la música brasileña del nuevo milenio: desde Caetano hasta Los Hermanos, pasando por Totonho & Os Cabra, De Leve y otros, Kassin produjo con todos. Carioca de ascendencia rusa y turca, hace una década que forma parte de la escena musical de Río. Pero es junto a Moreno Veloso y Domenico Lancelotti que logró tener un nombre propio. Y en ese particular juego de sillas musicales del trío, en el que cada uno tiene la posibilidad de grabar su disco, le tocó el turno. El flamante *Futurismo* está atribuido a Kassin + 2, pero lo asisten muchos más. Entre los invitados aparecen Adriana Calcanhotto, Arto Lindsay como co-compositor de un tema y un recitado de Jorge Mautner en el tema que bautiza el disco.

Sincerely hot

Junto a la edición local de *Futurismo*, a cargo del sello independiente Random, la trilogía de Moreno, Kassin y Domenico se completa con el lanzamiento de *Sincerely hot*, el disco del baterista del trío, que originalmente se editó después de *Máquina de escribir música*, el debut de Moreno Veloso. Nacido en Bahía y criado en Río, Domenico continúa con el proyecto de los tres amigos y colegas: tomar el samba y la bossa nova y ponerla al día con sus influencias tecnológicas y generacionales. Pero, claro, lo suyo tiene una impronta mucho más percusiva e incluso electrónica.

SALI HOY: SORIANO, GATOS Y SAN LORENZO POR CECILIA SOSA

Una misión gatuna

Una cruzada para salvar a una decena de gatitos.



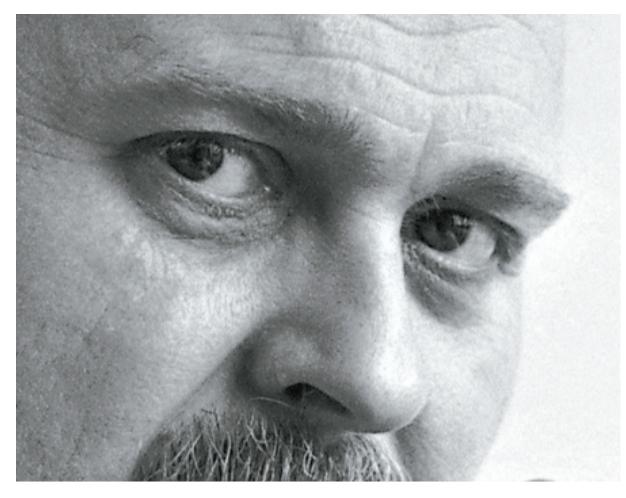
La adoración de Osvaldo Soriano por los gatos es tanto o más pública que su obra. Según cuenta el escritor en su *Educación Sentimental*, el día que nació había un gato esperándolo al otro lado de la puerta. Un gato negro de mirada contundente le trajo la solución para *Triste, solitario y final*; y otro, *Vení*, lo acompañó en el exilio y sólo murió al regreso a Buenos Aires. Hubo un gato *Pulqui* que fue mono, león, pirata y bandolero en su infancia; y otro llamado *Peteco* que lo sacó de apuros literarios. Soriano se separó de una chica sólo porque era alérgica a los gatos y dijo que un escritor sin felino es como un ciego sin lazarillo. Soriano no dejó ninguna novela sin gatos. Y confesó alguna vez ser uno de ellos, "perezoso y distante".

Esta historia, a diez años de su muerte, parece estarle bellamente dedicada. En pleno Barrio Norte, sobre la calle Vidt y a metros de Paraguay, hay una antigua casa abandonada. La protagonista es una chica-bien de la zona, 25 años, que responde al nombre de Chapi (y pide reserva de más datos). Cuando llegó al barrio, a Chapi le sorprendió la cuidadosa disposición de bandejas con alimentos que rodeaban canteros y árboles de aquella casa. Y un día vio a una vecina acercando comida a la puerta, mientras varios pares de patitas se asomaban para recibirla. Así averiguó algunos datos. Al parecer, la casa solía estar habitada por dos "maravillosas" señoras, hermanas entre sí y amantes de las cuatro patas. Las ancianas no sólo tenían gatitos propios, sino que proveían de agua fresca a los felinos del barrio que todos los días se acercaban puntualmente a la casa. Pero una de las hermanas falleció y la otra fue trasladada a un geriátrico. Entonces, la casa quedó sola y los mininos abandonados en el patio. Como las señoras eran muy queridas en el barrio, los vecinos se pusieron en campaña para alimentar a sus mininos. El trabajo no pudo resultar mejor: los felinos se reprodujeron felices y los techos del barrio se poblaron de nuevos y regordetes habitantes nocturnos. Chapi se sumó a la campaña pero "poco después me di cuenta de que no alcanzaba con alimentarlos; el problema era más grave", dice. De algún modo, logró averiguar que una señora tenía la llave de la casa y que entraba regularmente a limpiarla. No se detuvo hasta dar con ella y le ofreció su ayuda. Juntas, conformaron un verdadero equipo de trabajo: vacunaron, desparasitaron y despulgaron mininos uno por uno; hasta se contactaron veterinarias que casi gratis se ocuparon de castrarlos. Así de adorables, los fueron ofreciendo en adopción. "De los 30 felinos originales. Hoy sólo quedan 10", cuenta Chapi. Pero hace unos días, cuando la heroína llegó como siempre al refugio, se encontró con el candado roto y con la mismísima nueva dueña dentro de la casa. La propietaria advirtió que sólo tenía un mes para desalojar a los peludos habitantes: el 15 de febrero la casa-refugio sería demolida. Ahora, Chapi necesita ayuda para ubicar a sus protegidos. El pedido circula por mail y viene acompañado por simpáticos *profiles* de los mininos ofrecidos en adopción. *Paulina*, *Felipe*, *Indio*... Los aspirantes a darles un hogar no tienen más que comunicarse. También se necesita dinero para pagar pensionados gatunos y transporte para llevarlos a sus nuevas residencias.

Tal vez, iluminados por lo especial de la fecha, los gatitos lleguen a sus nuevas casas con una historia para contar. "¿Cómo hablar de nosotros si no sabemos quiénes somos? (...) Yo no tengo biografía. Me la van a inventar los gatos que vendrán cuando yo esté, muy orondo, sentado en el redondel de la luna", dijo alguna vez Soriano.

Para colaborar con el salvataje gatuno escribir a la dirección felino_feliz@yahoo.com.ar

video



Soriano

Así se llama, sencillamente, el documental que Eduardo Montes Bradley completó en 1998 y que recoge testimonios sobre distintos aspectos de la personalidad del escritor, sobre sus pasiones y grandes temas y sobre su conflictiva relación con la academia, además de sus ideas sobre el peronismo, el exilio, los gatos, el fútbol y el cine. Las cámaras de EMB entrevistan, entre muchos otros, a Osvaldo Bayer (que cuenta una gran anécdota con patos en un lago belga), el cineasta Fernando Birri, Caparrós, Dorfman, Forn, Sasturain, Fresán, Galeano y el director Héctor Olivera. En su momento la proyectó el cine Cosmos, y en video no es de lo más fácil de conseguir, pero quienes están habituados a recorrer los videoclubes veteranos de la calle Corrientes sabrán conseguirla.

No habrá más penas ni olvido

El primer trabajo como guionista de Soriano fue en una película de 1975 llamada *Una mujer*, que escribió junto a Aída Bortnik y dirigió Juan José Stagnaro. Más tarde, Olivera llevó tres de sus novelas al cine, entre 1983 y 1994: *No habrá más penas ni olvido* (1983), con Luppi, Laplace, Ranni, Solá y Ulises Dumont, y *Una sombra ya pronto serás* ('94), como director y productor. Y *Cuarteles de invierno* (1984), con dirección de Lautaro Murúa. La más nueva está hasta en las cadenas de videoclubes; por el resto, hay que buscar en los viejos videoclubes de barrio y, una vez más, sobre Corrientes.

cine



La telaraña de Charlotte

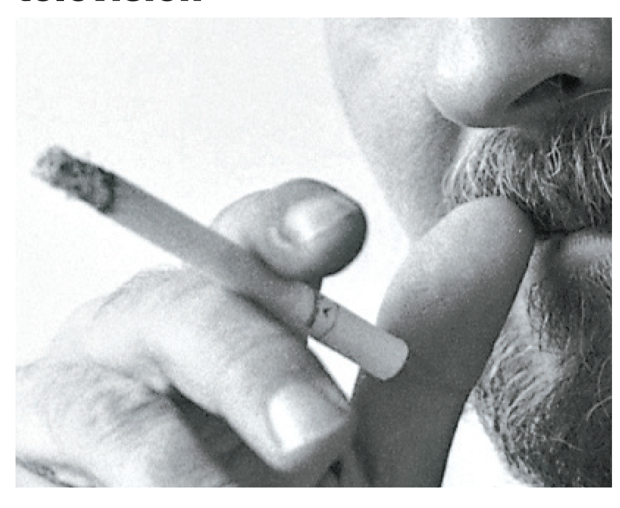
Esta nueva adaptación —después de una famosa y no del todo lograda versión animada que ya tiene más de treinta años y se consigue en DVD en los videoclubes locales— de la memorable novela para chicos de E.B. White tenía todo para ser un desastre, así que es una verdadera sorpresa: el guión de Karey Kirkpatrick (guionista de *Pollitos en fuga*) da siempre en la nota y el tono correctos, sin sentimentalismos y con sentido del humor, y Dakota Fanning —que, está comprobado, da para todo en Hollywood— está perfecta en el papel de la niña granjera que salva a un chanchito del hacha de su padre. Acá hay una lección que parece aprendida de las geniales *Babe, el chanchito valiente*, y su secuela. Lamentablemente, el doblaje pierde la narración en off de Sam Shepard, pero sigue siendo la mejor infantil del verano.

Nuevo cine japonés

Seis films nipones no estrenados comercialmente en la Argentina; incluyendo títulos de veteranos ilustres como Kazuo Kuroki y Yoji Yamada, quienes han adquirido hace muy poco un tardío y merecidísimo reconocimiento internacional. Martes y miércoles se verá *El rostro de Jizo* (2004) o la posguerra y el terror nuclear según el recientemente fallecido Kuroki. Jueves y viernes será el turno de las especialmente recomendada *Swing Girls* (2004), comedia pop y adolescente de Yaguchi.

Del martes 30 de enero al miércoles 7 de febrero, en la Sala Lugones, Av. Corrientes 1530.

televisión



Osvaldo Soriano: No habrá más penas ni olvido

Mañana mismo, en la fecha exacta del aniversario, el ciclo *Biografías* emitirá un documental exclusivo sobre la vida y obra del escritor y periodista, recorriendo su paso por los diversos medios periodísticos en los que dejó su impronta –*Primera Plana*, *Panorama*, *La Opinión* y *Página/12*–; y con entrevistas a sus amigos Osvaldo Bayer, Roberto "Tito" Cossa y Mempo Giardinelli. Conduce Román Lejtman.

Lunes 29 a las 19, con repeticiones el sábado 3 a las 3, 14 y 19 y el domingo 4 a las 15, por Canal (á).

Frankenstein presentado por Laiseca

Continuando con la línea de monstruos clásicos que el canal despliega mes a mes presentados por la narración convencida y atmosférica del autor de *Los Sorias*, irrumpe esta vez en pantalla el personaje de Mary Shelley en varias de sus muy buenas versiones: desde el original de la Universal de 1931 hasta la parodia con Abbott y Costello de 1948, pasando por las secuelas de aquella primera maravilla con Boris Karloff: *El hijo de*', *El fantasma de*', *F. contra el Hombre Lobo* y *La casa de*'. Todas menos grandiosas pero también menos vistas que *La novia de*'. Imperdible.

Jueves de febrero a las 22, por Retro

Bar San Lorenzo

Frente al Viejo Gasómetro, el bar de Soriano.



FOTO: GONZALO MARTINEZ



FOTO: STOCK PRESS

Si una de las pasiones de Osvaldo Soriano fueron los gatos, la otra fue San Lorenzo. Sus amigos todavía lo recuerdan sentado a una mesa del mítico bar San Lorenzo, el viejo café de la esquina de Avelino Díaz y Avda. La Plata, donde al escritor le gustaba saborear un cortado justo antes de cruzarse a la cancha a ver al club de sus amores.

Famoso por su ventanas rectangulares, sus mesas de fórmica, sus baldosas gastadas, sus tostados de miga y sus suculentas minutas del día, el bar San Lorenzo respira nostalgia. Por sus ventanas ahora se ve el inmenso hipermercado de firma francesa. Desde que en diciembre de 1979 se jugó el último partido en el estadio (0 a 0 con Boca) y en 1982, por presión del entonces intendente militar Cacciatore, el club fue cerrado, el café amenazó en convertirse en fantasma del recuerdo de aquella época, cuando el Viejo Gasómetro convocaba todos los domingos a sus fieles seguidores.

Sin embargo, hace tres años, Eduardo Facián, su último dueño y un *cuervo* irredento, le dio nuevo impulso al mito. La esquina se llenó de colores, marcos azul eléctrico, paredes mostaza, y hermosos y delicados fileteados donde se leen leyendas que mezclan humor y nostalgia: un angelito desnudo hace flamear la bandera azul y roja, un San Gardel, cigarrillos 43/70, hojitas de afeitar, cerveza Andes y Bidú Cola.

El bar San Lorenzo abrió en la década del '30 y a pesar del cambio de dueños, siempre se las ingenió para ser meca de sus hinchas y cita obligada de todas sus figuras. Por allí pasaron los vascos Angel Zuvieta e Isidoro Lángara, quienes al ser sorprendidos por la Guerra Civil Española en plena gira decidieron quedarse en Argentina. "Por eso mucha gente de la comunidad española se hizo hincha del club. En los '40, el San Lorenzo tenía más de 40 mil socios, era el club más grande de Argentina. Fue su época de gloria", cuenta Adolfo Res, el más ilustrado historiador de San Lorenzo y conductor del programa radial "San Lorenzo, ayer, hoy y siempre", que tiene una sección especial dedicada a Soriano donde este domingo se le rendirá especial homenaje.

Por el bar también pasaron los "cara-sucias", el equipo del '63-'64, donde brillaban el "Bambino" Veira, Fernando Areán, el "Loco" Doval, el "Manco" Casa... "unos atorrantes totales que nunca fueron campeones pero que divertían a la gente", dice Res. Roberto Telch, Sergio Villar, Rafael Albrecht y Sanfilippo también fueron apasionados habitués; los dos últimos, jugadores favoritos de Soriano y a quienes dedicó un capítulo de *Artistas, locos y criminales*.

El historiador guarda su recuerdo personal con el escritor en el bar. "Yo era adolescente y con mi padre íbamos mucho a ese café que siempre estaba colmado. Ese día sólo había tres personas sentadas a una mesa que daba a la ochava. Una era Soriano. Por esa época no era un personaje conocido, pero mi padre lo reconoció. Justo había leído *Triste solitario y final* y se acercó a felicitarlo. Soriano se puso colorado. Debía tener unos 31 años. Era 1974, el año en el que San Lorenzo salió campeón. Tiempo después partió al exilio", cuenta Res.

Desde el 7 de junio de 2005, Soriano tiene un nuevo lugar en el bar: una placa lo recuerda en una de sus esquinas. Una iniciativa del diputado socialista porteño Roy Cortina para conmemorar el Día del Periodista. La placa le agradece "la creatividad de sus obras, el humor en sus cuentos, el placer que nos brinda su lectura, la pasión por su entrañable San Lorenzo de Almagro..., su compromiso militante y su humildad".

Ahora, un grupo de hinchas tiene una ilusión para el barrio: que el estadio vuelva a ocupar su lugar original. Mientras tanto, acaso en señal de duelo, el bar "San Lorenzo" sólo cierra los domingos. Soriano hace lobby desde el cielo.

El bar San Lorenzo queda en Avda. La Plata y Avelino Díaz, 4921-4482. Abre, a partir del 1º de febrero, de lunes a sábados de 7 a 20 hs.
Hoy de 12 a 13, el programa San Lorenzo, ayer, hoy y siempre *(AM 610), conducido por Adolfo Res, rendirá homenaje a Soriano.*

La lista temible de Osvaldo



POR ARIEL DORFMAN

Tiene que haber sido en el tardío otoño de 1990 que pudimos recibir al Gordo Soriano en Chile. Todos mis otros encuentros con él hasta ese momento habían sido en Buenos Aires. Extrañamente, siendo tan amigos, no nos habíamos visto durante los años del exilio. Me acuerdo de que varias veces Cortázar me avisó que Soriano acababa de pasar por París o estaba a punto de hacerlo, pero nunca resultó ese abrazo lejos de Latinoamérica. Ocasiones no faltaron cuando retornó la democracia a la Argentina (pero todavía no a Chile) y fue posible, en cada visita a la ciudad porteña donde yo había nacido, ver al Gordo durante largas horas y tratar de llenar los vacíos que la expatriación y los años habían ido abriendo en lo que sabíamos el uno del otro. Entre los temas de conversación, por cierto, estaba precisamente lo duro que era vivir lejos del país y cómo, en esos trances, uno descubre quién es de veras amigo. Osvaldo me confió que él tenía una lista especial, una libreta en que anotaba cada hijodeputa y cada ser leal, de manera de no perder la cuenta de los que se habían portado mal ni tampoco de aquellos –desafortunadamente más escasos– en quienes se podía confiar. Pero no me mostró la famosa lista ni me iluminó con su contenido. Tal vez, sabiendo que yo suelo ser de los que perdonan y a menudo hasta borran de la memoria los agravios, no quería él ponerse a discutir uno por uno los ultrajes que había recibido, no quería que peleáramos por nuestras alianzas y amistades. O me pregunté si la tal lista no era algo que solamente pasaba y repasaba y rumiaba en su cabeza, como por una pantalla interior en que los nombres y los entuertos se sucedían sin jamás ser materializados en una escritura formal.

La libreta, sin embargo, sí que existía y tuvo que venir el Gordo a Chile para que yo alcanzara a divisar su existencia palpable y física. Nos encontrábamos aquella noche en una cena íntima en la casa de Skármeta. Soriano se encontraba en Santiago para promocionar su maravillosa novela *Una sombra ya pronto serás*, y Antonio, como encargado de presentarla al público chileno, había hecho un análisis brillante de los personajes de esa novela y las otras del Gordo, acuñando un adjetivo, "anfibio", para caracterizar ese mundo narrativo. En algún momento, en medio de la conversación generalizada y cuando habíamos despachado muchos pisco sour y más botellas de vino, yo mencioné, como al pasar, a una persona –ya ni me acuerdo de quién era o quizás es más justo decir que he preferido omitir acá ese nombre– que, durante los años del exilio, se había portado con generosidad y nobleza en una circunstancia en que no tenía para qué. El Gordo terminó de masticar su comida, tragó rápidamente, me miró con esos ojos en que se cruzaban la travesura y la seriedad.

–¿De veras, Ariel?

–De veras, Osvaldo. En forma gratuita. De acuerdo con lo que esa palabra significa originalmente: sin esperar recompensa ni reconocimiento.

Soriano pensó por un instante. Y enseguida metió la mano dentro de una chaqueta y extrajo una libreta. La abrió y procedió, con toda deliberación, a tachar con una gruesa línea negra ese nombre. "Dejó de ser hijo de puta", sentenció.

Soriano pensó por un instante, quizás dos. Pero no más que eso. Y enseguida metió la mano dentro de una chaqueta (no sé por qué creo que era de tweed, pero en eso es probable que me equivoque) y extrajo una libreta. La abrió y pudimos ver una sarta de nombres esparcida por varias páginas. Fue escrutando esa lista –¡sí, era la lista!– hasta que finalmente llegó al nombre que yo había mencionado. Con una lapicera que apareció como mágicamente del aire (seguro que la tenía junto a la libreta, pero ¿quién se fija en detalles como ésos?) procedió, con toda deliberación, a tachar con una gruesa línea negra ese nombre y, luego, sin siquiera una sonrisa, buscó otra hoja del cuadernillo aquel y volvió a escribir, en una letra parsimoniosa, el mismo patronímico.

–Dejó de ser hijo de puta –sentenció.

Y tantos años más tarde, cuánta pena me da su ausencia y lo único que puedo hacer es rezar para que se encuentre en algún lugar del más allá donde reciben a los escritores más hermosos, que esté por allá, todavía con sus listas, todavía animado, ese Gordo lindo y malandrín, con la certeza de que no hay nada más extraordinario y milagroso que la amistad, lo único que nos permite sobrevivir en un mundo lleno de enconos y traiciones.

Soriano leído en inglés

La crítica, principalmente en inglés, celebró la invención del autor y esa sensación de desamparo que transmite, su mezcla de ironía y crítica frente a la violencia al voleo casi sin razón que marcó la primera mitad de los años ’70.

POR ANDREW GRAHAM-YOOLL

Algunas veces estos recuerdos son incómodos. La razón, en este caso, es que creo haber leído más de Osvaldo Soriano en inglés que en su original. Quizás por pasar tanto tiempo fuera del país. No fue el caso de *Triste, solitario y final* (1973), que me lo regaló en Buenos Aires una periodista norteamericana de Associated Press, Susan Linnée. Si no lo había leído, dijo ella, vigilante de mi formación literaria, debía hacerlo de inmediato. Eso hice, y a los dos días salimos (ella insistía en conocer de inmediato a toda persona que le parecía interesante) en busca de Soriano. No sé si fue en la redacción de *La Opinión* o dónde, pero la primera conversación no tenía nada que ver con libros sino cumpleaños: Soriano había nacido el Día de Reyes, 6 de enero de 1943, y yo el 5 de enero del año siguiente. Perdimos algún tiempo tratando de decidir si era un año mayor que yo, o si había que aclarar que en realidad me llevaba un año menos un día, dato que se alteraba en años bisiestos. Pavada de debate.

Nuestro contacto posterior fue en el exilio, cuando lo llamé de Londres con una consulta respecto de un dato para la revista *Index on Censorship*. La renovación del contacto fue por vía del pasado. Luego del saludo, me preguntó: “¿Te acordás cuando discutíamos lo del cumpleaños? Qué boludez, ¿no? Habría que escribir algo sobre eso”.

La versión fílmica de su novela *No habrá más penas ni olvido* (1983) se mostró en el Institute of Contemporary Arts, como parte del Festival de Cine en Londres, y por un tiempo Soriano se convirtió en lo mejor de la escritura latinoamericana. Digo por un tiempo, porque no entiendo por qué no tiene más difusión en el mundo. La novela en inglés, que es en el idioma en que la leí, apareció como *Funny Dirty Little War* (1986, “Graciosa sucia pequeña guerra”), editada por Readers International, un sello corajudo formado por un matrimonio heroico, norteamericanos residentes en Inglaterra que publicaban con fondos propios un pequeño catálogo de títulos que a ellos les parecía lo mejor de América latina, Africa y Asia, por lo general autores censurados o exiliados. En el circuito del exilio y entre simpatizantes del norte de Europa, la película y la novela tuvieron una buena aceptación. La crítica, principalmente en inglés, celebró la invención del autor y también esa sensación de desamparo que transmite Soriano, su mezcla de ironía y crítica frente a la violencia al voleo casi sin razón (si bien tenía explicación de quienes la justificaban) que marcó la primera mitad de los años ’70.

Hubo una época en que se tradujo bastante de Soriano a otros idiomas. Norman Thomas di Giovanni, el traductor de Jorge Luis Borges, que se había propuesto como meta traducir solamente autores rioplatenses al inglés, se entusiasmó con Soriano, y así fue como leí varios textos del marplatense en inglés. Circulaba un extracto en borrador en inglés de *Una sombra ya pronto serás* (1990), pero no sé si se publicó.

La crítica y estudiosa del teatro argentino Jean Graham-Jones celebra la escritura de Soriano por lo visual y teatral y la evidencia de su admiración está en su libro *Exorcising History: Argentine Theater Under Dictatorship*, editado por la Universidad de Brucknell, en 2000. La autora cita a Soriano en una opinión que considera fundamental para entender de la época (que traduzco al castellano de la traducción al inglés): “Cada día nosotros los argentinos nos esforzamos para no hacer del horror una religión, también para no olvidar lo que sucedió”. Es una observación admirable por lo civilizada.

Lo que hay que celebrar en la escritura de Soriano es su habilidad en el uso de la ironía, que no parece tan común en el castellano y en muchos casos puede tornarse en expresión peyorativa. Soriano logra mantenerla dentro del humor y a la vez afinar su crítica. Quizás sea este aspecto de su escritura lo que hace divertidas sus crónicas sobre el fútbol aun para quienes, como yo, no entendemos la necesidad de apasionarse hasta la apoplejía por 20 (o 22) tipos que corren tras una pelota simulando una cacería por barras bravas muertos de hambre.

Su habilidad en el uso de la ironía se refleja hasta en la escritura dramática. Y la evidencia puede resumirse en un ensayo, “Vivir con la inflación”, que publicó en 1989 en la revista *Nueva Sociedad* y que, en versión inglesa, dio la vuelta al mundo (“Living with inflation”, *The Argentina Reader*, Duke University Press, 2002).

Recuerdos personales de Soriano tengo pocos, siendo los más las memorias literarias, de leerlo. Nos vimos en los comienzos en 1995 como parte del fallido grupo en la Asociación para el Periodismo Independiente, pero luego enfermó (Soriano primero, la Asociación después). El recuerdo se nutre de lo escrito y leído. Tendríamos que hacer algo para alentar su lectura a nivel internacional.



HOMENAJES

HOMERO MANZI 100 AÑOS

ACTIVIDADES PARTICIPATIVAS EN TODO EL PAÍS

Para honrar su figura, la Secretaría de Cultura de la Nación organiza los festejos del "Año Homero Manzi", en el centenario de su nacimiento.

En su homenaje, se realizará un completo programa de actividades conmemorativas. Algunas de ellas son: "Manzi x 100: libro y muestra"; el documental "¿Dónde está Manzi?"; un CD con nuevas versiones de sus clásicos; el ciclo de conferencias sobre su militancia política "Manzi, nacional y popular"; un sitio alusivo en Internet; y "Manzi somos todos", una convocatoria nacional a presentar proyectos, que la Secretaría de Cultura evaluará y ayudará a concretar.

Más información en www.cultura.gov.ar.

Secretaría de Cultura
PRESIDENCIA DE LA NACION

www.cultura.gov.ar



Una tuerca grande y redonda

POR ANGELA PRADELLI

Descubrí a Soriano gracias a mi viejo, que no era lector de literatura sino de diarios. Llegó a comprar hasta tres diarios por día en épocas en las que, como no había Internet, la lectura del diario era, también, acumulación de papel y tinta en la casa. Quién puede negarlo, tres diarios por día, para una casa chica, es una exageración que termina siempre en escándalo doméstico. Un día mi padre llegó con un diario nuevo. Entró silbando ese silbido que le salía bien bajito cuando era de alegría. "Leé", me dijo. Me puso delante la contratapa de Soriano y no se movió hasta que terminé de leer y le devolví el diario. Durante muchos años, todos los que Soriano escribió sus notas en *Página/12*, mi viejo iba al quiosco, compraba el diario, y entraba a casa apurado por leer la contratapa. Una, dos, tres lecturas a veces. Después tiraba el diario sin leer ni siquiera los titulares. Vi ese gesto suyo repetirse durante mucho tiempo y una tarde se lo critiqué. Ese día, Soriano había publicado "Mecánicos" en la contratapa. ¿Cómo podía ser, le reproché, que un lector casi furioso de diarios los tirara sin leer? "¿Cómo sin leer? –me contestó mi padre–. Leí la nota de Soriano." "¿Y el resto?", le pregunté. "No hay resto", dijo mi padre.

Todos los años les leo a mis alumnos del secundario ese relato, que Soriano publicó después en *Cuentos de los años felices*. "Mecánicos" es una historia de aprendizaje en la que el padre del narrador decide darle una lección de vida a su hijo. Esa lección consiste en desarmar juntos el Renault Gordini del padre. Pieza por pieza. Y volver a armarlo después. Así aprendés, le dice el padre. Los dos van ensuciándose de grasa, aceite y transpiración a medida que desarman el tren delantero, la tapa del baúl, el parabrisas, el tablero, el cigüeñal. Enseguida todo se llena de rulemanes, tornillos, tuercas, bujes, grampas y resortes. Después de varios días de trabajo, al terminar de armar el Gordini, el padre y el hijo descubren en el suelo una tuerca de bronce grande y redonda que se habían olvidado de poner. El padre decide salir igual a la ruta con el Gordini recién armado y esa misma noche el hijo tiene que ir a buscarlo al hospital de Cañuelas.

Algunas veces, en el aula, cuando termino de leerles ese relato a mis alumnos, pienso en qué diría Soriano si supiera que sus textos están incluidos en los programas de estudio de una escuela de suburbio. Pienso también en qué diría mi padre ahora. Los dos habíamos discutido aquella tarde en que "Mecánicos" se había publicado por primera vez y quizá mi padre, que nada sabía de la enseñanza de la literatura, pudo ver en ese relato –o mejor, en muchos relatos de Soriano leídos en las contratapas de un diario–, que la literatura puede ser, además, a veces, una enseñanza. Ⓡ



El lector

El texto de Galeano forma parte de su último libro, Bocas del tiempo.

POR EDUARDO GALEANO

En uno de sus cuentos, Soriano imaginó un partido de fútbol en algún pueblito perdido en la Patagonia. Al equipo local, nunca nadie le había metido un gol en su cancha. Semejante agravio estaba prohibido, bajo pena de horca o tremenda paliza. En el cuento, el equipo visitante evitaba la tentación durante todo el partido; pero al final el delantero centro quedaba solo frente al arquero y no tenía más remedio que pasarle la pelota entre las piernas.

Diez años después, cuando Soriano llegó al aeropuerto de Neuquén, un desconocido lo estrujó en un abrazo y lo alzó con valija y todo:

–¡Gol, no! ¡Golazo! –gritó–. ¡Te estoy viendo! ¡A lo Pelé lo festejaste! –y cayó de rodillas, elevando los brazos al cielo.

Después, se cubrió la cabeza:

–¡Qué manera de llover piedras! ¡Qué biaba nos dieron!

Soriano, boquiabierto, escuchaba con la valija en la mano.

–¡Se te vinieron encima! ¡Eran un pueblo! –gritó el entusiasta. Y señalándolo con el pulgar, informó a los curiosos que se iban acercando:

–A éste, yo le salvé la vida.

Y les contó, con lujo de detalles, la tremenda gresca que se había armado al fin del partido: ese partido que el autor había jugado en soledad, una noche lejana, sentado ante una máquina de escribir, un cenicero lleno de puchos y un par de gatos dormilones. Ⓡ



Goles de los años felices

POR EDUARDO PAVLOVSKY

No fui amigo de Osvaldo –no tuve nunca la suerte de poder dialogar con él–. Admiraba su coherencia y la humanidad desbordante que emanaban sus personajes: *Triste solitario y final* y *A sus plantas rendido un león* me bastaron para comprender que Osvaldo era un novelista atípico. Si uno podía "meterse" en su lógica" –su régimen de afección– podía comprender vivencialmente la enorme ternura que fluía en sus líneas y su implacable denuncia ideológica en la espesura de sus novelas.

Pero me acerque a él por dos experiencias diferentes.

Yo escribí una nota en *Página/12* donde relataba un gol de taquito que Erico les había hecho a las gallinas en el Monumental y que después de hacerlo, me miró a mí y me guiño un ojo (yo tenía 10 años). "Es para vos, pibe." Mi padre, gallina fanático, rabioso por el taquito –los goles de taquito siempre parecen una ofensa para los adversarios– me dijo: "Erico saludó a toda la tribuna de Independiente, no te saludó a vos". La mala fe gallina siempre es indecorosa. Yo tenía 10 años y me llevé –pese a mi padre– la ilusión de que el gol de taquito me lo había dedicado a mí en el medio de la tribuna de Independiente. Escribí la nota a *Página/12* donde le preguntaba a Osvaldo –futbolista y cuervo de San Lorenzo– si él podía creer como yo que Erico me hubiera dedicado el gol a mí. Y él me contestó en otra nota: "Quedate tranquilo, Tato, no le creas al gallina de tu viejo, yo estoy seguro de que Erico te dedicó el gol de taquito". Una linda relación epistolar futbolera. Porque Osvaldo era también esa pasión futbolera. Dicen que cuando estuvo exiliado llamaba a la hora de finalización de los partidos en Buenos Aires para ver cómo había salido San Lorenzo.

La otra relación también bastante excepcional fue haber sido protagonista junto con Ferrigno de la película *Cuarteles de invierno* que dirigió Murúa. Yo protagonizaba a un ex boxeador (Rocha) y Ferrigno –después de muchas frustraciones– un cantante prohibido (Galván) que se queda, a pesar de haber sido prohibido, a participar en el Festival que organizaban los militares para ser mi manager durante la pelea. En esa pelea, el campeón militar me iba a "despedazar" y Galván el cantor quería salvarme la vida tirando la toalla. Rocha tenía 37 años y el campeón militar, 19. El "destrozo" era parte del festejo militar. La relación de amor –de ternura–, de fidelidad y de solidaridad que establecimos entre Rocha (boxeador) y Galván (manager) era tan intensa que varias veces lo vi llorando a Ferrigno durante la filmación. Sólo la ternura infinita –de esos seres marginales, durante la dictadura– podía fluir de la construcción literaria de alguien que conocía muy bien el amor entre hombres. Rocha pierde por K.O. En la última escena –después de la pelea– Galván me lleva por un largo camino en una camilla hasta el tren a Buenos Aires –Rocha estaba moribundo e inconsciente–. La desolación en esa escena fue para mí memorable y sólo inscripta en la ternura de Osvaldo como escritor.

Mi padre, gallina fanático, me dijo: "Erico saludó a toda la tribuna de Independiente, no te saludó a vos". Escribí la nota a *Página/12* donde le preguntaba a Osvaldo si él podía creer, como yo, que Erico me hubiera dedicado el gol a mí. El me contestó en otra nota: "Quedate tranquilo, Tato, no le creas al gallina de tu viejo, yo estoy seguro de que Erico te dedicó el gol de taquito".

Esa es mi historia con Osvaldo Soriano –corta pero intensa–. Gracias, Osvaldo, por toda la humanidad que aprendí de vos a través de tus personajes. Esa intrínseca mezcla de desolación y ternura quedará para siempre como la "marca" en mi cuerpo afectado de actor y que tuve la fortuna de encarnar en el boxeador Rocha que vos inventaste.

Las mascotas de Soriano

POR RODOLFO RABANAL

Soriano escribía de noche, siempre. Se sentaba a la máquina poco antes de las doce y trabajaba hasta que lo sorprendiera el alba, cuando el sueño ya le borroneaba el teclado. Despertaba al mediodía y el primer movimiento al que lo empujaba la conciencia era el de verificar si su gato –el gato de la familia cuyo nombre he olvidado– se había posado encima de la pila de páginas mecanografiadas. Se trataba de una instancia decisiva: los gatos siempre fueron animales sagrados, nada hacen por azar, tienen "propósitos", designios, preferencias, son premonitorios. Al menos eso creía Soriano. De modo que si su gato había dormido sobre los papeles producidos durante la noche, el trabajo "tenía sentido" y era probable que fuera incluso más bien bueno, de lo contrario había que revisar todo y quizás hasta desecharlo. Tal vez ésa haya sido la más firme cábala del "gordo" y sin duda, el juez de preselección más severo de cualquiera de sus obras.

Creo recordar que esta doméstica sumisión extremadamente silenciosa empezó cuando escribía su libro *Triste, solitario y final* y todos compartíamos la redacción del semanario *Panorama*, en la Argentina caliente de los años '70. Años antes habíamos sido colaboradores de *Primera Plana* pero sin conocernos, sólo traíamos nuestros trabajos a la redacción, los entregábamos al editor responsable y volvíamos a la calle. Ahora tengo la borrosa impresión de que, en algunos momentos, el entonces muy joven Soriano exasperaba a Hugo Gambini porque solía entregarle sus artículos escritos a mano en hojas de cuaderno. Es posible, Soriano había llegado de Tandil con las manos vacías, su ambición era trabajar en el periodismo, hacerse escritor y ahorrar para comprarse una máquina de escribir.

Por entonces, leíamos a Conrad, repetíamos de memoria el párrafo inicial de *Lord Jim* y afilábamos "el estilo", un modo de decir que no fuera decir lo obvio (detestábamos la palabra *obvio*) y una manera de narrar que nos distinguiera del pasado sin olvidar a los maestros. Hoy, no sabemos de qué modo trataría a Nalbandian y qué habría dicho de la selección del Juvenil jugando en Paraguay, pero sí sabemos que siempre habría dicho algo distinto, nuevo, para nada "obvio".

La otra ambición consistía en conocer Los Angeles, Estados Unidos, visitar la casa de Laurel y Hardy, indagar en la vida de Raymond Chandler y escribir algo tan maravillosamente bello como *El largo adiós*. Por Chandler profesó en esos años una auténtica idolatría. Marlowe, el parco detective de aquella especie de saga californiana, era su mascota. Por entonces, la literatura hacía estragos entre nosotros –la literatura y la política–, leíamos a Conrad, repetíamos de memoria el párrafo inicial de *Lord Jim* y afilábamos "el estilo", un modo de decir que no fuera decir lo obvio (detestábamos la palabra obvio) y una manera de narrar que nos distinguiera del pasado sin olvidar a los maestros.

No sería inexacto decir que revistas como *Primera Plana* y *Panorama* y después el diario *La Opinión* prestaron a Osvaldo Soriano el marco y el contexto más afortunado para un joven escritor en marcha: en aquel periodismo estaba la calle y también la forma. La forma era la palabra justa describiendo la situación adecuada en el momento oportuno. Una frase debía ser precisa como un tajo y debía atrapar como un anzuelo. El reto era alto y el estímulo incesante.

Escribir bien era imprescindible. Años más tarde, esa virtud narrativa de Soriano enriquecida por los poderes de la imaginación –irónica, humorística, piadosa– haría memorables sus contratapas de *Página/12*.

Hoy, a diez años de su prematura muerte –pero la muerte siempre es "prematura"– no sabemos de qué modo trataría a Nalbandian y qué habría dicho de la selección del Juvenil jugando en Paraguay, pero sí sabemos que siempre habría dicho algo distinto, nuevo, para nada "obvio". Tampoco sabemos, sobre todo, qué otros libros nos habría deparado, qué fantasías, qué críticas demoledoras enrostradas a la clase política, qué locas aventuras en pueblos perdidos de la honda Patagonia, de la vasta provincia de Buenos Aires o del Chaco ardiente. Pero semejante pensamiento es tan solo un juego de la mente, la obra de un escritor no se inscribe en los modos potenciales, vive por sí misma exactamente como un hecho y cada vez que alguien abre uno de sus libros se nos presenta entera. En ese sentido, podríamos decir que Soriano vive.

EL CUADERNO DE OSVALDO

POR JORGE DI PAOLA

La voz de Osvaldo sonó, alarmada, en el teléfono. ¿Qué pasa? Que clausuraron *Primera Plana*. ¿Qué hacer? Había quemado sus naves no hacía mucho tiempo. Dejó Tandil, renunció al diario, se despidió de su novia. La clausura era un desastre para él, más allá del desastre colectivo que significaba. Me quedé callado un rato.

Con cierta timidez me dijo que estaba haciendo la lista. ¿Qué lista?

–Qué día.

–¿Qué día qué?

–Qué día de la semana puedo.

–¿Podés qué?

–Almorzar en tu casa.

Estallé en una carcajada.

–¿Dónde estás?

–En un bar con los compañeros.

–Venite, tomamos algo y nos contás todo.

–Voy a tardar.

–¿Te gusta el miércoles?

–¿El miércoles qué?

–Almuerzo. Los miércoles hay pastel de papas.

Dos horas después cayó por la calle Salta. Traía una expresión entre rabiosa y preocupada. Tenía un cuadernito Rivadavia enrollado como un tubo y lo golpeaba contra la palma haciéndolo sonar. Lo dejó por ahí. Nos contó todo, vimos la ira, la impotencia. Lo imposible que era prever nada, siquiera suponer cuándo levantarían la sanción, ni si lo harían alguna vez.

Yo sabía que se había venido de Tandil casi con lo puesto, que el episodio lo dejaba indefenso. Lo escuché putear a los milicos. Lo consolamos. De paso, puteamos también.

Al rato nos dimos cuenta de que se había olvidado el cuaderno.

Creo que ese atardecer, al chusmear sus páginas, me di cuenta de la seriedad de Osvaldo. De la concentración y el tesón con que tomaba las cosas.

Tenía relevado el peculiar lenguaje de *Primera Plana*. Venía de un diario de provincias, de narrar partidos de fútbol. Había hecho un análisis concienzudo del estilo de la revista. Me llamó la atención porque no era un estudiante de Letras, de quien hubiera podido esperar ese relevamiento de estilo (era técnico gasista, así como Miguel Briante era electricista) y yo hasta entonces desconocía, salvo el borrador de un cuento, sus aproximaciones a la escritura literaria. Había oído en la pizzería El Cisne de Tandil sus maravillosos relatos orales y algunas anécdotas de Laurel y Hardy, y había leído las notas que le valieron la invitación a escribir en *Primera Plana*.

Faltaban algunos años para la composición de *Triste, solitario y final*. Incluso faltaba un tiempo para la lectura de Raymond Chandler. En el cuaderno también había algunos apuntes de cuentos y títulos de libros por leer.

El miércoles comimos milanesas y nos reímos todo el almuerzo sin parar. Ya sabíamos que de algún modo se iba a arreglar todo.

La máquina del tiempo da saltos. Hace dibujos discontinuos.

El cuaderno se lo llevó al otro día y nunca lo volví a ver.

Eran los tiempos en que había enriquecido sus entusiasmos con la novela policial negra. ¿El año '73? El año en que su primer libro se perfilaba en el horizonte. En las conversaciones del bar probaba escenas. Los personajes se iban dibujando.

Al chusmear las páginas de ese cuaderno Rivadavia, me di cuenta de la seriedad de Osvaldo. De la concentración y el tesón con que tomaba las cosas. Tenía relevado el peculiar lenguaje de *Primera Plana*. Venía de un diario de provincias, de narrar partidos de fútbol, y había hecho un análisis concienzudo del estilo de la revista en la que había entrado.

Siempre pensé que anotaba todo en ese cuaderno que nunca volví a ver.

Hacía un tiempo que éramos vecinos. Tres cuadras en Capital.

Nos veíamos seguido, así que se animó a confiar que había empezado a escribir la novela que tanto planeaba.

Poco tiempo después se puso de novio con una chica alérgica a los gatos.

Vino a verme... lo avergonzaba pedirme el favor... Yo comprendí que era una situación difícil. Acaso insoportable. ¿Optar entre la chica y el gato?

Me preguntó si se lo podía cuidar. Yo amo los gatos y compartirlo fue una fiesta. Además, Osvaldo empezó a alternar visitas puramente sociales con visitas enriquecidas con un rollo de papel que cada dos o tres días contenía un pedazo de borrador de capítulo.

Me llamaba la atención que se concentrara y se preocupara tanto. Yo acostumbraba a aconsejarle mayor ligereza. El creía que lo estaba cargando. Pensaba todo el día en el libro. Escribía totalmente concentrado en el silencio de la noche.

Estaba escribiendo un libro, y a la vez iba creando un estilo.

Jugaba con el gato mientras yo leía lo que había escrito la noche anterior.

Yo notaba que se iban articulando sus temas y sus preferencias. Se deslizaban por esas páginas sin corregir. Todo tomaba forma. Entreví una curiosa hibrida-

El arte de contar la política



ción entre personajes reales e imaginarios o de ficción que iban creando un ámbito nuevo en esas páginas; un espacio diferente en la narración.

Pasaron varios meses.

Osvaldo siguió viniendo seguido a ver al gato. Estaba por publicar el libro que había acompañado las visitas a michifuz.

La máquina rechina en el '76. Esos tiempos estaban acelerados, yo ya me había refugiado en Tandil al cerrarse *Panorama* y quedarme sin trabajo. Una librería de viejo en un garaje iba a ser mi sustento. Osvaldo iba a emigrar. Manteníamos el humor bajo tensión. El desastre y el exilio nos caían como una piedra.

Osvaldo vino a saludarme. Se iba ya a Bélgica.

Entró en la librería estallando en una carcajada al ver que mi campanilla de aviso no era otra cosa que una lata de tomate que giraba libremente sobre el piso al golpearla la puerta.

–¿No te alcanzó para una campanilla?

Traía una carpeta enrollada como un tubo.

–¿Es? –pregunté.

La alisó cuidadosamente. Me la dio. Decía: *No habrá más penas ni olvido*.

Fue el último original que leí de Osvaldo. Me convertí en otro lector, al que le cuesta creer que no ande por ahí, con su seriedad y comicidad. Ⓡ

POR LUIS GUSMAN

Tal vez como ningún otro "género" el homenaje exige de la sinceridad. Porque a veces cuando se discuten ciertos temas –el que voy a plantear es uno de ellos– la obra no se basta a sí misma, y hasta es posible que en el contexto que fue publicada y los años transcurridos terminen por excederla. Entonces se haría necesaria la voz viva del escritor para sostener un argumento que quizás ni él mismo disponía en el momento en que la escribió.

Pero antes de sumergirme en la cuestión, voy a dar paso una anécdota personal con Soriano. Allá por enero de 1973, después de algunos años de im-publicación, mi texto *El frasquito* encontró la posibilidad de transformarse en libro. En la tapa que había ilustrado Carlos Boccardo, entre otras imágenes, como una especie de ilustración dentro de la ilustración, estaba la tapa de una novela de D. Goodis *Viernes 13*. La tapa pertenecía a la colección *Cobalto* que entonces y desde hacía muchos años venía publicando las novelas policiales de la mayoría de los autores de lo que se conoce como novela negra.

Creo que mi primera conversación con Soriano giró acerca de esos autores ya que fue él –cuando trabajaba para *La Opinión*– quien escribió el primer comentario sobre *El frasquito* cuando se publicó. Fue por ese tiempo que me dio a leer el original de *Triste solitario y final*.

Evidentemente esa primera corriente de simpatía fue rebasada por las diferencias estéticas y las posiciones ante la literatura que por los años setenta –y al menos para mí, y creo que también para otros escritores– excedían alguna vanidad personal.

Esa fue toda mi relación con Soriano.

Como siempre, trato de diferenciar el destino que corren los libros de sus tribulaciones y su circulación en el mercado. Ya sea por una omisión de circulación o por un exceso de la misma. Ninguna de estas dos contingencias significan, en principio, un valor en sí mismo.

No es la primera vez que en todos estos años hablo directa o indirectamente de los libros de Soriano porque siempre me parecieron "sintomáticos" (y para mí esta palabra siempre pone en juego en cualquier campo en que se sitúe algo del orden de alguna verdad) respecto de la cuestión de la relación entre literatura y política.

Tengo la idea de que durante los años del Proceso, la literatura eligió distintos maneras para contarse. Primero, un estilo elíptico y alusivo, en el que me incluyo; segundo otro más alegórico. Otros escritores como el caso de Puig –quien fue el que narró más contemporáneamente los hechos que estaban sucediendo en el país, como se puede leer en sus novelas *Pubis angelical* o *El beso de la mujer araña*– se "ampararon" en un género. Por supuesto no me refiero a una "intencionalidad" de su escritura ni a su *performance*; otro modo fue apelar a una subjetividad que ignoraba o interpretaba los hechos desde esa misma subjetividad; otro procedimiento eligió una escritura más referencial, donde creo se ubicaba la literatura de Soriano.

Mucho se ha escrito de los escritores y el exilio, los que se fueron y los que se quedaron. Con lo cual ha habido múltiples opiniones transformadas en versiones que funcionaron desde cierto punto de vista moral. Estaban los que defendían la pertenencia supuestamente otorgada por el hecho de haberse quedado, estaban los que hacían una épica de haberse marchado. Por supuesto, en la mayoría de los casos y para muchos se trató de una cuestión de supervivencia ya que su vida se vio amenazada; y en otros casos, otros que vieron su existencia amenazada. Estas cuestiones ponen en juego la relación entre el cuerpo y la escritura. No era lo mismo escribir desde el exilio que desde el sitio donde cada uno estaba. Quiero decir, que siempre es necesario un análisis de los textos capaz de articular la producción de cómo se escribió en aquellos años: lo que se escribió "entre líneas", lo que se desechó, los cambios de léxico, las elipsis, las metáforas. Dejando de lado por supuesto la sospecha mezquina, y el narcisismo de las pequeñas diferencias.

La obra de Soriano después de *Triste, solitario y final* se ubicó en esas coordenadas. En *No habrá más penas ni olvido* y *Cuarteles de invierno*, donde, a mi modo de ver, predomina un estilo que apela muy fuertemente al punto de vista del autor –citando a Nabokov se podría decir que destila el veneno del mensaje– por lo tanto su ideología se filtra claramente en la narración mostrando el aspecto más moralizante de la moraleja.

Por supuesto que no era lo mismo escribir mientras sucedían los hechos políticos y el horror producido por el terrorismo de Estado que narrar esos mismos hechos con cierta distancia temporal. Creo que a partir de esa distancia temporal –esa temporalidad incluye el levantamiento de la censura externa con el advenimiento de la democracia– literatura y política comienzan a separarse como géneros diferentes.

Respiración artificial fue la novela que funcionó como articulador de este momento paradigmático, de esta condensación entre literatura y política, desde el punto de vista de lo que una lectura mecanicista llamó "ficcionalización de la teoría". Después las cosas comienzan a separarse. Lo cual no quiere decir que no se puedan escribir novelas políticas que revelen *la condición humana*. Pero creo que después de esa unión y corte, ambos tópicos se han separado. Por un lado se impusieron las investigaciones, los ensayos, las crónicas sobre el Proceso; y por otro lado la literatura; se ocupe de la política o de la cuadratura del círculo, recuperó su singularidad. Por supuesto, ejemplos espurios siempre se encuentran. Lo cual me parece bastante lógico. Creo que la obra de Soriano se "produjo" en ese estado de lengua.

A sus plantas rendido un león y *Una sombra ya pronto serás* –su título por metonimia da ya la idea de cierto borramiento, lo mismo sucede con *La hora sin sombra*– funcionan como bisagra en los libros del autor. Es en *El ojo de la patria* que el "género del espionaje" le permite encontrar –según declaraciones del propio Soriano– la articulación entre la historia y la actualidad. La trama del *Ojo*, cuando el autor buscando en el cementerio de Père Lachaise la tumba del escritor Raymond Roussel –para destrabar la escritura de *A sus plantas...*– se encuentra con la tumba del espía argentino Julie Carrié, enterrado a pocos metros del escritor francés, me remite a muchos de mis temas preferidos: los epitafios, las lápidas, las identidades cambiadas, y el culto político a los muertos.

De sus libros, *Cuentos de los años felices* es donde, a mi parecer, el autor encuentra su mejor registro; la crónica de pueblo, los viajes del padre y los viajes con él, los recuerdos de infancia; que, como nos recuerda un libro de Graham Greene, "siempre se trata de una infancia perdida". Creo que en la evocación de ese mundo, el lector de Soriano encuentra lo más feliz de este escritor. Ⓡ

Lo que no es ausencia



POR ANGELICA GORODISCHER

Cosa rara esto de los recuerdos de los amigos que se han ido. Si una los quiso, los quiso de veras, los quiso mucho, hermanos que fueron, le da rabia que se les hayan adelantado. ¿Por qué se apuraron en irse, eh? Se hubieran quedado un poco más, caramba: ¿acaso no sabían que una los necesitaba? Claro que sabían: conversaciones, encuentros, cartas, recuerdos y olvidos, bromas, telefoneos, reproches, confidencias, ¿cómo no iban a saberlo? Pero no les importó. Vino La Señora Muerte y ellos le dijeron sí, vamos, cuando lo que debieron haber hecho era sacarla a patadas. Es como para sentirse ofendida.

Al lado de eso vienen otras cosas que se acompañan de lo de la rabia, se contradicen, se rodean y se dan a veces la razón y a veces se pelean como chusmas de conventillo. Por ejemplo eso de que una los tiene siempre presentes. Quiero decir que no hace falta estar pensando en ellos porque están siempre ahí, del otro lado en la mesa del café o del costado de la pared en la vereda del sol o en casa de alguien cuando una ve luz y sube. Ahí están, ¿ves? Y se ríen con una o le dicen a una Che, no seas boba no hagas esa macana. Entonces, para qué va a andar una fijando el recuerdo si fluye esa presencia como fluye el aire y una la respira como quien respira aire. Y es bienhechor. Y por más que se embronque y patalee, contra eso La Señora Muerte no puede nada, nada pero nada, tomá pa'vos.

Y está también eso que recién dije que una no hace, que es lo de fijar el recuerdo. Eso viene siempre mezclado con la ofensa del por qué te me adelantaste y la presencia imbatible del aire que me rodea.

No hay necesidad de decirle a alguien ¿te acordás de? No. Una se acuerda, simplemente. Porque vio un gato, por ejemplo. Paso a contarlo. Yo siempre tuve gatos, animal con el que me llevo muy bien. Tuve una gata que sobre mi mesa de trabajo se sentaba a ver lo que yo escribía, lo leía y se le veía en los ojos que no le gustaba nada. Una vez se lo conté a Osvaldo y tuvimos una mesa redonda acerca de lo que leen los gatos. Ahora no tengo ningún gato pero alguien en la vecindad tiene un gato blanco blanco con dos manchas negras, una en la cola y la otra en el flanco de este lado. Cada vez que lo veo trepar a la ligustrina, pararse ahí arriba, darse vuelta a mirarme y escapar, me acuerdo de la mesa redonda sobre lo que leen los gatos y de ahí paso a acordarme de las veces, tantas, tan pocas, que nos encontramos, hablamos, dijimos, callamos, nos despedimos, chau, nos vemos.

Y entonces pienso en los lugares. No, no nos veíamos muy a menudo. Ni siquiera sin el muy. No nos veíamos a menudo. Y es de imaginarse, ¿no? Yo vivo en Rosario, él vivía en Buenos Aires y se exilió en París. Bueno, ahí están los lugares, los tres lugares en los que nos vimos, varias veces en Rosario (tengo una foto en la que está con mi hijo mayor en el jardín de casa: mi hijo era un adolescente de pelo largo y Osvaldo lo mira y se ríe), varias veces en Buenos Aires, dos veces en París.

Los lugares vienen con el recuerdo fijo, no con el aire ni con la rabia. Son esas cosas que tienen los que se han ido, explicables tal vez para mi hija que es una psicoanalista seria pero no para mí que soy una mina de la zona sur, Rosario, de este lado del puente, que escribe novelas. Yo me limito a volver a la mesa redonda sobre los gatos y a sentir cómo estalla en la conversación la peripecia, cómo se habla de lo que se escribe, cómo se puntúa, cómo se quita uno a la otra u otra a uno la palabra para decir lo que el otro, la otra iba a decir, cómo se siente la importancia de unos fideos a la manteca negra cocinados en un departamento de París cuando hay tanto que decir y tan poco tiempo aunque no lo sepamos.

Eso es lo malo. Que lo que queda es sólido y complicado, inconsútil y anfractuoso, rebelde y complaciente, todo a la vez pero es eso, lo que queda.

Un momento. Quedan los libros, nada menos que los libros. Ah, sí, están ahí. Si levanto la vista los veo en el tercer estante; los veo en una librería o en una biblioteca o en la casa de alguien. Están, y para eso no hay adjetivación posible. Sólo puedo superponerlos a la presencia, o mejor, a lo que no es ausencia. Sólo eso porque esto no es un comentario ni una crítica: es lo que es, un segmento de una historia compartida en tres lugares y que ocupa un trozo de vida rebelde a la muerte, inconquistable.

Una intuición

POR ALICIA PLANTE

No lo conocí personalmente. Pero lo leía, en reincidencia, desde los tiempos de *La Opinión*, y también en *Página/12*, el diario del que fue cofundador y desde el cual siguió ejerciendo su vocación de periodista y al cual siempre estuvo unido por un amor que nunca hizo concesiones. Y es raro lo que pasa cuando se reconoce al que no se conoce, cuando el estilo, la mirada, esa palabra contundente y felizmente elegida en lugar de otra, esa desviación, esa enorme sucesión de ramificaciones encadenadas del relato que parecen momentáneas pero no, es al revés, porque el tema propuesto inicialmente deviene excusa y entonces ahí estamos, detrás de su ojo, junto a él, cómplices gozosos de una forma compleja y no anunciada de entender y describir los hechos..., y cuando todo eso ocurre, decía, una se vuelve como del riñón del hombre, el Gordo, como lo llamaban y lo llaman sus amigos, el de la sonrisa franca que se ha visto solamente en fotos.

Debido a esa aparente independencia de las pinceladas con que Soriano arma sus relatos, frente a sus libros y artículos, como si se tratara de cuadros impresionistas, conviene tomar distancia: una mirada global nos muestra que los puntos que semejaban estar aislados se unen cuando los contemplamos con cierta perspectiva, y aparece la suma de las partes con las que el escritor escribió su historia.

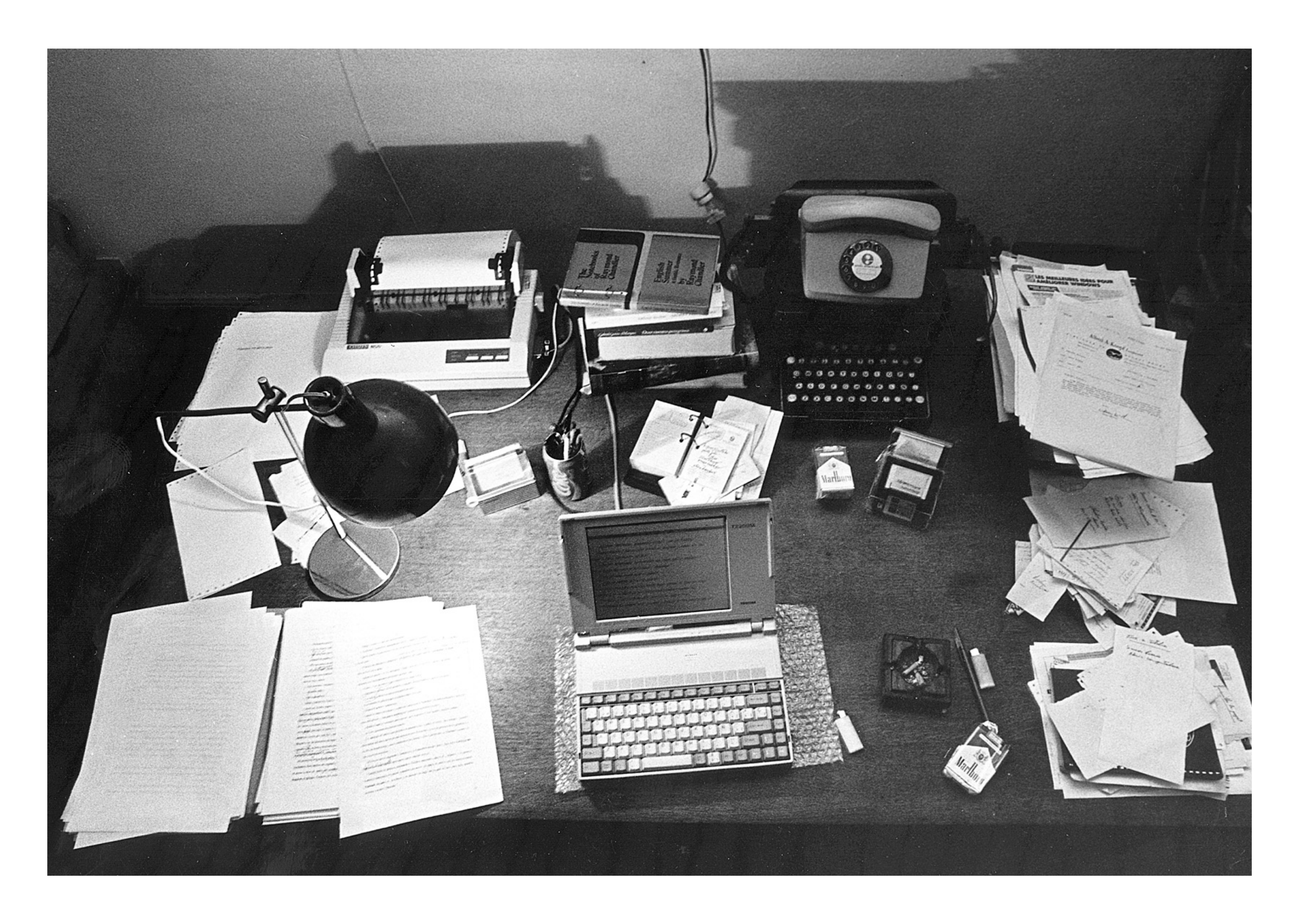
Por eso, precisamente por no haberlo conocido en persona, lo que a mí sí me gustaría decir es que yo, a él, aunque se haya muerto, lo intuyo. Siempre lo intuí: un tipo extraordinario y con una característica importante por la cual le saco el sombrero, que siendo tan apasionado no se haya deslizado al dogmatismo, y que sus fervores –el padre, el fútbol, los gatos (esos "seres no privatizables... que nos traen a domicilio el misterio de la creación"), con lo cual dejo afuera nada menos que su postura política, sus criterios de "socialista sin partido" al decir de J. M. Pasquini Durán– nunca se hayan interpuesto en la tarea que eligió realizar, que desde un principio haya tenido tan claro su destino de cronista ecuánime de la realidad. La imagen de un muchacho que no terminó el colegio secundario, un autodidacta que recién a los veinte años tuvo acceso a los libros del mundo, que necesitó agachar el lomo y hacer trabajos elementales para sobrevivir, que resistió presiones del amado padre gorila que lo obligó casi a que desarmaran y rearmaran juntos su Gordini en un curso acelerado sobre los placeres de la mecánica –su propuesta para el hijo– y que resultó un curso acelerado de amor filial, sugiere lo mismo.

Según dicen los que lo conocieron bien, era un tipo digno, "una muestra de decencia y decoro", afirma Horacio Verbitsky, un nostálgico, un disconforme crónico al que "ningún gobierno le venía bien". Por su lado, a diferencia de la máquina de escribir a la que el Gordo, tempranamente enamorado de la computadora, definió como el invento más fugaz de la humanidad, José Pablo Feinmann sostiene que Soriano, en cambio, "fue un invento irreemplazable", el amigo de enorme talento que en un instante inconcebible se convirtió en el autor de sus obras completas.

Un hombre radicalmente pesimista respecto del futuro, que sin embargo –usuario constante de la utopía de un mundo mejor– no concebía la vida sin ideales y sin sueños. A su regreso del exilio se volvió inaccesible para todos salvo los más cercanos, y desde la cueva nocturna de su casa, con sus gatos caminando sobre el teclado y aprobando o no las hojas que brotaban de la impresora, Osvaldo Soriano vendió su alma a la poesía y se dedicó a pintar sus personajes entrañables, el hombre de la calle, el porteño, el argentino, con desparpajo, ternura y sobre todo humor, pero también con un inexorable sentido del compromiso con la denuncia.

Su obsesión, la explicación de nuestra compleja identidad como pueblo, la buscó en las raíces históricas –distinguiendo entre héroes y arrimados y sin abrumar con su erudición– tanto como en las traiciones, las mentiras y los dolores recientes. Luego, con la iniciática explicación amasada, inundó la boca de sus personajes. El Míster Peregrino Fernández, por ejemplo, es él, claro, es Soriano, él mismo lo dijo, "el Míster c'est moi", es su ojo el que observa hasta donde le dio el aliento casi un siglo de historia, y es en la crónica final de su memoria que lo acompañamos. Hasta la victoria, siempre.





Los papeles perdidos

POR ANGEL BERLANGA

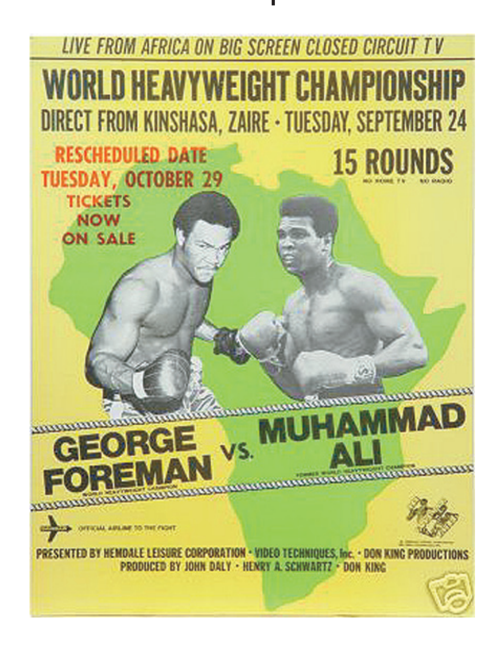
¿Qué material de Osvaldo Soriano queda aún por recopilar en un libro? Dispersos entre los diarios y las revistas en las que escribió a lo largo de casi treinta años, aguardan artículos, crónicas, semblanzas, despedidas y entrevistas que están a la altura de los que editó en un puñado de volúmenes recopilatorios. Como es obvio, buena parte de su vasta obra periodística pierde potencia al abordarla fuera de su coyuntura, pero son decenas los textos que conservan intactas su agudeza y contundencia, su humor y su eficacia caricaturesca, puesta unas veces en la exageración y el desparpajo y otras en la singularidad de su mirada. Textos que, por otra parte, dan muestra de su fidelidad y entusiasmo con los temas que lo obsesionaban, del tránsito de unos géneros a otros y de la evolución de un estilo que siempre tuvo en cuenta al lector, sin que esto implique abandonar su propio ideario.

Cada tanto Soriano echaba una ojeada a los artículos y relatos que había publicado en la prensa, los reunía, les daba cierto orden y los editaba. Muchos de sus textos periodísticos están ligados directamente a la ficción no sólo por estilo: ahí aparecen los temas, las historias y hasta los personajes que nutrirían después sus novelas. En un artículo de la revista *Humor* publicado antes de volver del exilio, al que tituló "Encuentros con gente de talento", por ejemplo, narra el cruce en un hotel de Flandes "con un negro cincuentón" que le contó que había sido durante siete años "primer ministro de Burundi" y que había conspirado para establecer "un gobierno nacional y *más o menos* popular": ahí está el Michel Quomo que se alía en Bongwutsi con el cónsul Bertoldi, el protagonista de *A sus plantas rendido un león*. En *Artistas, locos y criminales*, editado en 1984, el primero de los cuatro volúmenes recopilatorios que publicó en vida, se reúnen una serie de textos dados a conocer originariamente entre 1972 y 1974 en *La Opinión*: entre ellos está "Laurel y Hardy, el error de hacer reír", en cuya introducción Soriano anota: "Mientras escribía este homenaje no me daba cuenta de que estaba trazando la línea narrativa de *Triste, solitario y final*. Más aún: tres de los cuatro relatos breves aquí reproducidos anticipan a los que, corregidos y reescritos, fueron intercalados en la primera parte de la novela".

En "Tandil-Buenos Aires, 1969", aparecido en el cuarto de los libros de este tipo, *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, Soriano reprodujo lo que considera su "primer artículo", el que escribió para entrar en *Primera Plana* acerca de la Semana Santa tandilense; en *Arqueros, ilusionistas y goleadores*, que reunió muchos de sus relatos futboleros y fue editado el año pasado, se reproduce su último relato, "Algunas lecciones", protagonizado por el Míster Peregrino Fernández y publicado en este diario, en el que estuvo desde su primer número. En el medio, entre las páginas de *Panorama*, *La Opinión*, *El Cronista*, *Humor*, *Crisis* y *El Periodista*, entre otras publicaciones, además de los textos que también rescató en *Rebeldes, soñadores y fugitivos* y *Cuentos de los años felices*, hay unas cuantas piezas preciosas.

Están las despedidas que publicó en este diario a Miguel Briante, a Marcello Mastroianni, a Tato Bores, a Alberto Olmedo. Están los retratos de patéticos dictadores como Onganía, Lanusse, Videla. Están las ágiles y esperpénticas "Llamadas internacionales" que publicaba los domingos de verano, la actualidad argentina de los '90 en clave de grotesco. Están las entrevistas: a Cortázar, a Quino, a Simenon. En cultura de *La Opinión* publicó textos notables: hay una nota sobre Hermenegildo Sábat, por ejemplo, que lo pinta impecablemente. Artículos sobre Alejandro Dumas y Ernest Hemingway, sobre Dal Masetto y sobre Bayer. Textos sobre sus temas: el cine, los gatos, el boxeo, el fútbol, la política, la historia. Sobre su oficio, sobre libros y autores. En *Cartas*, un artículo inédito que aborda la relación entre lectores y escritores, anotó: "Fueron los franceses los que, por larga experiencia, adoptaron la católica metáfora del purgatorio. Según ellos, escritor que muere, obra que desaparece, hasta que al cabo de un largo purgatorio, si de verdad lo merece, entra definitivamente en el paraíso".

La crónica acerca de Muhammad Alí que se reproduce en las páginas siguientes, publicada en diciembre de 1974 en la revista *Crisis*, es una muestra, nomás, de la prosa periodística de Soriano. R



A sus plantas rendido un país

El 30 de octubre de 1974, un Muhammad Alí de 32 años, por el que nadie daba ya un peso, subió a un ring en Zaire para enfrentar a un George Foreman de 25 años, con 40 peleas invicto y amplio favorito. Con el nocaut al final del 8º round, Alí hizo mucho más que recuperar la corona que le habían quitado por los medios más viles. Por eso, un entonces joven e inédito Osvaldo Soriano publicó en el número de diciembre de la revista *Crisis* esta nota, hasta ahora nunca republicada, que anticipa un libro que recopilará otras tantas de aquellos años, y en la que ya se vislumbran algunos de los grandes temas de sus futuros libros: boxeadores, perdedores y hombres que encarnan el destino trágico de un pueblo.

POR OSVALDO SORIANO

El derechazo de Alí. El inmenso cuerpo de Foreman que se derrumba a sus pies. Siete millones de negros musulmanes que enmudecen. O estallan de alegría. Veinticuatro minutos de pelea bastaron a Muhammad Alí para sacudir la historia del boxeo moderno. Los ojos del Zaire vieron cómo ese nieto de esclavos –que alguna vez llevó el nombre del propietario de su abuelo, Cassius Marcellus Clay– brindaba al mundo una de las más grandes lecciones de fe, de dignidad, de vida, de que es capaz un hombre.

Los medios de comunicación se apresuraron a difundir una imagen ligera, inocente, del triunfo de Alí. Como lo hicieron siempre que les tocó hablar de ese hombre rebelde que reúne –juntas– dos condiciones intolerables en los Estados Unidos: es negro y habla demasiado.

Gritó durante toda la pelea. Provocó a Foreman, lo sacó de sus casillas ayudado por el público negro que gritaba “matalo, Alí” como si ésa fuera la consigna de toda su raza. Y el bueno de Foreman, invicto hasta entonces, comenzó a flaquear, quemó sus energías en unos instantes hasta quedar a merced de quien siempre fue el verdadero dueño de la corona mundial.

Es posible que el formidable peso de la historia haya fulminado a Foreman. Cuando apareció en el ring y oyó a sus hermanos de color reclamar la corona robada por los norteamericanos hace siete años, no pudo sino entregarla. Para ello soportó desaire y vergüenza. Alí se sentó en las cuerdas, al acecho, y antes de derribarlo lo rezongó, se burló de él y hasta lo hizo embestir las sogas, ciego de furia e impotencia.

La chance de George Foreman se basaba, ante todo, en la presunta decadencia física de Alí. Muy pocos contaron, en cambio, con que la inteligencia del líder musulmán se había robustecido con el tiempo. Los apostadores que pensaban llenar sus bolsillos con el definitivo ocaso de Muhammad no quisieron ver la potencia que el odio había acumulado en sus músculos. El odio de una raza vejada durante cuatrocientos años en el Nuevo Mundo.

Había dos negros sobre el ring, pero sólo uno luchaba por algo más que 5 millones de dólares. Para Alí era el fin de un largo camino de humillaciones: la oportunidad de vengar las afrentas, de proclamarse soberano como hombre negro. De mostrar que no hay milagros sino realidades.

El triunfo de Alí fue el de los musulmanes negros, el de los objetores de conciencia atormentados y encarcelados por negarse a pelear en Vietnam. Pero no fue la suya una empresa individual, solitaria. Muchos hombros negros apuntalaron su fe y alimentaron su obsesiva ambición de ser el campeón para demostrar que la ley blanca era impotente ante la furia de uno de sus esclavos.

“Cassius Clay es el mayor ego de Norteamérica. Y también es la más veloz personificación de la inteligencia humana hasta el momento habida entre nosotros: es el mismísimo espíritu del siglo XX, es el príncipe del hombre masa y los masivos medios de comunicación”, ha escrito Norman Mailer. Parece exagerado. Sin embargo, el éxito de la cruzada emprendida por Alí hace siete años –que casi todos los expertos calificaron de utopía– parece dar la razón a Mailer.

La historia de Cassius Clay es común a casi todos los boxeadores negros, sólo que más brillante. La de Muhammad Alí está llena de grandeza y miseria.

El 28 de abril de 1964, Clay venció a Sonny Liston –un rey de los bajos fondos– en seis asaltos. Un año más tarde comenzaría la persecución: el 25 de mayo de 1965, la comisión de boxeo le quitó el título por primera vez, acusándolo de haber combatido ante Liston sin la debida autorización. Para reconquistarlo tuvo que esperar hasta el 6 de febrero de 1967 y vencer a Ernie Terrel, un blanco mediocre que había sido designado titular de la categoría.

La corona estuvo sobre su cabeza sólo dos meses. El 28 de abril, las autoridades le retiraron su licencia de boxeador y lo despojaron nuevamente del título mundial por negarse a ingresar al ejército norteamericano que iba a destinarlo a Vietnam.

“Con los impuestos que pago por cada pelea, un soldado norteamericano vive un mes matando gente en Vietnam. Con lo que pago en un año es posible construir bombas como para quemar una aldea. Con todo esto, ya soy culpable. ¿Tengo además que matar con mi propia mano?”, dijo entonces. Se declaraba objetor de conciencia, se confesaba integrante de los Black Muslims; eso bastaba para que los medios de comunicación elaboraran una imagen de monigote, de payaso, más digestiva para el público.

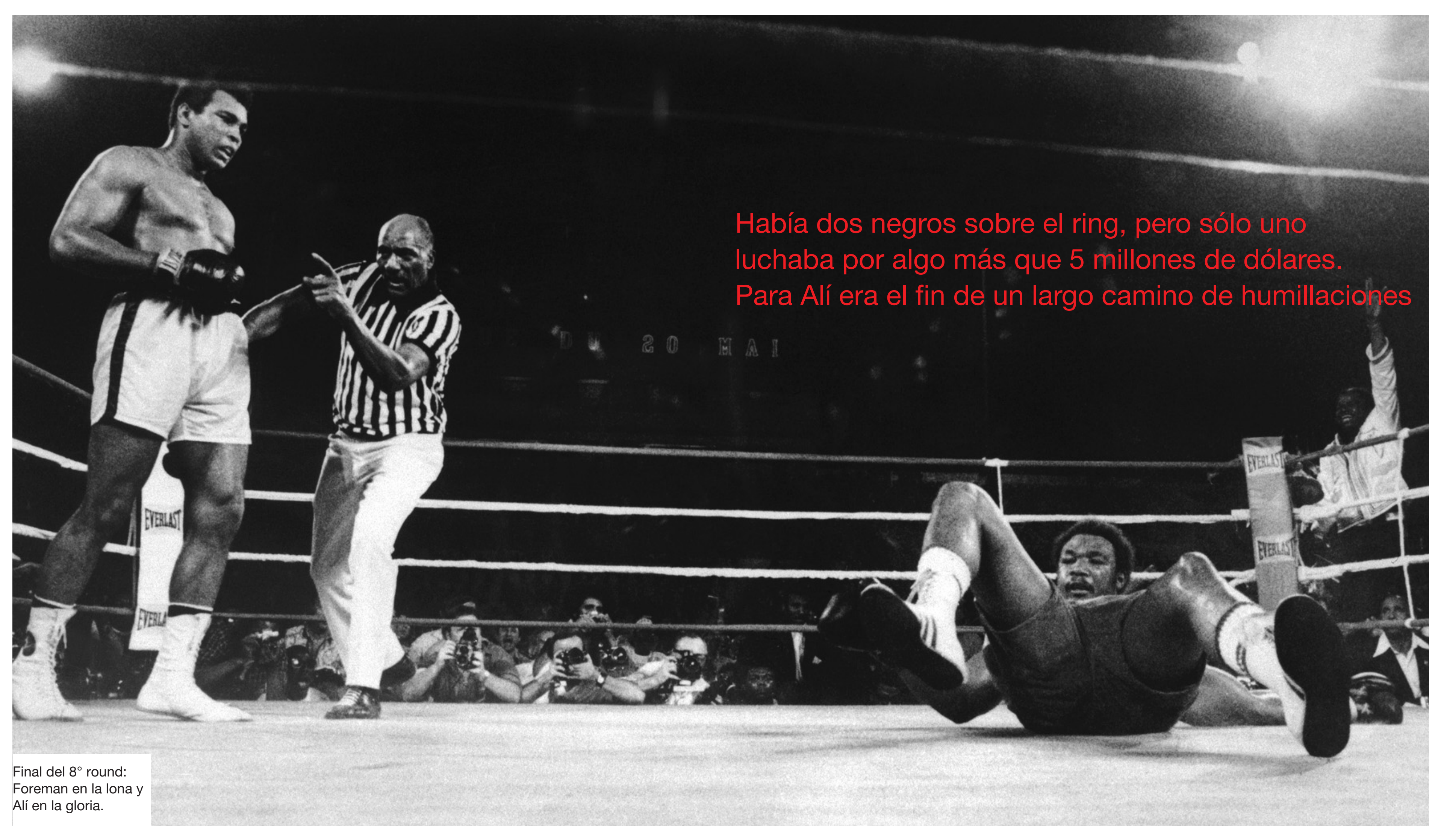
El 20 de junio de 1967, en Houston, Texas, el Tribunal Federal del Distrito Sur del Estado lo declaró culpable de negativa a ingresar al ejército y lo condenó a cinco años de prisión más una multa de 10 mil dólares.

A fuerza de apelaciones, Alí eludió el calabozo. Pero no dejó de hablar: “Los negros estamos presos hace cuatrocientos años –dijo–. Por eso no pueden llevarme a un lugar en el que ya estoy”.

Había ganado 4 millones de dólares, aunque el fisco embolsó el 80 por ciento. Con el resto compró una casa para su madre en Louisville –donde había nacido– y otra para él en Chicago por 100 mil dólares; el divorcio con su primera mujer le costó 50 mil dólares más una renta mensual de 1200 durante diez años. Los honorarios de sus abogados ascendieron en poco tiempo a 50 mil dólares. La persecución amenazaba con llevarlo a la bancarrota. Sin embargo, sus honorarios como socio de una cadena de puestos de salchichas en los barrios negros le permitieron salir adelante. Su figura –su inteligencia quizá– le abrió las puertas de las universidades donde dictó conferencias por las que cobraba mil dólares.

Los periódicos *underground* comenzaron a publicar sus respuestas. “¿Odia a los blancos?”, le preguntaron una vez. “No odio a nadie –contestó–, soy una víctima del odio. Soy demasiado limpio para este deporte. Soy demasiado bueno para mi tiempo. Esa es la razón por la que han decidido librarse de mí.”

Había otros motivos, más contundentes, para que los zares del boxeo lo echaran a la calle. Alí, el más grande boxeador de todas las épocas –según opinión de Joe Louis–, había sido un mal nego-



Había dos negros sobre el ring, pero sólo uno luchaba por algo más que 5 millones de dólares. Para Alí era el fin de un largo camino de humillaciones

Final del 8° round: Foreman en la lona y Alí en la gloria.

cio. No había rivales para él; cualquier pelea era un juego de niños. Nadie pensaba seriamente en vencerlo. El público lo sabía y comenzó a quedarse en sus casas. Alí peleaba solo. Así, el más genial boxeador quedaba marginado por su propia grandeza.

Resultó una víctima ideal: molesto, fanfarrón, irritaba al periodismo con sus declaraciones, horribles poemas e insidiosas canciones. Cuando se negó a ir a la guerra, quedó absolutamente indefenso.

El 6 de mayo de 1968, el 5º Tribunal de Apelaciones confirmó la culpabilidad de Clay. Sus abogados sostuvieron más tarde que la condena se había basado en la exposición de cinco conversaciones telefónicas sostenidas por Alí e interceptadas por el FBI. El gobierno admitió haber tomado las charlas que, dijeron los fiscales, "afectaban la seguridad nacional". Los tribunales dieron marcha atrás y el ex campeón tuvo su respiro.

Entretanto, su cintura perdía la armoniosa línea que le había permitido bailotear por el ring como un gato. Aunque varios estados norteamericanos habían anunciado que le concederían permiso para combatir, ningún político se animó a ver de cerca a ese negro contestón. Quiso pelear en el extranjero, pero le impidieron salir del país. El 6 de julio de 1970, el Tribunal de Apelaciones anunció que las charlas telefónicas no habían influido para condenarlo. Dos días más tarde, en Charleston, Carolina del Sur, le prohibieron hacer una exhibición. El 2 de septiembre, por fin, subió a un ring en Atlanta, Georgia, para cruzar guantes amistosamente con varios sparrings. Doce días después, el juez federal Walter Masfield, de Nueva York, decidió que la prohibición para actuar en su estado era "arbitraria e irracional", y ordenó que le restituyeran los derechos. Otro tanto ocurrió en Atlanta, donde se concertó su pelea contra Jerry Quarry para el 26 de octubre. Muhammad Alí venció con facilidad y abrió el camino hacia el retorno. En su segunda pelea volteó al argentino Oscar Bonavena y más tarde a Jimmy Ellis. Así ganó el derecho a enfrentar a Joe Frazier por la corona mundial.

El combate –que Frazier ganó por puntos– pareció enterrar definitivamente a Muhammad Alí. Sin embargo, su ánimo no decayó. Para él, la derrota ante el campeón había sido injusta: exhibía como prueba su fortaleza al final del combate, mientras el vencedor debió ser internado en un hospital a causa de la paliza recibida.

El verdadero drama de Alí era moral. Elijah Muhammad, el máximo jerarca de los Black Muslims, había decidido expulsarlo de la congregación por negarse a abandonar el boxeo. Alí discutió con su maestro, pero respetuosamente acató la decisión. No obstante, jamás renegó de los Muslims: estaba seguro de que si



recuperaba la corona, ellos serían los beneficiados. La Nación del Islam –así la denominan ellos– plantea el *apartheid* económico y racial del pueblo negro por medios pacíficos.

En noviembre de 1971, Muhammad Alí vino a Buenos Aires para realizar una exhibición en la cancha de Atlanta. Entonces montó su habitual show de verborragia y amenazas. Vicki Walsh y el autor de este artículo lo entrevistaron para conversar sobre su prédica religiosa y política.

"Somos 30 millones de negros contra 170 millones de blancos; no tenemos munición ni armamento adecuados y, sin embargo, nuestra revolución sigue creciendo. Si utilizáramos la violencia, los negros no tendríamos la menor chance en los Estados Unidos, porque ni siquiera controlamos los abastecimientos. Seríamos como un toro enfurecido corriendo hacia un tren: sólo quedarían su carne y su sangre sobre las vías." Esta era su posición frente a la violencia de los Black Panters, aunque agregaba: "No condeno a ningún hombre por defender aquello que cree está bien, especialmente si está dispuesto a dar la vida por ello. Muchos revolucionarios negros han dado ya su vida".

Quienes conocían a fondo las ideas de Alí ansiaban verlo en las tribunas, predicando la fe musulmana, lejos definitivamente del ring. Es que pocos creían en sus posibilidades de recuperar la corona. Sin embargo, en los tres años siguientes, este negro empecinado fue hacia una y

El deporte permitió que la raza negra erigiera a dos de los suyos como los hitos mayores de este siglo: Pelé y Muhammad Alí. El brasileño renegó de su negritud, sirvió a la dictadura implantada en Brasil en 1964 y aconsejó a los niños negros que tomaran Pepsi-Cola y fueran buenos con los blancos. Alí se negó a juzgarlo: "Es mi hermano de raza", dijo. Pelé, en cambio, despreció siempre al boxeador.

otra costa del país para derribar a boxeadores de categoría menor en busca de una nueva oportunidad. Hasta tuvo que sufrir la fractura de su mandíbula frente al mediocre Ken Norton. Ya no brillaba como antes: había perdido su estilo felino, sus movimientos serenos y armoniosos. Ahora ponía sobre el ring la experiencia, la astucia; medía cada uno de sus pasos para no derrochar energías.

Cuando el título cambió de manos y el joven Foreman –un invicto temible por su pegada– se erigió en el nuevo coloso, los expertos opinaron que nadie podía dar un dólar por la chance de Alí. Sin embargo, Frazier cayó a sus pies, Norton tuvo que verlo levantar los brazos y los empresarios comenzaron a planear el gran combate.

Alí insistió para que se realizara en el Africa. Lo que parecía una mera especulación comercial, iba a adquirir un sentido magnífico el día de la victoria: el 30 de octubre, en Kinshasa, ningún negro dejó de levantar a Alí como un estandarte de libertad.

Curiosamente, las agencias noticiosas insistieron en la versión de un Alí payasesco, casi odioso. Nadie recordó que alguna vez dijo: "Un día levantaré mi puño vencedor para que mi pueblo negro diga, como yo, que es el más hermoso y el más fuerte".

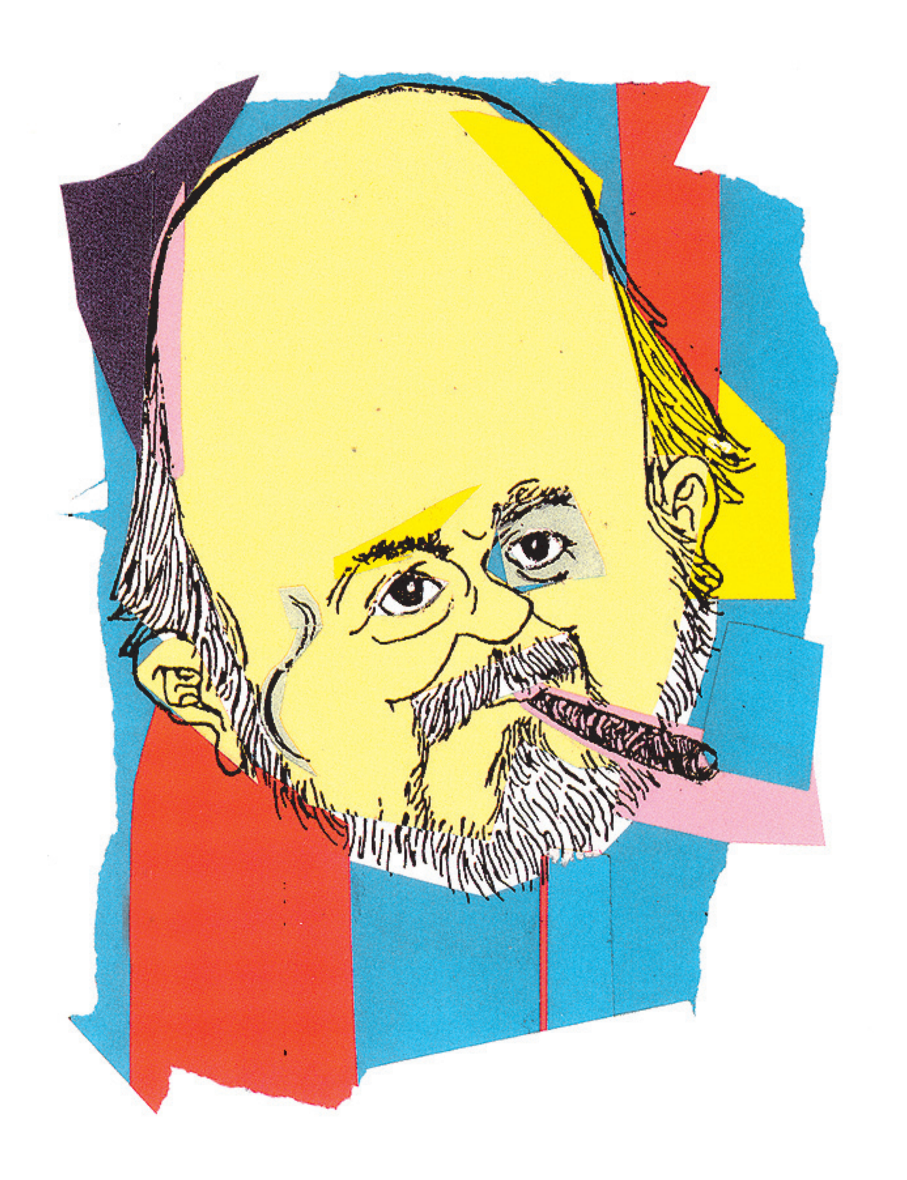
Al terminar el combate, gritó: "Fue Alá quien dio los golpes, era él y no yo quien estaba sobre el ring". Era toda una raza la que esa noche estaba allí.

Con Foreman cayó el último Tío Tom del boxeo estadounidense. Es posible que Joe Louis haya visto vengada su miseria, Sonny Liston su muerte degradada. Aún no es posible saber si Alí abandonará el boxeo o buscará ganar dólares en una revancha. Poco importa ahora qué hará.

El deporte permitió que la raza negra erigiera a dos de los suyos como los hitos mayores de este siglo: Edson Arantes do Nascimento (Pelé) y Muhammad Alí. El brasileño renegó de su negritud, sirvió a la dictadura implantada en el Brasil en 1964 y aconsejó a los niños negros que tomaran Pepsi-Cola y fueran buenos con los blancos. Alí se negó a juzgarlo: "Es mi hermano de raza", dijo. Pelé, en cambio, despreció siempre al boxeador.

"Ser campeón de peso pesado en la segunda mitad del siglo XX (con revoluciones negras a lo largo y ancho del mundo) representa algo parecido a ser Jack Johnson, Malcolm X y Frank Costello en una sola pieza", ha dicho Norman Mailer. Es posible que nadie lo sepa mejor que Alí. De allí su afán casi salvaje por coronarse nuevamente.

Hemos tenido el raro privilegio de asistir al momento cumbre de la historia del boxeo. Más allá de la dudosa calidad del combate, millones de personas de todo el mundo vieron cómo Muhammad Alí recuperaba a puñetazos lo que el Tío Sam le había quitado por decreto.



Espejo de la Argentina

POR JUAN FORN

Soriano estableció desde su primer libro un pacto con los lectores que lo convertiría en el autor argentino vivo más leído de su época. El desparpajo y dinamismo con que irrumpió en la literatura, en 1973, con *Triste, solitario y final*, es comparable a la fulminante aparición de Manuel Puig cinco años antes. Como Puig, Soriano eligió camuflarse en un género considerado menor (el policial negro convertido en comic por toques de grotesco, tal como el autor de *La traición de Rita Hayworth* había elegido el folletín radiofónico), ambos fueron maestros del diálogo, ambos lograron dotar de inigualable vida a sus personajes y construir, a través de sus novelas, un espejo que enfrentó a los argentinos con su identidad. Allí radican los motivos que convirtieron a Soriano, como a Puig, en un autor tan querido y tan seguido por legiones de lectores.

Sugestivamente, esa fascinación que ejercía sobre los lectores, traducida en generosas reediciones, provocó un desafortunado malentendido en un sector de la crítica argentina, que siempre lo miró con sospecha y antepuso las cifras que Soriano cobraba de anticipo al análisis profundo de sus virtudes como escritor (cosa que supo valorarse en el extranjero, donde su obra se tradujo a dieciocho idiomas, cosechando elogios y premios). El tiempo ha pasado, Soriano ya no se cuenta entre los vivos (muchos recordarán la tristeza colectiva que produjo su muerte y la multitud que se acercó espontáneamente a darle el último adiós, en enero de 1997) y es justo que se produzca de una vez por todas el demorado momento de su reconocimiento.

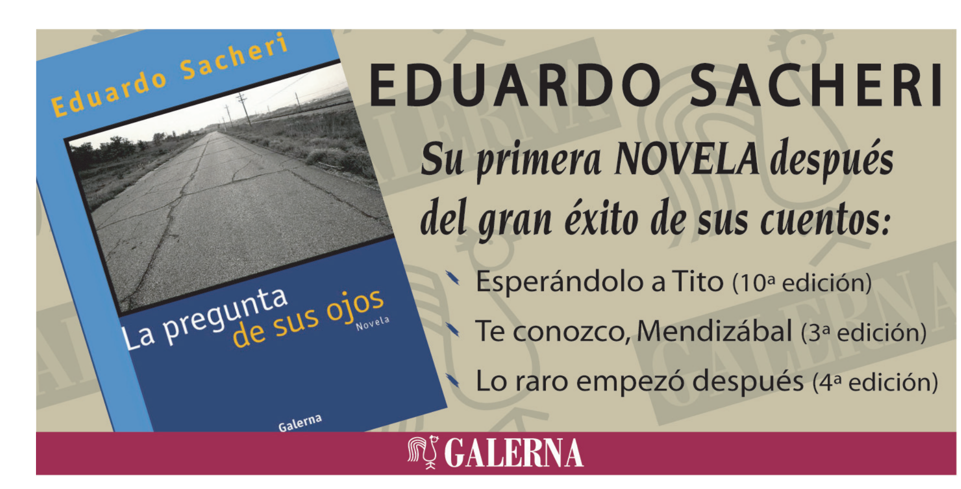
Lo que hace más justo ese acto es que Soriano no sólo brilló como creador de ficciones sino que cumplió un rol comparable como periodista. Primero, en sus crónicas "de cabotaje" como él las llamaba, las de los tiempos de *Panorama* y *La Opinión*, cuando a los demás los mandaban a los lugares más exóticos del extranjero y a él le tocaba el interior, el patio de atrás lleno de "artistas, locos y criminales" que rescató del olvido. Después durante su exilio, en *Il Manifesto* de Italia, *Le Canard Enchainé* de Francia y en las piezas que *Humor* se atrevió a publicar acá. Y, luego de su retorno a la Argentina, en *Página/12,* diario que no sólo contribuyó a fundar y moldear sino que convirtió en su tribuna para develar, desde sus contratapas dominicales, todo aquello que se les iba birlando a los argentinos, desde la dignidad a la alegría, fueran sus culpables los sátrapas del gobierno, de la City financiera o del negocio del fútbol, la prensa o las editoriales.

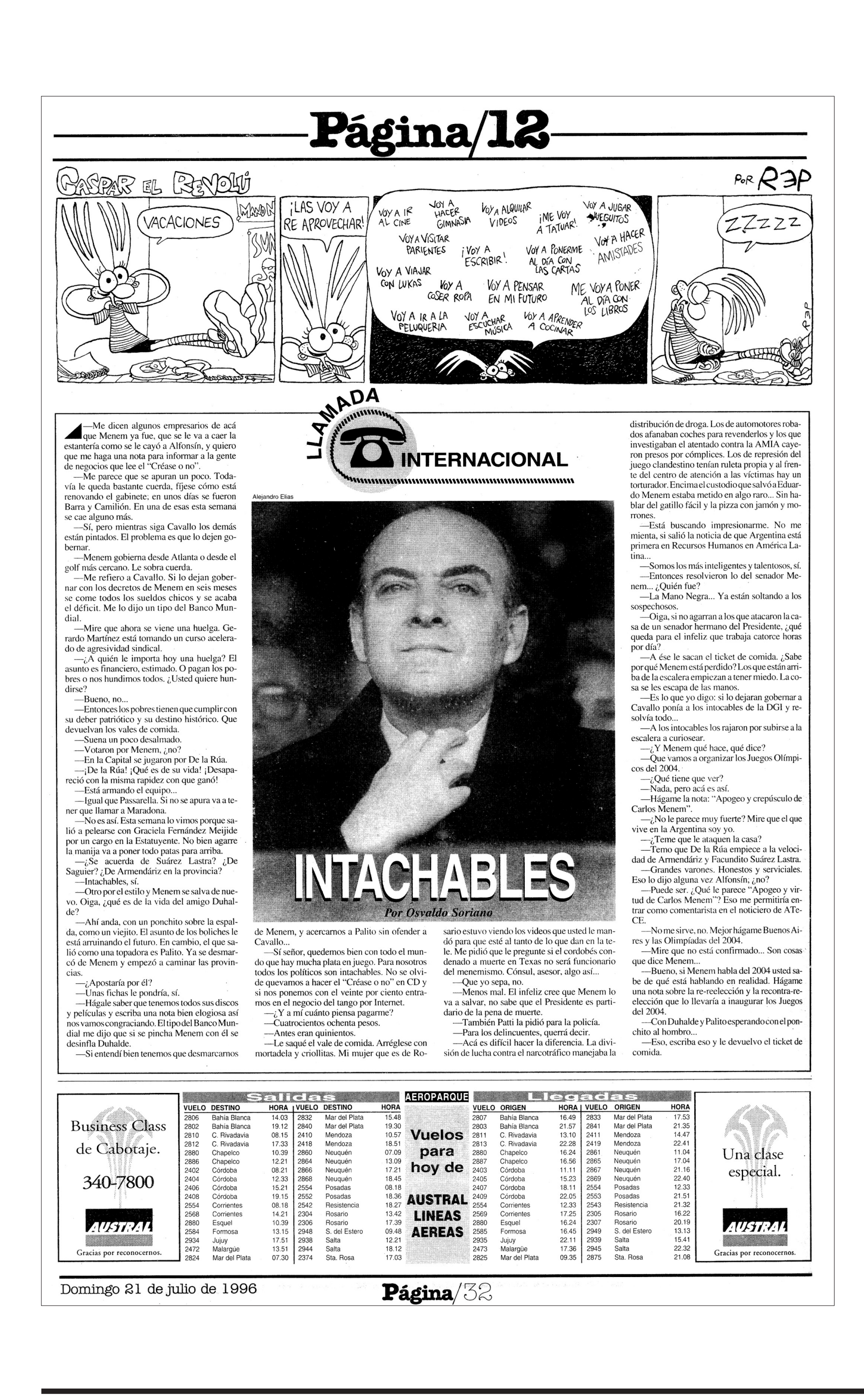
Soriano pasó más de la mitad de su vida en redacciones. Como muchos escritores era un autodidacta: manera elegante de definir el acto de pegarse como una lapa a toda persona que despertara su respeto o admiración, para aprender lo que pudiera de esa persona. Siempre pensó que estar en esas redacciones había sido un lujo para él; son muchos los que creen que él era un lujo para las redacciones. Defendió siempre el ejercicio de la imaginación y la buena prosa para escribir periodismo. Porque, como le gustaba decir –y aquí, como en algunos otros aspectos, puede comparársele a Walsh–, la imaginación y la fidelidad a la verdad no tenían por qué ser términos opuestos.

Fue un gran momento encargarme de la reedición en Seix Barral de la obra completa de Soriano. Armar esa selección de testimonios en que él mismo confesaba cómo fue la génesis y la escritura de cada uno de sus libros me permitió recorrer paso a paso su itinerario literario, sus dilemas y sus astucias como escritor, el atrevimiento y coraje con que puso el dedo en la llaga de cuestiones que habría sido más cómodo sobrevolar y la maestría con que nos hizo ver el país desde la óptica de las víctimas, de los inocentes, de los anónimos antihéroes que tanto se parecen a los seres de carne y hueso que pueblan la Argentina.

La Biblioteca Soriano, editada por Seix Barral en 2003 y que actualmente se encuentra en las librerías, reúne toda su obra de ficción, con prólogos especialmente escritos por diversos colegas, tapas ilustradas por Miguel Rep y epílogos que reconstruyen, en palabras de Soriano tomadas de diversas entrevistas, la gestación de cada libro:
Triste, solitario y final. *Prólogo de Eduardo Galeano*
No habrá más penas ni olvido. *Prólogo de José Pablo Feinmann*
Cuarteles de invierno. *Prólogo de Osvaldo Bayer*
A sus plantas rendido un león. *Prólogo de Juan Martini*
Una sombra ya pronto serás. *Prólogo de Guillermo Saccomanno*
El ojo de la patria. *Prólogo de Roberto Fontanarrosa*
La hora sin sombra. *Prólogo de Tomás Eloy Martínez*
Además, se publicaron sus libros de crónicas: Artistas, locos y criminales*, con prólogo del mismo Soriano,* Cuentos de los años felices*;* Piratas, fantasmas y dinosaurios*; y* Arqueros, ilusionistas y goleadores*, que reúne todos los textos escritos sobre fútbol que publicó en sus cuatro recopilaciones, las Memorias de Míster Peregrino Fernández y los últimos cuentos que publicó en* Página/12 *e inéditos en libro.*







Página/12

LLAMADA INTERNACIONAL

Alejandro Elias

INTACHABLES

Por Osvaldo Soriano

Business Class de Cabotaje.
340-7800
AUSTRAL
Gracias por reconocernos.

Salidas — AEROPARQUE

VUELO	DESTINO	HORA	VUELO	DESTINO	HORA
2806	Bahía Blanca	14.03	2832	Mar del Plata	15.48
2802	Bahía Blanca	19.12	2840	Mar del Plata	19.30
2810	C. Rivadavia	08.15	2410	Mendoza	10.57
2812	C. Rivadavia	17.33	2418	Mendoza	18.51
2880	Chapelco	10.39	2860	Neuquén	07.09
2886	Chapelco	12.21	2864	Neuquén	13.09
2402	Córdoba	08.21	2866	Neuquén	17.21
2404	Córdoba	12.33	2868	Neuquén	18.45
2406	Córdoba	15.21	2554	Posadas	08.18
2408	Córdoba	19.15	2552	Posadas	18.36
2554	Corrientes	08.18	2542	Resistencia	18.27
2568	Corrientes	14.21	2304	Rosario	13.42
2880	Esquel	10.39	2306	Rosario	17.39
2584	Formosa	13.15	2948	S. del Estero	09.48
2934	Jujuy	17.51	2938	Salta	12.21
2472	Malargüe	13.51	2944	Salta	18.12
2824	Mar del Plata	07.30	2374	Sta. Rosa	17.03

Vuelos para hoy de AUSTRAL LINEAS AEREAS

Llegadas

VUELO	ORIGEN	HORA	VUELO	ORIGEN	HORA
2807	Bahía Blanca	16.49	2833	Mar del Plata	17.53
2803	Bahía Blanca	21.57	2841	Mar del Plata	21.35
2811	C. Rivadavia	13.10	2411	Mendoza	14.47
2813	C. Rivadavia	22.28	2419	Mendoza	22.41
2880	Chapelco	16.24	2861	Neuquén	11.04
2887	Chapelco	16.56	2865	Neuquén	17.04
2403	Córdoba	11.11	2867	Neuquén	21.16
2405	Córdoba	15.23	2869	Neuquén	22.40
2407	Córdoba	18.11	2554	Posadas	12.33
2409	Córdoba	22.05	2553	Posadas	21.51
2554	Corrientes	12.33	2543	Resistencia	21.32
2569	Corrientes	17.25	2305	Rosario	16.22
2880	Esquel	16.24	2307	Rosario	20.19
2585	Formosa	16.45	2949	S. del Estero	13.13
2935	Jujuy	22.11	2939	Salta	15.41
2473	Malargüe	17.36	2945	Salta	22.32
2825	Mar del Plata	09.35	2875	Sta. Rosa	21.08

Una clase especial.
AUSTRAL
Gracias por reconocernos.

Domingo 21 de julio de 1996 — Página/32

> Esta nota, publicada el 27 de julio de 1996, fue la última de la célebre sección "Llamada Internacional" que Soriano publicaba en la contratapa de los domingos en *Página*.

La última llamada

POR OSVALDO SORIANO

–Me dicen algunos empresarios de acá que Menem ya fue, que se le va a caer la estantería como se le cayó a Alfonsín, y quiero que me haga una nota para informar a la gente de negocios que lee el "Créase o no".
–Me parece que se apuran un poco. Todavía le queda bastante cuerda, fíjese cómo está renovando el gabinete; en unos días se fueron Barra y Camilión. En una de ésas esta semana se cae alguno más.
–Sí, pero mientras siga Cavallo los demás están pintados. El problema es que lo dejen gobernar.
–Menem gobierna desde Atlanta o desde el golf más cercano. Le sobra cuerda.
–Me refiero a Cavallo. Si lo dejan gobernar con los decretos de Menem en seis meses se come todo los sueldos chicos y se acaba el déficit. Me lo dijo un tipo del Banco Mundial.
–Mire que ahora se viene una huelga. Gerardo Martínez está tomando un curso acelerado de agresividad sindical.
–¿A quién le importa hoy una huelga? El asunto es financiero, estimado. O pagan los pobres o nos hundimos todos. ¿Usted quiere hundirse?
–Bueno, no...
–Entonces los pobres tienen que cumplir con su deber patriótico y su destino histórico. Que devuelvan los vales de comida.
–Suena un poco desalmado.
–Votaron por Menem, ¿no?
–En la Capital se jugaron por De la Rúa.
–¡De la Rúa! ¿Qué es de su vida? ¡Desapareció con la misma rapidez con que ganó!
–Está armando el equipo...
–Igual que Passarella. Si no se apura va a tener que llamar a Maradona.
–No es así. Esta semana lo vimos porque salió a pelearse con Graciela Fernández Meijide por un cargo en la Estatuyente. No bien agarre la manija va a poner todo patas para arriba.
–¿Se acuerda de Suárez Lastra? ¿De Saguier? ¿De Armendáriz en la provincia?
–Intachables, sí.
–Otro por el estilo y Menem se salva de nuevo. Oiga, ¿qué es de la vida del amigo Duhalde?
–Ahí anda, con un ponchito sobre la espalda, como un viejito. El asunto de los boliches le está arruinando el futuro. En cambio, el que salió como una topadora es Palito. Ya se desmarcó de Menem y empezó a caminar las provincias.
–¿Apostaría por él?
–Unas fichas le pondría, sí.
–Hágale saber que tenemos todos sus discos y películas y escriba una nota bien elogiosa así nos vamos congraciando. El tipo del Banco Mundial me dijo que si se pincha Menem con él se desinfla Duhalde.
–Si entendí bien tenemos que desmarcarnos de Menem y acercarnos a Palito sin ofender a Cavallo...
–Sí, señor, quedemos bien con todo el mundo que hay mucha plata en juego. Para nosotros todos los políticos son intachables. No se olvide de que vamos a hacer el "Créase o no" en CD y si nos ponemos con el veinte por ciento entramos en el negocio del tango por Internet.
–¿Y a mí cuánto piensa pagarme?
–Cuatrocientos ochenta pesos.
–Antes eran quinientos.
–Le saqué el vale de comida. Arréglese con mortadela y criollitas. Mi mujer que es de Rosario estuvo viendo los videos que usted le mandó para que esté al tanto de lo que dan en la tele. Me pidió que le pregunte si el cordobés condenado a muerte en Texas no será funcionario del menemismo. Cónsul, asesor, algo así...
–Que yo sepa, no.
–Menos mal. El infeliz cree que Menem lo va a salvar, no sabe que el Presidente es partidario de la pena de muerte.
–También Patti la pidió para la policía.
–Para los delincuentes, querrá decir.
–Acá es difícil hacer la diferencia. La división de lucha contra el narcotráfico manejaba la distribución de droga. Los de automotores robados afanaban coches para revenderlos y los que investigaban el atentado contra la AMIA cayeron presos por cómplices. Los de represión del juego clandestino tenían ruleta propia y al frente del centro de atención a las víctimas hay un torturador. Encima el custodio que salvó a Eduardo Menem estaba metido en algo raro... Sin hablar del gatillo fácil y la pizza con jamón y morrones.
–Está buscando impresionarme. No me mienta, si salió la noticia de que Argentina está primera en Recursos Humanos en América latina...
–Somos los más inteligentes y talentosos, sí.
–Entonces resolvieron lo del senador Menem... ¿Quién fue?
–La Mano Negra... Ya están soltando a los sospechosos.
–Oiga, si no agarran a los que atacaron la casa de un senador hermano del Presidente, ¿qué queda para el infeliz que trabaja catorce horas por día?
–A ése le sacan el ticket de comida. ¿Sabe por qué Menem está perdido? Los que están arriba de la escalera empiezan a tener miedo. La cosa se les escapa de las manos.
–Es lo que yo digo: si lo dejaran gobernar a Cavallo ponía a los intocables de la DGI y resolvía todo...
–A los intocables los rajaron por subirse a la escalera a curiosear.
–¿Y Menem qué hace, qué dice?
–Que vamos a organizar los Juegos Olímpicos del 2004.
–¿Qué tiene que ver?
–Nada, pero acá es así.
–Hágame la nota "Apogeo y crepúsculo de Carlos Menem?".
–¿No le parece muy fuerte? Mire que el que vive en la Argentina soy yo.
–¿Teme que le ataquen la casa?
–Temo que De la Rúa empiece a la velocidad de Armendáriz y Facundito Suárez Lastra.
–Grandes varones. Honestos y serviciales. Eso lo dijo alguna vez Alfonsín, ¿no?
–Puede ser. ¿Qué le parece "Apogeo y virtud de Carlos Menem"? Eso me permitiría entrar como comentarista en el noticiero de ATeCé.
–No me sirve, no. Mejor hágame Buenos Aires y las Olimpíadas del 2004.
–Mire que no está confirmado... Son cosas que dice Menem...
–Bueno, si Menem habla del 2004 usted sabe de qué está hablando en realidad. Hágame una nota sobre la re-reelección y la recontra-reelección que lo llevaría a inaugurar los Juegos del 2004.
–Con Duhalde y Palito esperando con el ponchito al hombro...
–Eso, escriba eso y le devuelvo el ticket de comida.

telefe | agencia

RATING ENERO 2007

	CANAL	RATING	SHARE
1		11.0	37.0
2	CANAL 13	9.3	31.3
3	CANAL 9	4.5	15.2
4	AMERICA	4.0	13.5
5	CANAL 7	0.9	3.0

Fuente: IBOPE ARGENTINA S.A. Promedio del 01/01/07 al 25/01/07, lunes a domingo de 12 a 24 hs. (Datos Provisorios). Rating hogares todos.

NOS SENTIMOS COMO EN AÑO NUEVO. PORQUE SOMOS EL PRIMERO DE ENERO.

